

LA ÚNICA TRAGEDIA DE ARISTÓFANES

RECUERDOS DE ATENAS.

(Conclusion.)

IV.

LA HECHICERA TESALIANA.



UNQUE la estancia era pequeña no alcanzaba á iluminarla del todo la tenue y movable llama de un braserillo que ardía en su centro. A intervalos se reanimaba la púrpura que teñía el techo y las paredes; pero las tinieblas que se extendían en la parte inferior de la habitacion se agitaban con las ondulaciones gigantescas del líquido próximo á revasar, amagando devorar los espacios invadidos de luz. Saliendo de aquella incesante marea de oscuridad, se destacaban á medias dos figuras; eran dos mujeres cuyas blancas túnicas se encendían ó se apagaban al inquieto rutilar de la llama, mientras por encima de sus cabezas crecían y menguaban sus sombras con extravagantes contorsiones. Por debajo, el mar de tinieblas las invadía hasta cerca del talle, amenazando á veces sumergirlas del todo en sus ondas negras y estremecidas.

—Tú que la conoces, venerable Lenia, decía una de las dos mujeres, que debía ser jóven á juzgar del timbre de su voz dulce, pero desentonada por la cólera; tú que la conoces no dirás que me ciega el odio, y que el enojo me hace exagerar ó mentir. Entre esas desdichadas que vagan por las noches al pié de los muros del Cerámico, imitando los aullidos de la loba para avisar á los marineros más soeces que debajo de los álamos y al pié de los sepulcros, están dispuestas á entregar por poco precio á sus inmundas caricias sus cuerpos atezados y ocultos apénas por deslustradas túnicas rameadas, y sus rostros sin gracia, pintarrajeados con jugo de moras, son ménos perdidas y ménos repugnantes que la infame y asquerosa Crobile. Dicen que cuando desceñida la túnica, suelta la cinta de papiro con que se adorna la cabeza sobre su dorso pálido como el mármol de las canteras pentélicas, flota su desatada cabellera en ondas lucientes como las que vierte el sol, y abundantes como las que agitan el Egeo; pero los necios que esto aseguran no saben lo barato que se vende el azafran y la habilidad engañosa con que afeita todo su cuerpo.

—Calla, Antipira, exclamó la otra mujer, que al esplendor brillante de la llama que se alzó chisporroteando reanimada por nuevo combustible, apareció ser una septuagenaria repugnante y enjuta.

—¿Y por qué he de callar? siguió la jóven. ¡Ah! ¡cómo! ¿sería posible que los hechizos de esa infame pudieran más que el arte que aprendió en la Tesalia la famosa Lenia? ¿Habrá cubierto tus ojos la venda con que cegaron los del inconstante Xeiroguine? ¿Pero acaso no reparaste nunca en el lienzo con que se aprieta la cintura para contener el seno seco ya como el fruto sin jugo que el viento arroja del limonero? ¿No sabes que las arrugas que tiene en la frente y en los extremos de los ojos se las llena todos los dias con cola de pescado y albayalde, y que aquel hermoso color de sus mejillas se lo roba á la rojiza flor del pederote que se cria en Egipto y que ella deslíe en vinagre y clara de huevo?

—Te he dicho que te calles. ¿Qué me importa á mí de todo eso? Sosiega tu impaciencia y tu enojo, pues llegó el instante en que la vieja Lenia te demuestre que los encantos de Cro-

bile son impotentes contra la ciencia que aprendió en las montañas de Tesalia.

—¡Ah! venerable hechicera; ¿podrás decirme si la buena diosa arrancará á mi amado Xeiroguine de los brazos del infiel y le volverá á los míos?

—Para decírtelo corté en noche sin luna las ocho varas de junco que he ido arrojando en el brasero, y por tí pongo sobre la lumbre estas hojas de verdolaga y sobre ellas estos granos de estoraque y de incienso.

De las brasas surgió una llama azulada, esparciéndose por la habitación un humo aromático y blanquísimo.

—Mira, mira, gritó con voz estridente la vieja, esa llama es como la pasión del hermoso mancebo, el viento la aparta de tu lado soplando, como Crobile aleja de tí á tu amante engañándole y mintiendo.

—Pero ¿volverá á amarme Xeiroguine?

—La llama repasa sobre la ceniza, pero la ceniza no arde.

—¡Ah! ¿qué quieres decir, maldita Eumenide?

—Digo que ántes volverá el fuego á prender los restos de una brasa consumida, que á enardecerse un corazón con un amor enfriado por el desvío.

—¡Calla, calla, y que todas las divinidades infernales te confundan! ¿Y á esto se reduce tu celebrada ciencia, artificiosa Tesaliana? ¿Y esto es todo lo que me tienes que decir? ¿Y para esto me has hecho venir á este lugar infame, y has alentado pérfidamente mis esperanzas, y dejado caer tres crisos de oro en tus rugosas manos?

—Tu cólera se parece á la de las abejas, impaciente Antipira: estalla en zumbidos inútiles contra quien, con el rostro á cubierto, penetra en busca de miel hasta el fondo de la colmena. No creas que tus palabras me ofenden; lo que prometí eso he de cumplir. Desde lo alto de los cielos rige la pálida Hecate los movimientos del mar; Eros preside en el corazón el hervir de esas ondas rugientes que se llaman deseos; el hombre no llega á lo que llegan los dioses; sin embargo, la nave desafía el furor de las mareas, y el violento latir de una pasión se temple con el poderoso influjo de los filtros.

—¡Ah! ¿qué quieres decir? Habla pronto: ¿podrías proporcio-

narme una misteriosa bebida que encendiera en las venas de mi voluble amante aquel fuego que en tiempo más feliz mis encantos le producían? Toma las monedas que me quedan, toma mis aretes también, son de esmeraldas finas. ¿Quieres más? Yo haré que te traigan todo cuanto en casa poseo, y si aún no te pareciere bastante, venderé para tí mis olivares y mis tierras de Colona, pero dame ese filtro esta misma noche. ¿Oyes, mi amada Lenia? dámelo.

—Te he dicho que la llama no prende en la ceniza.

—¿Insistes de nuevo? Entónces, ¿qué quieres decir?

—Escucha: el corazón de tu amante es como una tabla de cera en que la odiosa Crobile ha escrito su nombre; necesario es borrarle.

—Habla, Lenia, yo haré todo cuanto digas.

La hechicera derramó en el brasero el agua de una pequeña vasija, en señal de haberse acabado el conjuro, diciendo con voz apagada, que hacían más confusa los chisporroteos de las brasas humedecidas:

—Cuando su corazón quede tan frío como estas cenizas, cuando haya acabado para él la voluptuosidad que le inspira Crobile, será más fácil volverle un día á tus brazos. Escucha, Antipira: yo haré que me traigan del Iliso un barbo vivo; tú misma le ahogarás en una copa de vino. Esta noche viene Xeiroguine á mi casa, sírvele la bebida y todos tus deseos quedarán tan apagados á su influjo, como los carbones de este brasero á la frialdad del agua que sobre él he derramado.

Extinguida la llama, aún los apagados tizones crugieron con el rumor que hacen al troncharse las ramas secas, mientras los últimos fulgores cárdenos y rutilantes se disipaban en chispas que caracoleaban y huían precipitándose en las tinieblas, con las ondulaciones y rapidez de cobarde bandada deavecillas de fuego.

La oscuridad hubiera sido completa si en el fondo una de las paredes no hubiese aparecido de súbito transparente. Sobre el lienzo que la formaba se dibujó una sombra extraña y gigantesca que terminaba en un punto luminoso. Parecía uno de esos monstruos convencionales con que ya por entónces indicaban los cosmógrafos las constelaciones. Aquella silueta

que parecía la de una serpiente llevando una estrella, ondulaba dejando tras de sí prendidas en el espacio otras luces más fijas. El lienzo adquirió mayor transparencia; desapareció la sombra de aquel brazo encargado de iluminar la inmediata estancia, y entónces las llamas que en las lámparas ardían brillaron blanquecinas y opacas como en noche serena las estrellas rutilantes á traves de tenue y vagarosa niebla.

—La hora del festin ha llegado, exclamó Lenia: las siervas iluminan la habitacion principal. ¿No oyes? ha sonado el alda-bon en la puerta. Los convidados empiezan á llegar. ¿No ha retumbado dentro de tu corazon ese golpe? ¡Quién sabe si le ha impulsado la mano de Xeiroguine! ¡Animo y por última vez te digo ¡oh Antipira! tengas paciencia y tranquilidad!

Y la hechicera se alejó dejando á la desdeñada amante devorando sus celos en la oscuridad y el silencio.

V.

EL BANQUETE.

En el centro de la habitacion había una mesa baja y circular, forma adoptada á uso del Asia Menor. Dos peces monstruosos de doradas y relucientes escamas y desmesuradas bocas de encendido color, retorciéndose de manera inverosímil, formaban el único pié que sostenía la redonda y pulida planicie de mármol blanco. De la mesa se elevaba una lámpara de construccion extraña y caprichosa. Una columna delgada y elegante estriada al estilo dórico, pero más alta, y coronada por un capitel corintio, se sustentaba sobre una base de bronce como la columna, cortada en forma de herradura sostenida por garras de leon. En uno de los extremos de la herradura había una figurita primorosamente trabajada, representando Europa arrebatada por Júpiter convertido en toro; al otro lado se guardaban en una cajita los alfileres destinados á reanimar la llama, oscurecida por el pábilo. Los receptáculos para el aceite, que eran cuatro y que adoptaban

la figura de partes obscenas, estaban suspendidos de lo alto del capitel por otros tantos brazos de retorcidas hojas de canto.

Aunque había delante otra lámpara más pequeña representando á Sileno dormido al pié de un tronco añoso que al bifurcarse en dos ramas permitía la colocacion de dos lucernas ó candiles de aplastada pero elegante forma, apénas se distinguían los frescos que sobre un rojo oscuro adornaban la pared más extensa de la habitacion. Los otros dos muros resaltaban con la amarillenta blancura del lienzo crudo, ó de la cal que en muchos años no se ha renovado. En la línea en que el pavimento de alisadas piedrecitas rojizas y negras combinadas en torno en rectangulares festones, terminaba señalando otro de los costados de la habitacion, comenzaba el patio interior, del que en primer término veíanse las columnas que lo circuían, perdiéndose más léjos entre la sombra de la noche las oscuras macetas de rosales, agrupadas en torno de un amorcillo. La estatua del dios niño labrada en mármol pentélico aparecía fantásticamente iluminada: una red de ondulantes anillos que se agitaban con rapidez vertiginosa, esparcía sobre su blancura una diafanidad fosforescente, y era que las oscuras macetas ocultaban el pequeño estanque sobre cuya movida superficie se quebraba en oscilantes reflejos un rayo de luna, pálido y azulado, que reverberaba su luz inquieta sobre la tersa y pulimentada estatua.

La mayor parte de los convidados estaban ya reunidos, y al alegre murmullo que producían sus voces expresando en el armonioso dialecto del Atica las ingeniosas sutilidades del espíritu griego, se unía el monótono batir del agua que en el estanque se vertía al pié de la estatua de Eros, el trinar enamorado de un risueñor que en el espeso ramaje saludaba la serenidad de la noche, y el vago rumor que la brisa perfumada por el ardiente aroma de las rosas movía en los arbustos que se inclinaban blandamente, con la cadencia apagada del arpa eólica estremecida por el viento.

Una anciana alta y seca, la misma que al anochecer había convidado á Xeiroguine y á Andrónico junto al teatro de Baco, de pié al lado de la mesa dejaba caer una tras otra so-

bre la tabla de mármol hasta un puñado de tabas ó pequeños huesos arrancados á las articulaciones del cordero, y teñidos de un rojo purpúreo ó de un celeste azulado.

El golpe seco que los huesecillos producían al chocar sobre el mármol, interrumpió todas las conversaciones, oyéndose entónces claramente la voz de la vieja que decía:

—Una por Aristenes, por Anaxilas otra; esta por Antidemo; vayan estas dos por Xeiroguine y el extranjero sentado á su derecha; por Eubulo esta otra, y llevo diez; pero aún me quedan dos, que recuerdan que el número no está completo: faltan el actor Andrónico y Aristófanes el poeta.

No bien hubo la anciana hetaria pronunciado estas frases, cuando aparecieron entre las columnas del patio dos blancas formas.

—Ellos son, exclamó una mujer alta y majestuosa, de ojos negros y cabellos del mismo color ceñidos con estrecha cinta de plata, ménos reluciente que las indiscretas canas que de sus sienes partían, perdiéndose en las ondas oscuras y abundosas, como los tenues rayos de luna entre las sombras de la noche.

—Ellos al fin, repitió la anciana á cuya derecha hallábase aquella otra mujer, de hermosura radiante y vigorosa como la de la dalia, espléndida flor que al nacer en los límites del estío anuncia ya la proximidad del otoño.

—Pues por Palas te juro ¡oh madre! dijo la matrona, que hubiera preferido verme libre esta noche de la odiosa presencia de ese poeta infame y vengativo.

La anciana no oyó ó aparentó no oír aquellas palabras que habían sido pronunciadas en voz baja, y haciendo señas á una jóven esclava, respetuosamente colocada detras de ella, la dijo:

—¿Qué haces, Petala? En aquel extremo hay dos copas vacías, que esperaron tanto tiempo como refieren los viajeros que esperan lasfeas en el templo de Milita ántes de hallar quien las tribute ofrenda ante el altar de la diosa. Toma pronto aquel odre, y así como el gozo rebosa en el corazon de la amada predilecta, rebose al fin en el seno de esas copas el rubio licor que el divino Baco derrama todos

los años en las campiñas fértiles de Herea, y acompañando la acción á la palabra, ella misma sirvió el preciado vino, despues de derramado por la esclava, á Aristófanes, el poeta cómico afamado, y á Andrónico, el actor más reputado de Aténas.

Miéntas tanto en un extremo de la mesa conversaba Busatris el egipcio con el galante Xeiroguine.

—¡Cómo sería posible! exclamó el egipcio fijándose á la luz de las lámparas en los recién venidos; ¿el hombre que conversaba con el actor Andrónico junto al teatro de Baco, aquel que por desconocida causa huyó enojado cuando nosotros llegamos, era Aristófanes el poeta? ¿Pero qué pudo motivar aquella retirada repentina?

Xeiroguine se acercó el índice á los labios en señal de misterio.

Entónces el egipcio, poniéndose en pié y extendiendo los brazos en direccion al poeta, exclamó en alta voz:

—Yo te saludo. La sabiduría del hombre resplandece en su rostro, dice un proverbio de los hebreos, que acaso aprendieron de mi país, que es el Egipto: sin embargo, esta tarde estuve al lado tuyo, y aunque te oí hablar y te miré, no sé qué nube de torpeza oscureció mis ojos y entorpeció mi oído.

Aristófanes contestó con afectada galantería á la lisonja del egipcio, y aceptando el puesto que le ofreció Xeiroguine, se sentó entre el ateniense disipado y el sabio extranjero.

Miéntas los jóvenes allí reunidos sostenían diálogos licenciosos, la hermosa matrona, que pertenecía al número de las hetarias filósofas, afamadas con la gloria de Safo, había congregado en su torno los hombres más ilustrados y serios.

—Vosotros los egipcios, decía esta mujer dirigiéndose á Busatris, creéis que el espíritu separado del cuerpo despues de la muerte, vuelve otra vez al mundo y vive nuevamente bajo las formas de hombres, animales ó plantas, y con esto os diferenciais de nosotros que no creemos que en esa segunda vida pueda retrocederse, hasta el extremo que el que fué hombre se convierta despues en bruto ó árbol.

—Vosotros, exclamó Busatris, habreis modificado la doctri-

na; pero no me negarás que Pitágoras, el primero que en Grecia la introdujo, la tomó indudablemente del Egipto.

—De las regiones más orientales del Asia he oído yo decir que ha venido esta creencia, añadió la sabia, y así pudiera ser muy bien que el Egipto de allí la haya tomado. En cuanto á Pitágoras, se sabe que viajó mucho por Oriente.

—Os admiro, pero no os envidio, exclamó una jóven medio desnuda, de provocativos ademanes. Vosotras las hetarias entendeis de todas estas cosas: yo, humilde aulétrida, no poseo más arte que el de tocar la flauta, divino al fin, puesto que Marsías lo aprendió del mismo dios Pan; pero os aseguro que de cuanto os oigo decir, muchas cosas no entiendo y algunas otras me indignan. Añado esto último á propósito de las ridículas pretensiones de la nueva esposa de Pericles. ¡Los dioses la confundan por su vanidad impía! Hacer que Fidias reproduzca en mármol sus formas para que sirvieran á la estatua de Vénus! Pero aún ¿no satisfecha con imaginarse tan hermosa como Afrodite, pretende ahora igualar á Palas. ¿Sabeis el rumor que ha hecho esparcir entre sus admiradores, esos sucios y harapientos paseantes de los jardines del Liceo que se llaman filósofos?

—¡Mirrina!—exclamó con severo acento la matrona; pero la jóven, sin cuidarse de la reprension que la lanzó con la mirada, prosiguió diciendo:

—Dicen que en Aspasia ha encarnado el espíritu de Pitágoras, y así explican los que la adulan que su ingenio exceda con mucho á su hermosura.

Las jóvenes aulétridas compañeras de Mirrina prorrumpieron en ruidosas carcajadas, y vanos fueron los esfuerzos que la hetaria hizo para restablecer el orden y asegurar el respeto que parecía profesar á la amada de Pericles. Aquella expansion inició otra mucho más estrepitosa. Los efectos de las libaciones frecuentes precipitaron la orgía. Tan sólo Busatris, Aristófanes y la hetaria continuaron la discusion comenzada, añadiendo el poeta:

—No sé que pueda asegurarse nada de cierto sobre lo que de Aspasia se refiere, ni cómo podrá comprobarse nunca nada de esto, si al volver á la vida los espíritus beben las aguas del

Letheo que les producen un completo olvido de todo cuanto en otros tiempos les sucediera. Y sin embargo, yo he oido referir á un discípulo de Pitágoras, que cuando el sabio maestro vió en Branchida suspendido en el templo de Apolo el escudo de Menelao, recordó haberle visto ántes, cuando el sitio de Troya, y ayudado por aquel objeto recordó que en aquel tiempo se llamaba Euforbo, y que ántes de haber sido Euforbo fué Etálide, hijo de Mercurio, y que despues de haber sido Euforbo había sido Hermotime, despues Pirro, pescador de Delos, y despues Pitágoras.

—Eso podrá ser como refieres, exclamó el egipcio, mas si el alma del filósofo se ha aposentado despues en el cuerpo de una cortesana, la degradacion es superior á sí con arreglo á las creencias de mi pueblo; hubiese elegido por morada para otra vida la majestuosa corpulencia del elefante sagrado ó la esbelta elevacion de la palmera flexible.

—Dice bien Busatris, exclamó Xeiroguine; aunque el ingenio de Aspasia se eleva por encima del de muchos hombres, el alma de un filósofo dedeñaría animar el cuerpo de una mujer.

—Eurípides, el enemigo de las mujeres, no hubiera dicho más, exclamó Aristófanes sonriendo. Y sin embargo, preciso es confesar que si la elevacion y superioridad del espíritu no se pierde de una existencia á otra, entre los que hoy se llaman filósofos ni uno solo podrá equipararse con Pitágoras.

—Aristófanes, eres injusto y vengativo, contestó la mujer hermosa, entre cuyos negros cabellos serpeaban las primeras canas. En nuestra ciudad habrá muerto esta noche un hombre cuya fama de sabio será pronto superior á la de Pitágoras.

Aristófanes palideció, inclinando la cabeza sobre el pecho.

—Hablo de Sócrates, añadió la hermosa hetaria, y en sus ojos brilló amenazador relámpago de cólera.

En aquel momento las escenas de orgía concentradas hasta entónces, invadieron toda la estancia, viniendo las ebrias aulétridas á interrumpir con sus danzas lúbricas la apacible conversacion de aquel reducido grupo.

Una jóven cubierta sólo por tenue y transparente túnica se

acercó á Xeiroguine, y haciendo caer, con rápido y gracioso movimiento, la ligera ropa que la cubría, se mostró desnuda como Vénus.

El disipado jóven tomándola por la cintura la sentó sobre sus rodillas, miéntras ella cruzaba por detras de su cuello los brazos torneados, más blancos y tersos que el mármol extraido de las famosas canteras de la isla de Paros.

Entónces se estremeció de súbito una de las dos blanquecinas paredes que flanqueaban la habitacion, y que entónces mostró estar formada por tirante lienzo crudo, apareciendo detras una mujer más pálida que las ropas que vestía, con los ojos desmesuradamente abiertos por la indignacion y el asombro, y la mano izquierda crispada sobre el pecho por la ira. En la derecha llevaba una ancha copa dorada.

Todos los convidados volvieron los ojos para contemplar tan extraña aparicion. Xeiroguine apartó bruscamente de su seno la mujer que acariciaba, y poniéndose en pié exclamó con asombro:

—¡Antipira!

Aristófanes, que por un atildado refinamiento tenía en la mano el aguzado estilete de marfil con que ordinariamente escribía, sirviéndose de él para pinchar una á una con perezoso abandono las cerezas que llevaba á su boca, le dejó caer sobre el mármol de la mesa.

La jóven se adelantó trémula, y derramando sobre el pavimento la copa que en la mano traía, exclamó con voz sofocada por la indignacion:

—Filtros engañosos, inútiles hechicerías, huid léjos de mí. ¡Ay! más fácil sería recoger del suelo el vino derramado que volver á tu corazon aquel amor que me tuviste, perdido poco á poco, como el líquido que se vierte de una rota vasija. Y tú, odiosa Crobile, ya estarás satisfecha. Tus brazos ciñen el cuello de mi amado, como la trepadora hiedra ciñe el muro poderoso, miéntras tu boca liba en la suya licor más dulce que el que roba á la flor la solícita abeja. ¡Ah! ¿pero qué es lo que dije? No, tus brazos son como las piernas del pulpo, que al adherirse sorben y secan, y en tus labios llevas oculto un áspid venenoso como el de la serpiente.

La jóven interpelada y ofendida levantó los brazos en señal de amenaza, y dejándolos caer lentamente, añadió con acento de desprecio:

—¡Por Vénus! Estas mujeres están locas: dicen que les robamos sus amantes y no saben que ellas los pierden. ¿Pero saben ellas amar? ¿Acaso pueden hacer la ventura de ningún hombre de ardiente imaginación y apasionado espíritu? Sus caricias son frías como los rayos de Diana: su amor es como las comidas que hacen los espartanos, un solo plato guisado siempre con la misma salsa: los estómagos delicados necesitan variar, y la mujer debe poseer otro arte que el de vivir oculta en un rincón del gineceo, hilando lino ó tejiendo cestillas de mimbre.

La concurrencia, embriagada en su mayor parte, aplaudió con entusiasmo el descarado discurso de Crobile. Xeiroguine, en muestra de aprobación, besó sus hombros desnudos y acarició sus cabellos.

Antipira enrojeció súbitamente, su seno se estremeció con las ondulaciones violentas de un mar agitado, irradiaron sus ojos miradas de fuego, y con entrecortada voz, que denunciaba su desesperación y angustia, dijo levantando la cabeza y retorciendo los brazos:

—¡Que no sabemos amar! ¡Ah y tú también lo apruebas, pérfido Xeiroguine, con esas caricias que en mi presencia te atreves á prodigar á esa infame mujer! ¡Que no sabemos amar! ¡Ah! yo te probaré á ti, ingrato, y á todos vosotros también, que el amor de una mujer casta y honrada es mayor que el de las desvergonzadas aulétridas y las inmundas dicteriadas!

Y tendiendo al propio tiempo la mano tomó el estilo que Aristófanes había dejado sobre la mesa, rasgó su túnica y por bajo del palpitante seno desnudo, se lo hundió con violencia, cayendo desplomada con estrépito.

Todos se levantaron. Xeiroguine retrocedió espantado; Aristófanes recogió los pliegues de su blanco palio temeroso se manchara de la sangre que abundosa se esparcía por el suelo; la vieja ama y la matrona hermosa fueron las únicas que se acercaron, pero era tarde, estaba muerta. Esta última la ar-

rancó del corazón el aguzado marfil, y presentándosele á Aristófanes todo ensangrentado le dijo:

—Toma, este es tu estilo, le reconozco en lo duro y afilado.

El poeta lo rechazó con repugnancia, y la hetaria añadió irónicamente:

—Es tuyo, ¿no le reconoces por el rojo color de que va teñido? ¿Qué te extraña? Acuérdate que no es esta la primera vez que se ha manchado de sangre.

Aristófanes se levantó desencajado.

El espanto que produjo aquella inesperada catástrofe inició la dispersión de los convidados. El poeta cómico también se disponía á salir, pero antes de que ganara el intercolumnio del patio, la mujer implacable le tiró el estilo ensangrentado que en su blanco vestido señaló una línea rojiza, á tiempo que le decía:

—¡Acuérdate de Sócrates!

VI.

ATENEA.

Apénas despuntaban por el Oriente los primeros resplandores de la aurora. La dormida ciudad aparecía envuelta en esa pálida y triste luz de la alborada, y las desiertas calles en la sombra, parecían oscuros surcos abiertos entre las largas filas de templos adornados de columnas y de edificios suntuosos. La azulada estrella, mensajera de la mañana, brillaba como rutilante zafiro por encima de la lanza de la gigante estatua de Minerva, que descollaba como una sombra protectora en el centro de la ciudad silenciosa.

Por una de las calles que conducían al Pritaneo, Xeiroguine y el egipcio cruzaban lentamente, comentando la aterradora escena que en casa de una de las hetarias más famosas acababan de presenciar. El petulante ateniense, sin demostrar la

menor emoción, se jactaba de haber sido causante de la catástrofe, disculpando al propio tiempo su veleidad amorosa.

El egipcio, preocupado principalmente por el extraño desconcierto que desde la tarde anterior había sorprendido en el espíritu de Aristófanes, preguntó al griego qué era lo que la hermosa hetaria le había querido decir al arrojarle el estilo ensangrentado.

En aquel momento un hombre que venía corriendo en dirección contraria tropezó con ellos, siendo al punto reconocido por Xeiroguine, que le preguntó:

—¿Adónde vas, Criton, á tales horas?

—Vengo del templo de Esculapio.

—Mucho madrugabas para ofrecer tus votos.

—Por no ser míos los he cumplido con mayor urgencia.

Sócrates...

—Murió anoche: lo sabía. ¿Recuerdas, Busatris, las misteriosas palabras con que Andrónico nos advirtió ayer tarde que no hallaríamos ningún filósofo en los jardines del Liceo? Pues la razón era ésta. El sabio Sócrates estaba condenado á la cicuta desde hace treinta días; pero la sentencia no se podía cumplir mientras durara la piadosa peregrinación que se hace al templo de Delos en esta época: las leyes lo prohíben. Ayer ví en el puerto arribar la sagrada nave y exclamé: Sócrates está perdido. Sus discípulos, que lloraban su muerte y sus amigos, todos los demás filósofos, no asistieron por eso ayer tarde al lugar en que de ordinario se reunían.

—No todos los filósofos fueron amigos de Sócrates, añadió el recién llegado.

—Comprendo; te refieres á Aristófanes.

—Ese no es filósofo sino un miserable zurcidor de helados chistes y de calumnias injuriosas, repuso el llamado Criton con enojo.

—No sé qué hay en esto, añadió Busatris, que me hace sospechar que la muerte de ese Sócrates que decís tan sabio, reflejaba anoche su palidez en la frente del poeta. Causaba horror su desencajado semblante cuando la hetaria le lanzó el estilo y pronunció el nombre del filósofo.

—Él le ha muerto.

—En su comedia *Las Nubes* le presentó como enemigo de los dioses.

—¡Acusar de impiedad quien se ríe de todo! exclamó Criton. Pero la causa de su odio era otra. La hermosa Teodota, de quien estaba apasionado, le desdeñó porque amaba á nuestro maestro.

—Pero la doctrina del sabio ¿era verdaderamente impía? preguntó el egipcio.

—Sacrificaba á los dioses, pero creía en una sola causa.

—¡Ah! exclamó sorprendido Busatris, llévame á la prision, quiero, si aún es posible, contemplar los sagrados restos de ese hombre superior, el único que entre vosotros ha llegado á entrever algo de la doctrina conservada por la filosofía antigua de mi pueblo entre los sacerdotes de Tébas; y apresurando el paso los tres llegaron en breve á una estrecha estancia de la fortaleza del Pritaneo, pero por orden del Areópago les fué prohibida la entrada.

Entónces Busatris se despidió de Criton y Xeiroguine; aquella mañana en las primeras horas había de dar la vuelta á su país, despues de haber estado viajando por algun tiempo por todas las principales ciudades de la Grecia.

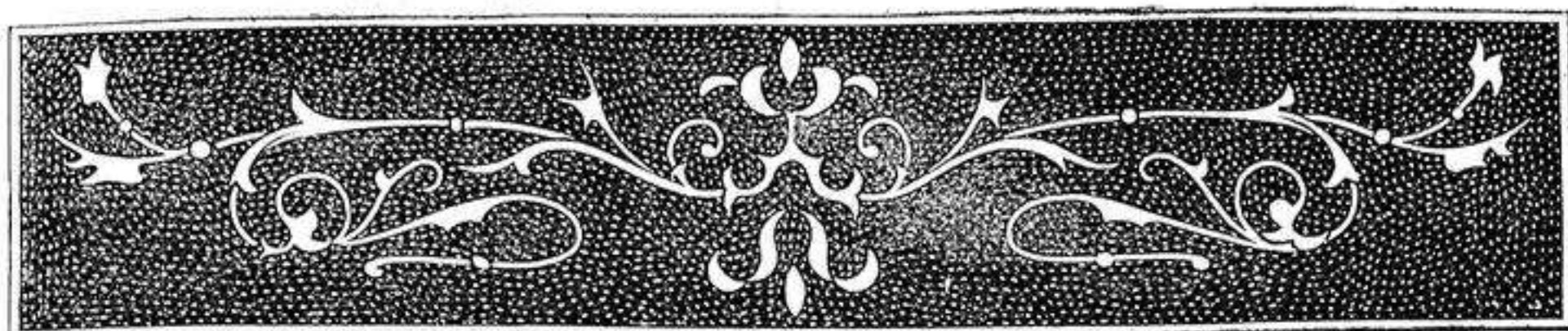
Por eso cuando el sol tendía ya sus haces de dorados rayos por el espacio azul, quebrándolos en brillantes reflejos sobre las mansas olas que parecían acariciar con sus crestas de nevada espuma los costados de la nave egipcia; cuando la brisa de la mañana rizaba las ya tendidas velas con un sordo gemido que se confundía con el monótono rumor de los remos que acompasados comenzaban á batir la líquida superficie, en pié sobre cubierta, con el rostro vuelto hácia Oriente, recibiendo en su tostado rostro los rayos del sol por contemplar á Aténas, puesto que por casual símbolo de allí parecía venir la luz toda que se levantaba á iluminar al mundo, decía para sí, en éxtasis aún más reconcentrado que el que en la tarde anterior le preocupaba al recorrer el camino de los largos muros:

—¡Atenea, Atenea! ¡protectora diosa de la ciudad fundada por Cécrope, por última vez te saludo! ¡Yo creía cuando posé mi planta en tu sagrado suelo, que tus hijos distraidos por la disolucion eran sólo aptos para esas frivolidades que llenan

de encantos la vida, pero que en el fondo no revelan nada serio. Tus templos son más bellos que los de mi patria, pero no tan grandiosos; tus poetas y tus oradores son sublimidades inútiles. Nada tendría que envidiarte Egipto, si dentro de tus muros no hubiera vivido Sócrates!

R. BLANCO ASENJO.





LA DOCTRINA DE LA EVOLUCION

DE LAS

MODERNAS ESCUELAS CIENTÍFICAS.

(Conclusion.)



Al plantear el problema del origen de la conciencia y de las ideas de derecho y deber, Darwin sienta la siguiente proposición que él mismo califica de fundamental, y lo es, sin duda alguna, para su sistema: «Un animal cualquiera dotado de instintos sociales pronunciados, adquiriría seguramente un sentimiento moral ó una conciencia en cuanto sus facultades intelectuales hubieran llegado á un desarrollo igual al que alcanzan en el hombre» (1). Aceptamos la proposición sin poner reparos sobre si están bien ó mal fundados los términos del supuesto. Únicamente séanos permitido dudar de que suposición semejante pueda conducir á algun resultado científico y tener conclusiones un poco serias. Podía, en efecto, Darwin haber dicho con igual verdad que si hubiera algun gallo dotado de instintos sociales pronunciados, adquiriría seguramente una conciencia

(1) DARWIN, *Descendencia del hombre*, t. I, cap. III.

en cuanto sus facultades intelectuales llegaran á desarrollo igual al que alcanzan en el hombre; pudiendo haber añadido, además, sin temor de que nadie le desmintiera, que, á pesar de haber definido algun filósofo al hombre como un bípedo implume, ese tal gallo, en las condiciones en que le quiere imaginar el maestro Darwin, á pesar de las plumas, se parecería tanto al hombre que podríamos llamarlo hombre con forma de gallo. ¿Quién le ha de negar á Darwin su perfecto derecho de suponer que el mono tendría indudablemente el dón de la conciencia en cuanto sus facultades intelectuales de mono hubieran adquirido un desarrollo igual al de las facultades intelectuales del hombre? Y en presencia de un mono tan razonable y concienzudo, como el mono hipotético de que se trata, dudo mucho que alguien se atreviera á negar que ese tal mono no fuera un hombre verdadero, aunque feo y cuadrumano y de largo cóxis. Y si invirtiendo el supuesto nos presentaran un animal con forma humana, pero sin conciencia, y sin ninguna de las facultades humanas, dotado, por el contrario, de todos los instintos y habilidades del mono, diríamos que ese hombre habría adquirido la naturaleza del mico en cuanto sus facultades intelectuales hubieran llegado á un desarrollo igual á las del mono. ¿Pero pueden servir para algo estos animales inventados ideológicamente pero que jamás se conocieron y que probablemente no existirán jamás? ¿Se puede deducir consecuencia alguna científica de estos juegos de imaginación que consisten en suponer monstruos de fantasía?

Darwin, sin embargo, valiéndose de este monstruo fantástico, nunca conocido en la naturaleza, pretende demostrar cómo con la evolución progresiva de los organismos, los irracionales se convirtieron en gente sensata, y los instintos del animal en la conciencia humana. Le seguiremos en el desarrollo razonado de su hipótesis, que por el candor de la dialéctica, es, en verdad, digna de estudio como modelo del procedimiento demostrativo que suelen usar los incorregibles inventores de sistemas. Suponed «las facultades intelectuales de este animal sociable llegadas á cierto elevado desarrollo, dice Darwin: entónces el cerebro de cada individuo removería sin cesar las imágenes de sus actos pasados y de las causas de estos

actos; y el sentimiento de no satisfaccion que resulta invariablemente de un instinto que no ha sido satisfecho, como lo comprobaremos más adelante, aparecería otras tantas veces como cuantas el instinto social actual y persistente habría cedido ante cualquier otro instinto social actual, y no permanente por naturaleza, ni capaz de dejar una impresion muy viva (1). Suponed en tercer lugar que el animal ha adquirido el dón de la palabra, pudiendo entónces los miembros de una comunidad expresarse recíprocamente sus deseos: la opinion comun sería la norma principal de los actos de cada individuo. Los instintos sociables del animal darían lugar á acciones provechosas para el bien de la comunidad, la cual estaría robustecida, dirigida, y con frecuencia desviada por la opinion pública, cuyo poder descansa, como lo vamos á ver, sobre la simpatía instintiva. Suponed, en fin, la costumbre fortaleciendo los instintos sociales de cada miembro y afianzando definitivamente las modificaciones instintivas adquiridas gradualmente, y así llegareis á la obligacion subjetiva de la obediencia á los demas y á los juicios de la comunidad.» Y desde que aparece esta obligacion subjetiva, no puede ponerse en duda que el animal sociable se ha convertido en sér moral con conciencia responsable, derechos y deberes.

Aplicad al hombre esta serie de transformaciones hipotéticas á que somete Darwin su animal hipotético y tendreis explicado «del modo más probable, segun dice el hábil naturalista, el origen de la conciencia humana y la aparicion del derecho en la tierra y la revelacion de los dogmas de la justicia á la humanidad.»

(1) Con dificultad se penetrará el lector de que la traduccion de estas frases pueda estar escrita en castellano, pero debo decir en descargo que ha de ser tan profundo el pensamiento de Darwin, que él mismo no lo ha podido expresar en buen inglés; ni su traductor francés J. J. Moulinie ha acertado tampoco á interpretarlo sin maltratar la gramática. Pero para ser justos debemos suponer que la causa verdadera, ó por lo ménos la más probable, de tanto solecismo, debe consistir en la sublimidad de un pensamiento refractario por lo visto á ser interpretado en toda su profundidad por ningun lenguaje humano, y que el sabio naturalista se ha visto precisado á encerrar bajo tan misteriosa é impenetrable fórmula que sólo podrán descifrar los organismos angélicos de la última evolucion.

Tal es la historia natural de la moral que fantasea el darwinismo. Son tantas y tan demasiado fenomenales las cosas que aquí supone la escuela, que no sería cuerdo disertar sobre ellas. Contra este género de argumentaciones imaginarias vale más la risa que la dialéctica. Muy probablemente, y no me atrevería á negarlo, tales transformaciones del instinto social en sentido moral, y de la opinion pública de un rebaño en las nociones del deber y del derecho, habrán ocurrido en las regiones que sueña Darwin y con los animales que él inventa; pero hasta ahora, al ménos, y miéntras no nos demuestren lo contrario con buenas pruebas y razones, lo más probable y cuerdo es suponer que tales metamorfosis maravillosas ni han ocurrido en esta tierra en que vivimos, ni las han experimentado nuestros abuelos.

Nada tiene que envidiar esta teoría de la justicia á la sublime generacion de lo justo por el *egoismo* y el *otroismo* que descubrió Littré. Sobre este punto, en efecto, darwinismo, positivismo y materialismo se confunden. Para Darwin, como para Littré, la moral y el derecho no son más que productos artificiales del estado social, refinamientos de civilizacion, combinaciones y transformaciones del instinto animal sometido al alambique de los siglos. Pero la moral así comprendida, la moral extraída de los instintos animales ó de la vida orgánica, no será nunca en la ciencia más que una invencion de entendimientos pervertidos, y en la vida real un sistema monstruoso é indecente de egoismo y tiranía. Nunca llegará el hombre á concebir la idea de la justicia, la idea de una ley moral obligatoria si no se apoya en otra ley eterna, universal, indestructible, superior á los convenios humanos y á las potestades de la tierra, anterior á todos los códigos y á todas las legislaciones; ley invariable que es hoy lo que era ayer, lo que será mañana; ley y sancion suprema de todos los actos humanos; norma eterna de lo justo y de lo injusto que hallamos en el fondo de la conciencia, y de cuyos mandatos ni los pueblos ni los magistrados pueden desligarnos. Independiente de nuestra personalidad existía esta ley superior ántes que existiéramos y ántes que fueran las cosas. Sin ella no puede haber ni moral, ni libertad, ni deberes, ni derechos; sin ella las nociones funda-

mentales de justicia y deber que llevamos grabadas en la conciencia, serían palabras huecas y sin sentido; no habría ni mal ni bien en la tierra; las más horrendas iniquidades, las más crueles injusticias serían justas y legítimas, puesto que no habría otra norma de lo justo y de lo injusto que la voluntad del más fuerte; todo el sistema de la justicia humana se reduciría á concupiscencias brutales, enfrenadas ó desatadas por la fuerza.

Y esta ley eterna de lo justo y de lo injusto á su vez, no podría vivir si no se fundara en la existencia de un Dios personal, fin y esencia suprema de la justicia absoluta; ni podría tampoco obligar al hombre sin los dogmas de la libertad humana y de la espiritualidad é inmortalidad del alma. «Dios, el alma, la libertad y la inmortalidad, son axiomas correlativos de la conciencia moral,» decía Kant; y el filósofo no hacía más que expresar en esta sentencia una verdad que se impone á las lucubraciones de la filosofía más transcendente como á los entendimientos más vulgares. El sofista más sutil no llegará jamás á demostrar que sin Dios, sin religion, sin alma humana inmortal, espiritual y libre pueda haber para el hombre ni deber ni virtud, ni mal ni bien, ni vicio ni pecado. Se podrán inventar sistemas de moral independiente; se podrán imaginar paradojas para derivar la justicia del principio de la utilidad comun; se podrán idear evoluciones para transformar el instinto animal, en el sentido moral; la lujuria, en el amor al prójimo de la filantropía y en el derecho social; el egoismo, en el derecho individual; pero el bien y el mal, el delito y el acto meritorio, nunca serán en tales sistemas sino creaciones artificiales de legislaciones positivas, ficciones arbitrarias y opresoras, fundadas, á lo sumo, en lo útil y sostenidas por la fuerza.

El derecho, para merecer nombre de tal, tiene que fundarse en un principio absoluto y necesario. Si sus mandatos se nos han de presentar como obligación moral, forzosamente se han de apoyar en un principio superior á la naturaleza humana. Pero ¿dónde habrá de residir este principio absoluto y necesario si se suprime el dogma de la divinidad? El derecho no surgirá jamás ni de los silogismos de la razon humana, ni de la

opinion y voluntad de las muchedumbres, y ménos aún de la fuerza. La razon humana no crea el derecho, lo descubre. La opinion pública de las muchedumbres tampoco puede determinar ninguna regla ó sancion de lo justo ó de lo injusto. Las muchedumbres podrán crucificar á Cristo y perdonar á Barrabas, pero digan y hagan lo que quieran las muchedumbres, Cristo será siempre el inocente y Barrabas el culpable. La tiranía, en fin, asistida de la fuerza brutal, podrá dar lugar á actos de violencia y despojo que causen estado; podrá oprimir al justo, porque es débil; podrá condenar á Sócrates á beber el veneno; pero sobre todas las iniquidades de la fuerza causando estado, el derecho inviolable de la conciencia del justo le permite erigir la frente altiva y decir á la tiranía que le oprime: tú eres la iniquidad y la barbarie; tú eres el verdugo y el malvado, yo soy el inocente y el mártir. Pero en balde se buscan inocentes, justos y mártires, heroismo y virtud en las víctimas de las tiranías sociales, si el derecho y la justicia no se fundan sino en la opinion de las muchedumbres ó en los convenios arbitrarios de las leyes humanas, ó en la fuerza causando estado.

Imposible, en efecto, imponer al hombre como obligatoria una ley moral que sea sancion de todos sus actos, si esta ley no se funda en un principio absoluto y necesario. Imposible levantar la idea de derecho y de deber, de virtud y heroismo sobre otro pedestal que el de la justicia absoluta. Si la justicia se reduce al principio de la utilidad social, no veo por qué no hemos de aceptar como máxima fundamental en nuestros códigos el principio de que se deben sacrificar sin reparo los individuos en cuanto lo exige el interes de la generalidad, sancionando como justas las horribles iniquidades que de aquí se deducen. Si la opinion de la comunidad es la norma de la virtud, no veo por qué no hemos de considerar como orates á los mártires que perecen protestando contra las tiranías sociales, y compadecer á Poliuto como á un pobre mentecato. Si en lugar de leyes morales para juzgar las acciones humanas, no hay en el mundo más que leyes naturales y biológicas, no veo por qué no hemos de llamar hombres de bien á los tunantes y bribones explotadores del prójimo, mártires y varones justos á los asesinos que entregamos al verdugo;

ni comprendo tampoco cómo en bien ó en mal pueden tener los hombres mayor responsabilidad que la máquina que obedece á las fuerzas que la impulsan, y la piedra que cae, y el carnívoro de la especie animal, que siguiendo los impulsos de su naturaleza, vive de matanza y de rapiña. Si la moral y el derecho se reducen á un sistema de seguros mutuos, en que el individuo se impone algunos sacrificios para exigirlos iguales de sus semejantes y hacer de este modo posible y tolerable la vida social, no veo por qué se han de admirar los rasgos sublimes de abnegacion que consisten en querer al prójimo tanto ó más que á sí mismo y sacrificarle la propia fortuna, la propia felicidad, la propia vida. No veo por qué los más heroicos sacrificios de la virtud incomparable que llamamos entre cristianos *caridad*, no han de apreciarse como actos de rematada locura; y los San Vicente de Paul y todos los seres que aparecen en los hospitales y lazaretos y junto á las situaciones más críticas de la humanidad doliente, sacrificando su vida al bien de sus semejantes, no han de inspirarnos compasion más bien que admiracion y alabanzas.

Justo es decir que algunas escuelas, despues de haber intentado demostrar el origen de la moral en principios completamente extraños al órden suprasensible, retroceden, sin embargo, ante las consecuencias extremas, y, áun á fuer de ser tachadas de inconsecuencia, hacen increíbles esfuerzos dialécticos para llegar á demostrar que vienen á parar con su sistema á las mismas conclusiones de la ley moral ordinaria. Tal ha sido, por ejemplo, la escuela utilitaria de Bentham y Stuart-Mill. No sucede lo propio con el darwinismo. No retrocede ante ninguna consecuencia; su desenvoltura es completa cuando se trata de sentar los dogmas de la nueva moral. Desde luégo rechaza con igual desprecio la antigua doctrina del derecho natural y la moderna teoría democrática de los derechos del hombre. Declara que no concibe lo que pueden ser esos derechos inherentes á la persona humana, y todas esas patrañas metafísicas que hoy se formulan con el nombre de derechos imprescriptibles, inalienables, anteriores y superiores á toda ley escrita. El dogma de la igualdad democrática le parece tambien al darwinismo un sueño de utopista que no puede

tener otro fruto que el de engendrar horrible anarquía. Las desigualdades sociales son consecuencia necesaria de la selección sexual: el mejor individuo escoge la mejor hembra, esta pareja transmite sus cualidades á su descendencia, y así se forma la raza superior. A las clases superiores elaboradas por la selección sexual, pertenece de derecho la soberanía social y la dirección de las masas. Las doctrinas sociales y políticas que quiere fundar la escuela de la evolución, son, pues, como lo declara uno de sus más brillantes mantenedores, «radicales en grado superior á todo lo que concibe el radicalismo actual, y conservadoras también en grado superior á todo lo que concibe la moderna escuela conservadora» (1). Aspira, por tanto, á ser reveladora de dogmas morales y principios del todo nuevos.

¿Cuál es el principio fundamental que en el orden social y político debe, según la escuela, constituir la preocupación constante de los legisladores? Es el mejoramiento de la humanidad fundado en un conocimiento exacto y profundo de las leyes biológicas, como la de la selección sexual, que presiden al mejoramiento de la especie (2). El legislador debe imitar á la naturaleza y ayudarla en su trabajo de eliminación de los seres imperfectos. Para nada se han de tener en cuenta los intereses y derechos del individuo, sino los intereses y derechos de la especie. Lleva la escuela su absoluto menosprecio del derecho individual hasta el extremo de hacer alarde de la más profunda aversión á todas las obras de filantropía y caridad que tienen por objeto amparar al necesitado de la clase inferior.

«Sostener á los incapaces, á expensas de los capaces, dice Hebert Spencer, es gran crueldad. Es hacer de propósito deliberado acopio de miserias para las generaciones futuras. No puede transmitirse á la posteridad más triste legado que el de la masa de imbéciles, perezosos y criminales, aumentada y multiplicada en número siempre creciente. Ayudar á la mul-

(1) HERBERT SPENCER, *Introducción á la ciencia social*, cap. XVI, Conclusion.

(2) DARWIN, *Descendencia del hombre*, t. II, Conclusion, pág. 429.

tiplicacion de los malos es preparar perversamente á nuestra descendencia un ejército de enemigos. Con razon nos hemos de preguntar si la estúpida filantropía, que no piensa sino en aliviar los males del momento, empeñándose en no tener para nada en cuenta los males indirectos, no produce á la postre mayor suma de miserias que el más extremado egoismo... Hay algo, sin embargo, que merece reprobacion áun más severa, y es el malbaratamiento de capital, inspirado en una falsa interpretacion de la máxima «que la caridad borra muchos pecados.» Debemos reconocer que hay un elemento de verdadera bajeza en las personas imbuidas en tan falsa interpretacion de la caridad: trabajan por adquirir un buen puesto en el otro mundo, sin preocuparse del daño que obrando así causan á sus semejantes... Son egoistas de primera fuerza, á quienes con tal de salvarse, les importa poco el mundo y la humanidad que menosprecian... Los que se proponen proteger á la masa de los incapaces, producen un mal incontestable, entorpecen ese trabajo de eliminacion de la naturaleza por el cual la sociedad ella misma se depura sin cesar. Sólo contribuyen á conservar los malos y á destruir los buenos, sin procurar ninguna de las ventajas que puede producir el otroismo (la filantropía) individual» (1). Y renuncio á citar otros textos parecidos que abundan en el libro de Herbert Spencer. Con frases no ménos enérgicas censura á su patria por gastarse necesariamente un millon anual para impedir la trata de negros en la costa occidental de Africa. Crueles á no más son los sarcasmos que emplea el mismo autor para ridiculizar los principios democráticos de la instruccion obligatoria (2), del sufragio universal, de la igualdad natural, etc., principios que, segun la doctrina de la escuela evolucionista, no pueden producir sino el detestable resultado de favorecer la conservacion y multiplicacion de los miembros inferiores de la sociedad.

Igualmente explícito se muestra Darwin. «Entre salvajes, dice, los individuos débiles de cuerpo ó de espíritu quedan

(1) HERBERT SPENCER, *Introduccion á la ciencia social*. Preparacion por la biología, pág. 369.

(2) Id. id. id. Preparacion por la fisiología.

pronto eliminados, y los que sobreviven se distinguen, generalmente, por su vigorosa y sana complexion. Los civilizados, por el contrario, hacemos todos nuestros esfuerzos para contener la marcha de la eliminacion. Construimos hospitales para los tontos, los desvalidos y enfermos; promulgamos leyes para aliviar la indigencia, nuestros médicos agotan los recursos de su ciencia para conservar hasta el último extremo la vida de los enfermos. Motivos nos sobran para presumir que la vacuna ha conservado millares de individuos, que por su constitucion endeble hubieran en otro tiempo sucumbido con las viruelas. De este modo, en las sociedades civilizadas consiguen los miembros débiles conservar su raza. Ahora bien, cualquiera que haya estudiado un poco la cria y reproduccion de los animales domésticos, comprende sin vacilar lo nociva que ha de ser para la raza humana la conservacion y propagacion de los miembros inferiores. Prácticamente, nos hemos asombrado al observar cómo la falta de cuidados, ó solamente los cuidados mal dirigidos, pueden producir rápida degeneracion en una raza doméstica; y nadie, excepto en los casos en que se trata del hombre mismo, es tan torpe é ignorante que consienta la reproduccion de sus peores animales» (1).

El admirable trabajo de seleccion y eliminacion que se opera en todas las especies tendría del mismo modo lugar en la especie humana, si preocupaciones tan necias como inveteradas no vinieran á contrarestarlo entre los hombres. Desaparezcan las malhadadas instituciones que en la vida social tienen por objeto la conservacion artificial de los miembros más débiles; y la humanidad viviendo bajo las mismas leyes que las demas especies se depurará tambien sin cesar. Con la lucha por la existencia sólo podrían sobrevivir los mejores; los otros se eliminarían sin dejar esa posteridad funesta de seres maléficis contagiados por todo género de enfermedades físicas y morales, gérmen de las miserias y crímenes sin cuento que pesan sobre las sociedades humanas. Legisladores, dejad que elimine la muerte lo que debe eliminar. Filántropos, no presteis ayuda á ese triste residuo de la humanidad tan funesto para el mejora-

(1) DARWIN, *Descendencia del hombre*, t. 1, pág. 181.

miento de la especie. Cuidad todos, por todos los medios, que no se efectúen en las clases inferiores esos enlaces de fecundidad tan prodigiosa, miéntras proporcionalmente se muestran tan estériles los matrimonios de las clases superiores. Tened presente que viven entre vosotros multitud de séres que sólo tienen del hombre la forma humana del cuerpo, y á quienes por la inferioridad originaria de su estirpe había condenado la naturaleza á desaparecer sin remedio en los combates de la lucha por la existencia. Si contrariando las leyes de la naturaleza venís en ayuda de estos séres, sabed que preparais para los vuestros desastrosa decadencia. Conservando las existencias inútiles, haceis inevitable para vuestra descendencia una verdadera invasion de bárbaros, cuyas muchedumbres brutales se engendraron con vuestra ayuda en el propio suelo de la patria.

¡Hermosa moral! En mal hora vino el cristianismo á lanzar anatemas contra el infanticidio, y condenar la esclavitud, y declarar á los hombres hermanos en Cristo, y ensalzar la caridad por cima de todas las virtudes. El mundo antiguo conocía mejor que los siglos cristianos las leyes biológicas de la moral. Aquella sociedad edificada sobre la institucion de la esclavitud, daba muestras de tener penetracion mayor que los modernos de la inferioridad originaria de algunas castas humanas. Aquella sociedad que no conocía ni hospitales, ni asilos, ni ninguna otra de las instituciones de caridad que ha levantado el espíritu cristiano para socorro del desvalido y necesitado y amparo de la humanidad miserable y doliente; aquella sociedad que abandonaba, vendía, ahogaba ó despeñaba por el Taigeto al niño contrahecho, practicaba mejor que las sociedades actuales las leyes del progreso humano, pues cumplía por misterioso presentimiento la ley suprema de la eliminacion de los inferiores de cada especie que Darwin había de revelar á la humanidad. De hoy en adelante, sepan las madres que en pro de la humanidad, en pro del progreso, deben acabar con los chicos que nazcan feos y tontos; sepan los legisladores que deben acabar con los jorobados y lisiados y exterminar á las razas inferiores á fin de que no inficionen con su mezcla nuestra sangre más ilustre, y deterioren nues-

tro organismo más perfecto. Esa es la ley de la naturaleza á que está sujeta la bestia humana como las demas; esa es la ley á que está condenado el hombre para alcanzar el progreso por medio de la evolucion. Darwin, estudiando en los tres reinos el drama gigantesco de la vida y de la muerte desde el principio de las edades; paseando la investigacion científica desde la cumbre del Himalaya hasta lo más profundo de los mares, ha descubierto este secreto en las entrañas de la naturaleza; y á nombre de la ciencia lo presenta á los legisladores para que en él inspiren sus códigos. Moral, derecho, religion, matrimonio, familia, propiedad, vida social y política, todo debe edificarse con arreglo á este principio supremo. Cuando la legislacion se haga científica, es decir, darwinista, por no decir evolucionista, como es de esperar que lo sea algun dia; cuando se comprendan mejor los principios biológicos de la reproduccion y del hereditarismo, no veremos ya á legisladores ignorantes rechazar con desprecio el sistema que ha de producir de un modo cierto el mejoramiento y bienestar de los humanos, y que consiste no más que en unir con prevision científica los sexos de la pareja humana (1). El porvenir de la humanidad estará entónces asegurado. El procedimiento, como se ve, no puede ser más sencillo; en su misma admirable sencillez se descubre la mano de la sabia naturaleza.

Grandes títulos tiene ya el glorioso siglo décimonono para ocupar puesto preeminente en la historia del progreso humano; pero aunque sus maravillosos descubrimientos en el órden científico no le hubieran rodeado de una aureola de gloria inmortal, la posteridad no olvidará jamás que así como fué en política el inventor del cuarto estado, y en su seno los ruidos de las orquestas de Wagner preludiaron la música del porvenir, él tambien dió á luz los dos tomos inmortales de Darwin sobre *La descendencia del hombre*, base de la legislacion de las edades venideras. La historia no olvidará que entre los truenos y relámpagos del Sinaí de las revoluciones de nuestro siglo, el nuevo Moisés de las edades futuras escribió las tablas de la ley suprema del mundo y de la naturaleza. La posteridad agrade-

(1) DARWIN, *La descendencia del hombre*, t. II, Conclusion, pág. 494.

cida lo ha de llamar con justicia el siglo de Darwin. Esto se entiende que no lo decimos nosotros, lo dicen los amigos de Darwin, que, nada ménos que en publicaciones que aspiran á pasar por tan sesudas y graves como la *Revista de Ambos Mundos*, se atreven á proclamar á su ídolo no sólo como un genio de primer orden únicamente comparable con Newton ó Galileo, sino á llamarlo tambien *el Mesías de las ciencias naturales* (1).

Sin embargo, ántes de decidirnos á seguir la nueva ley de los profetas, y miéntras los legisladores, para bien de la humanidad, se preparan á inspirar sus códigos en esta revelacion darwiniana, debiera explicarnos la escuela qué diferencia hay entre este nuevo dogma de la moral y la envejecida doctrina que hace más de veinte siglos resumía Carneades diciendo que: «La primera ley del mundo y de la naturaleza es aquella por la cual el más débil y el más pobre está á merced del más fuerte y del más rico.» Bien sé que á esto contestarán los discípulos de Darwin, que el fundador de la tercera Academia, por más que fuera gran filósofo, no tenía los profundos conocimientos en ciencias naturales que distinguen á Darwin; ni sospechaba la inmensa transcendencia de la ley de la seleccion sexual; ni siquiera había caido en la cuenta de la peregrina contradiccion en que incurre el hombre «estudiando con el mayor esmero los caractéres y la genealogía de sus caballos y de sus perros y demas animales domésticos ántes de aparejar los sexos, y no tomando en cambio nunca ó casi nunca iguales precauciones cuando se trata de su propio matrimonio (2);» ni había en fin vislumbrado tampoco los vastísimos proyectos de reforma humana que traza Darwin como consecuencia de sus principios de legislacion sobre el matrimonio. Ciertamente que en todo ello les sobrara razon; pero todo esto no hace sino dar mayor realce al penetrante ingenio de Carneades, que sin necesidad de tan vastas lucubraciones por el terreno de las ciencias naturales; sin necesidad de disertar sobre los salvajes, ni de hacer la anatomía del cuerpo humano para hallar en

(1) CH. MARTINS, *Revue des Deux Mondes*, 15 de Setiembre 1871.

(2) DARWIN, t. II, conclusion.

nuestros miembros las huellas indelebles de la organizacion cuadrumana de nuestros antepasados irracionales, supo formular la ley primera del mundo y de la naturaleza con tal precision que dos mil años despues la sabiduría humana, al exponer las leyes del mundo y las etapas de la generacion de las especies, no acertara sino á reproducir al pié de la letra la sentencia de aquel ilustre filósofo.

Por lo demas, fácilmente podrían estudiarse en la historia los resultados prácticos de esta moral en la misma institucion del matrimonio, que el darwinismo mira con especial predileccion, declarando que de ella depende que se cumpla ó no para la humanidad el ideal evolutivo. Licurgo, como lo desea Darwin, buscó ante todo en la institucion del matrimonio, la procreacion de una raza bien formada, vigorosa y atlética. Con especial esmero cuidó que en su república no hubiera ni jorobados ni contrahechos, ni pusilánimes ni cobardes, ni pobres ni ricos. Allí no se verificaban matrimonios prematuros; los niños contrahechos eran arrojados por el Taipeto; los cónyuges, para tener hermosa descendencia, adornaban su estancia con los retratos de Cástor y Pólux, de Jacinto y Apolo, que les recordaban sin cesar el tipo ideal de la belleza humana. «Dadnos alma sana en cuerpo sano,» era la plegaria principal que dirigían los espartanos á los dioses. Al rey Arquidamo se le imponía una multa porque casaba con mujer pequeña; Anaxandrias tenía que repudiar á su primera esposa para tener hijos con otra. El que no procreaba hijos, ó no tenía esperanza de procrearlos más robustos, entregaba su mujer á algun jóven vigoroso y bien formado. Por las calles de la ciudad era gran distraccion de los muchachos y juego inocente de la infancia agolparse detras de los célibes haciéndoles burla y persiguiéndoles con crueles rechiflas. Esparta, ajena á nuestras preocupaciones de necia filantropía, no procuraba contener como nosotros la marcha de la eliminacion de los individuos inferiores construyendo hospitales para los tontos, enfermos y desvalidos, séres que el darwinismo condena sin compasion, como destinados por la misma naturaleza á completa eliminacion por causa de su inferioridad originaria. Por el contrario, para evitar la invasion de bárbaros que

teme el darwinismo, si los incapaces llegaran á superar á los capaces, los sabios y previsores lacedemonios disponían cacerías contra los ilotas en cuanto se multiplicaban éstos en número excesivo. Con tales medios consiguió el legislador que se formara en Lacedemonia una raza tan hermosa y valiente, que de haber tenido más larga vida aquella república, sus robustos hijos acabarían probablemente por constituir una especie nueva y la más hermosa del reino animal. Las espartanas veían tan hermosa á su prole que exclamaban con justa vanagloria: «*Somos las únicas que engendramos hombres.*»

Sabemos cómo degeneró, sin embargo, aquella raza y vino á horrenda barbarie; sabemos cómo acabó el estado espartano en medio de la más espantosa disolución. Sin duda por ser la escuela darwiniana más aficionada al estudio de los tiempos prehistóricos que á recoger la experiencia de los sucesos humanos en épocas de mayor certidumbre para la historia, no ha tenido presente al sentar su doctrina el ejemplo de Esparta. De otro modo es de presumir que, con la experiencia del triste resultado que allí dieron doctrinas parecidas á las que ahora quieren aplicar al matrimonio á nombre del mejoramiento humano por la selección sexual, ni Darwin, ni Spencer, ni la cohorte de sus sectarios se atreverían á exigir de los legisladores que apliquen al matrimonio las mismas reglas que observan los ganaderos en las yeguas. Si estudiaran mejor la historia y observaran lo que pasa en las sociedades humanas no pensarían seguramente tales sabios en «excluir del lazo conyugal á los individuos de constitución enfermiza ó cuerpo contrahecho, á los de ingenio pobre, á los imprevisores, á los necesitados y á todos aquellos, en fin, que no pueden evitar para sus descendientes, ó una pobreza abyecta, ó enfermedades y miserias hereditarias, y que si se les dejara multiplicarse libremente formarían dentro de pocas generaciones compactas muchedumbres de imbéciles, perezosos, criminales, enfermizos y hambrientos, que por la superioridad del número acabarían suplantando á los miembros superiores y haciéndonos retroceder á la barbarie.» Fácil es protestar en los libros contra las uniones que no han de engendrar sino criaturas enfermizas, pobres, tontos ó locos; fácil es declamar

pidiendo á la ley que no consienta ningun matrimonio mientras los que lo vayan á contraer no justifiquen tener una congrua sustentacion para sí y para sus hijos; pero, ¿qué persona medianamente sensata y con algun conocimiento práctico de las instituciones humanas, no comprende que tan sapientísimas teorías están edificadas en el mundo de la utopia y que en la vida real no pueden producir sino horribles despotismos?

Y terminemos este estudio, ya sobrado largo, preguntándonos: ¿cuál es el destino humano segun la escuela de la evolucion?

Supongamos llegados los tiempos apocalípticos tal como los concibe la escuela. Ha pasado sobre la humanidad gigantesca serie de siglos que la imaginacion apenas acierta á concebir, y por la consumacion de los siglos de los siglos hemos llegado á la plenitud de los tiempos del desarrollo de las especies en la tierra. Con este prodigioso transcurso de las edades, la humanidad, por la seleccion sexual y por la eliminacion constante de las inferioridades de su especie en la lucha de la existencia, ha tenido lugar de alcanzar la última y suprema evolucion. Han desaparecido las deformidades físicas y morales, que hoy tanto abundan en nuestra especie. Ya no hay tontos, ni feos, ni jorobados, ni contrahechos. Los órganos rudimentarios (como músculos atrofiados, bellos del cuerpo, huesos inútiles, etc.) que la anatomía darwinista halla ahora en el cuerpo humano como huella indeleble de los organismos inferiores (1), quedan en estos tiempos felices de la última evolucion eliminados por completo de la estructura corpórea de los humanos: ya no se ve molestada la humanidad por la tardía denticion de las muelas de juicio suprimidas al fin por inútiles; ya no se conocen hombres de pelo en pecho, ni hombres que muevan las orejas, ni mulleras humanas con la propiedad animal de traer sobre las cejas la pelambreira que cubre los parietales y el frontal. Todos los individuos del género humano dotados de sana y robusta

(1) DARWIN, *Origen de las especies*, cap. XIII.—*Descendencia del hombre*, t. I, cap. I.

complexion reproducen en su forma externa, con ligeras modificaciones, un tipo acabado de belleza: son todos hermosos como el Apolo de Belvedere. Digamos más bien, hablando con mayor propiedad, que la estatuaria del arte clásico ha sido incapaz de vaciar y concebir un molde de belleza comparable á la de estos seres, últimos eslabones de nuestra descendencia. Y en esta raza de criaturas admirables, que aunque hijas del hombre son tan superiores á nosotros sus abuelos como la especie humana actual es superior á la especie humana antropoide, no hay matemático que no sea un Euclides, un Arquímedes ó un Newton, ni pintor que no sea un Rafael ó un Apéles, ni músico que no sea un Bethowen, ni naturalista que no sea un Darwin, ni filósofo que no sea un Haeckel, ni político que no sea un Bagehot ó un Herbert Spencer.

Pero entónces habrán llegado tambien los tiempos en que deba cumplirse otra profecía terrible de la ciencia moderna. Se producirá el cataclismo final de cuya realidad futura estamos hoy tan ciertos como de que ha de llegar dentro de breves años para cada uno de nosotros la hora de la muerte, ó sea de la desintegracion, como dice Spencer. Vendrá el sol á total extincion y se enfriarán tambien los planetas sus satélites. De la tierra, como de los demas globos de nuestro sistema planetario, se apoderará un frio de muerte, de cuyos terribles horrores no puede hoy el hombre formarse idea. Reducidos á montones inertes de materia inorgánica todos los individuos de las especies vegetal y animal; convertido el Océano desde su superficie hasta sus más profundos senos en compacta y gigantesca mole de hielo; rígida y dura la tierra como un metal, desnuda como el aerolito, esta mansion hospitalaria, en donde se desenvolvió el drama grandioso de la vida, rodará como cuerpo muerto por los espacios, sin albergar ahora sér viviente y envuelta en tinieblas eternas.

Y esto sucederá cuando la evolucion de las especies esté en su apogeo; cuando los hombres robustos, sanos, hermosos y dotados todos ellos sin excepcion del más brillante ingenio, estén á punto de conseguir una descendencia todavía más espléndida. Los esfuerzos gigantescos de la naturaleza duran-

te el inconmensurable transcurso de las edades para hacer surgir de unas pocas formas primitivas, quizás de una sola, los múltiples organismos de los séres, vienen por tanto á parar al fin á una inmensa catástrofe que, precisamente cuando es llegada la hora en que había de producir la evolucion los organismos más admirables, destruye de pronto y anonada á un tiempo el protoplasma, la Eva celular, el mono y el hombre y la hermosa descendencia de especies nuevas que de ellos hubieran podido surgir. De modo que el gran drama de la vida en la naturaleza, segun lo entienden estas escuelas, se reduce á recorrer en cada luminar del firmamento colosales etapas, engendrando con el proceso de los tiempos multitud maravillosa de séres diversos dotados de organismos cada vez más admirables y perfectos, para interrumpir de pronto tan portentoso trabajo y reducir de nuevo á la nada las especies creadas, y secar en sus más profundos manantiales los gérmenes de la vida volviéndolo todo al no ser. Y la evolucion, despues de esta catástrofe final que viene á ser desenlace siniestro de sus gigantescos trabajos, tiene que empezar de nuevo en otra parte sus lentas y laboriosas escalas; á no ser que Darwin ó Herbert Spencer ó alguno de sus discípulos descubra un medio para que la humanidad pueda emigrar en cuerpo y alma á otro barrio del Universo, probablemente á alguno de los globos de las nebulosas cuya materia cósmica esté para entónces suficientemente aderezada para recibir á la descendencia de los humanos, y así no se malbarate el trabajo de millares de siglos de evolucion.

Miéntras los naturalistas no lleven sus adelantos científicos hasta descubrirnos el medio que hemos de emplear para hacer el viaje á otro sistema planetario, y vagar por los astros, como la luz por las estrellas, cuando nuestra tierra se convierta en inhospitalaria é inhabitable, no le debe extrañar á Darwin que la humanidad no sienta simpatía ninguna hácia un sistema que, sin darle solucion alguna para sus destinos futuros, contradice sus más altas aspiraciones. Natural es que la humanidad se pregunte si para acabar con esa catástrofe y morirnos de frio, asfixia y tinieblas, y desaparecer todos en definitiva, hombres y brutos, protoplasmas y moneras hæke-

lianas en los abismos del no ser, valía la pena de poner á la naturaleza en tan gigantescas labores de evolucion, y condenarla á los dolores de tan trabajoso parto. Natural es que se pregunte si producir especies y razas hermosas que al fin y al cabo se han de desvanecer en la nada, valía la pena de imponer á las sociedades humanas los sacrificios de una eliminacion secular, y obligar á los legisladores á excluir del matrimonio á tan numerosas categorías de incapaces, y acelerar la muerte de las inferioridades de nuestra especie, y subordinar, en fin, todas las leyes humanas y divinas á que se produzcan hembras y varones hermosos. Y al ver la solucion tan pobre como desconsoladora y siniestra que el darwinismo y sus variantes científicos dan á los mayores problemas que remueve el pensamiento humano, la humanidad considera que lo más razonable y científico es desechar con horror un sistema que en los orígenes del hombre no se halla más que en la bestia; y en los afectos, y en la conciencia y demas facultades de nuestra especie, los instintos de la bestia transformados por la seleccion sexual; y en lugar de libertad, el hombre, organismo perfeccionado de la vida animal, obedeciendo siempre como la bestia á los ciegos impulsos de su naturaleza; y en lugar de Providencia la integracion y desintegracion de los seres con arreglo á las leyes de la evolucion; y luégo al fin de toda cosa, en lugar de las esperanzas consoladoras del cumplimiento de la justicia absoluta, la pavorosa perspectiva de los organismos vivientes reducidos de nuevo á la nada en el vacío horrible de Sakia-Muni, y el espacio sin límites sembrado de soles muertos.

Vemos, sin embargo, á la democracia radical batir palmas con frenético ardimiento ante estas teorías, y acogiéndolas con arrebatos de entusiasmo, declararse darwinista y positivista en el terreno científico. Difícil es, no obstante, que puedan darse dos doctrinas tan opuestas como lo son la escuela radical y la de la evolucion, tanto en el terreno filosófico como en el palenque de la política. El radicalismo es hoy el representante más genuino de los principios que se informaron en la revolucion francesa. Más que ningun otro partido, ha permanecido fiel á las doctrinas de Rousseau y de la Convencion. Ni la experien-

cia de cien años de tragedia revolucionaria, ni los escarmientos de las más sangrientas catástrofes, han podido conseguir que borrara ni aún siquiera uno solo de los lemas que lleva inscritos en su bandera. Racionalista recalcitrante, sólo considera legítimas las premisas y conclusiones de la razón pura; desecha en política toda experiencia, desprecia toda tradición histórica, no admite ni transacciones con lo pasado, ni exigencias de la vida real, ni tiene tampoco en cuenta cuáles son los elementos que en cada pueblo y en cada época ellos mismos se combinan de un modo diverso y producen la verdadera distribución de las fuerzas sociales, la verdadera constitución, la fisonomía característica de cada nacionalidad. Como sus predecesores de la Convención, intenta aún destruir de un golpe todos los organismos seculares de la vida social, y plantear también, de un golpe, en los pueblos constituciones del todo nuevas, fantaseadas *à priori* y cimentadas no más que en el puro silogismo. Con el simple decreto revolucionario se propone contener la marcha de la historia y lanzar violentamente á las naciones por una senda del todo opuesta á sus inclinaciones y tendencias seculares. *El Contrato social* es todavía para él el texto sagrado que encierra los dogmas fundamentales de la política. Siguiendo al pié de la letra las sentencias del célebre sofista ginebrino, el radicalismo actual no se resigna á aceptar al hombre y á las sociedades humanas tal como son y viven en este mundo. Para desterrar las servidumbres y tiranías de las repúblicas humanas, no estima suficientes las reformas lentas y graduales que traigan las mejoras que permiten los tiempos; sino que se propone fabricar repúblicas y hombres del todo nuevos, tal como él concibe que debieran ser. Y traza para ello, sin descanso, el cuadro de un hombre abstracto y de una sociedad abstracta; fantasea constituciones de universal aplicación; imagina pueblos que no se componen sino de individuos; hombres no sujetos á pasiones perversas, sino siempre buenos, razonables y perfectos, salvo el caso en que su razón esté ofuscada por preocupaciones ó supersticiones religiosas é históricas hijas de la ignorancia, que se deben combatir sin descanso y extirparlas de raíz del seno de la república; crea hombres, en fin, que no tienen más que reunir-

se en comicios y expresar su voluntad por sufragio universal para ser infalibles y producir leyes perfectas y gobiernos de inaudita sabiduría. Y razonando sobre estas premisas imaginarias, la democracia radical deduce los dogmas políticos que todos conocemos y con los cuales por procedimiento geométrico se ha de construir todo el edificio social. En una palabra, la escuela radical es hoy por excelencia la secta de los principios absolutos y de la metafísica política sistemática é implacable, que no admite como elementos de la especulación teórica ninguna de las circunstancias de tiempo y lugar. Sus teoremas políticos son absolutos como las proposiciones de Euclides, y generales como las verdades de las ciencias físicas. Ella es la que resuelve proyectos de gobierno y fantasea instituciones representativas que lo mismo se pueden aplicar á las naciones europeas que á las tribus de las islas Fidji y á las hordas de la Cafrería y de la Hotentocia; ella es la que hoy más se desvive por hallar solución al clásico problema de la mejor forma de gobierno, problema tan insoluble y ocioso para la política como lo es la cuadratura del círculo y el movimiento perpetuo en las ciencias matemáticas. Rebuscadora de estados idealmente perfectos, la escuela radical, en fin, por razonamientos *à priori* ha creído descubrir que la democracia es la forma más perfecta de gobierno, y está dispuesta á plantearla lo mismo en Francia que en Turquía, en Caledonia y en el Tombucku lo mismo que en los Estados-Unidos de Norte América.

¿Puede darse nada más contrario á los principios positivistas de la evolucion?

El radicalismo no reconoce otro procedimiento teórico que el razonamiento abstracto; no quiere otro procedimiento práctico en la vida real que el procedimiento revolucionario, el planteamiento de instituciones nuevas en los pueblos, sin tener para nada en cuenta el tiempo y la tradición. La escuela de la evolucion, por el contrario, no admite para la investigación científica otro procedimiento que el método experimental, ni acepta tampoco en la vida real otro medio de perfeccionamiento que una lenta é insensible progresion en todos los organismos, en el organismo animal como en los orga-

nismos sociales y políticos. Y esta evolucion no se puede realizar de un modo eficaz si no tiene por primeros factores el tiempo y el hereditarismo; es decir, que no puede fundarse en bruscos sacudimientos ó en improvisaciones artificiales de estéril violencia, como son los que producen las revoluciones; necesita, por el contrario, una marcha y desarrollo incesante y gradual, sin la menor solucion de continuidad; de modo que al formarse el nuevo organismo por modificacion del anterior sea imposible de todo punto apreciar en qué momento y de qué modo se formó. La doctrina de la evolucion juzga, en fin, tan insensato en política destruir las instituciones antiguas para establecer otras nuevas ántes de hallarse del todo formadas y viables las que han de ponerse en su lugar, como insensato sería en el naturalista arrancar al anfibio sus agallas de pez ántes de que tuviera pulmones del todo desenvueltos. En una palabra; *evolucion*, es lo contrario de *revolucion*.

El radicalismo proclama los derechos del hombre inalienables, imprescriptibles, anteriores y superiores á todo convenio humano, inviolables y absolutos, independientes del estado social, debiendo por tanto el legislador interpretarlos del mismo modo en todo tiempo y por todas las regiones que habiten los humanos. Consecuente á tales principios, la escuela, secta ó partido radical (cualquiera que sea el nombre que más le convenga), se convierte en partido revolucionario cosmopolita, reclamador universal de los derechos del hombre y de la soberanía democrática, é invocando estos principios absolutos y de universal aplicacion, por donde quiera derrumba tronos y trastorna imperios.

Conocido es el soberano desprecio con que la escuela de la evolucion mira tales doctrinas que califica de patrañas metafísicas. Para ella nada hay en el derecho que pueda decirse absoluto; segun su criterio, todo, por el contrario, es en él relativo. Justicia y conciencia no representan en el hombre sino los instintos animales transformados, y tienen, por tanto, que estar sujetos á los grados diversos de cultura y diversamente interpretados en los diferentes períodos de la evolucion humana. El positivismo de las leyes biológicas es, pues, inconciliable con la metafísica de los derechos absolutos.

En las páginas que preceden hemos tenido ocasion de apreciar cuál es el juicio que la escuela de la evolucion forma de las demas doctrinas democráticas. La igualdad democrática no es para ella sino una idea subversiva de todo orden social, con la cual tribunos desalmados intentan perpetuar la anarquía excitando las pasiones de las clases inferiores. El hereditario demuestra la justicia y necesidad de las categorías sociales. A la raza más perfecta producida por la seleccion sexual pertenece de derecho el dominio sobre las demas. El sufragio universal, ó sea la soberanía del número, es otra invencion anárquica de las demagogias, que no conduce sino á la opresion brutal de los capaces por los incapaces. Si algun dia prevalecen estas ilusiones democráticas, habremos retrocedido de nuevo á tiempos de horrible barbarie.

Tal es la reprobacion cruel que la moderna escuela de la evolucion lanza contra los dogmas democráticos. Inútil fuera comprobar aquí más por extenso la discordancia completa que reina entre las dos doctrinas. Seguramente que el radicalismo democrático habrá recibido en nuestros tiempos pocas invectivas tan irónicas y sangrientas como las que le dirige Herbert Spencer en algunas páginas de su *Introduccion á la ciencia social*.

¿Cómo explicarse, pues, el singular cariño que el radicalismo profesa á las escuelas evolucionistas? ¿Qué significado dar á los pataleos de entusiasmo con que se arrebatan la democracia radical cada vez que oye exponer aquellas teorías científicas? ¿Por qué extraños procedimientos se armonizan en no pocas cabezas las doctrinas más opuestas, y abundan ahora tribunos ardientes que proclaman por un lado en la plaza pública los derechos del hombre con sus consabidos epítetos, y al mismo tiempo en las discusiones científicas se declaran partidarios no ménos ardientes de las soluciones del positivismo y de la evolucion? Y ya sabemos cómo lo declarado y resuelto por decision dogmática de los jefes, las masas disciplinadas del partido de accion lo han recibido con docilidad asombrosa en su credo político. ¿Será explicacion de tan extrañas contradicciones el que los hombres en su mayor parte profesan opiniones y creencias sin conciencia de lo que ellas

significan, y cuanta menor cuenta se dan de los principios de su secta tanto más frenéticos sectarios se muestran? Plausible puede ser explicacion semejante aplicada á las muchedumbres del radicalismo; pues sabido es que las masas humanas levantan sus ídolos sin saber ni lo que quieren ni adónde van, é impulsadas sólo por los furros supersticiosos de su idolatría se degüellan sin compasion unas á otras al pié de los altares de estos dioses maléficos. Pero no puede decirse lo propio de los jefes que dirigen esas turbas. No sería justo suponer en ellos tanta ignorancia y barbarie de buena fe. Tienen sobrado bien acreditada su habilidad en repetidas ocasiones para presumir que pecan de incautos y tontos, y que sin saber ni lo que se dicen ni lo que se hacen, víctimas de artificiosas ilusiones, ellos mismos se engañan sobre el camino que llevan. Al dar tal consigna á los suyos lo hacen, por el contrario, con exacta cuenta y razon de lo que su partido representa.

El radicalismo, en efecto, más es quizas partido anti-religioso que partido político (1); de aquí que por lo que tienen

(1) No es este lugar á propósito para desenvolver más por extenso la afirmacion que sentamos en el texto. Fácil fuera, por lo demas, dar sobre ello pruebas detalladas en demostracion de que las pasiones que ahora agitan al radicalismo son principalmente las pasiones volterianas, mezcladas en parte con las huecas y superficiales declamaciones del *Contrato social* y demas teoremas políticos del sofista ginebrino. Pero Voltaire, que desahogaba tanta hiel contra la religion y profería contra Cristo imprecaciones y sarcasmos tan obscenos, no tenía para los reyes sino viles lisonjas de cortesano. Voltaire fué un demoleedor religioso; no un reformista político. Impugnó con energía los vicios y abusos del antiguo régimen, se desató con saña revolucionaria contra la Iglesia, pero nunca defendió ni estimó necesaria una revolucion política que estableciera, sobre las ruinas del trono, el poder de la democracia. En algunos de sus escritos, con especialidad en el *Diccionario filosófico*, apunta algunas ideas políticas; condena la diversidad y multiplicidad de leyes locales y costumbres heterogéneas vigentes en Francia, se mofa alguna vez de los títulos honoríficos y de las grandezas mal llevadas; pero, á pesar de haber examinado por extenso las ventajas é inconvenientes de cada forma de gobierno, en ningun lado se muestra campeón de las doctrinas democráticas. Abundan en sus obras adulaciones rastreras á la monarquía; pero lo más que dice en favor de la democracia es que el gobierno democrático es por naturaleza templado y humano, pero que únicamente conviene y es aplicable á los Estados pequeños. En cambio aquel hombre que aparece tan apasionado admirador del despotismo real en su historia de *El siglo de Luis XIV*, decía de las clases populares: «Bueno es que el pueblo sea guiado, pero no ins-

de antireligioso las doctrinas de la evolucion las aplaude y ensalza y quiere estrechar alianza con ellas y tenerlas por auxiliares y amigas, por más que hasta ahora no le hayan correspondido sino con sarcasmos y desdenes. Poco le importa que se burlen de sus derechos del hombre, y echen á barato sus doctrinas del sufragio universal, y cubran del más sangriento ridículo sus teorías de la instruccion obligatoria; ve que el positivismo de la evolucion es enemigo de lo sobrenatural y de las religiones, y esto le basta y sobra para declararse decidido campeón de tales sistemas. Partido de anarquía y destruccion, consagrado nada más que á producir ruinas por medio de las revoluciones, no es la forma de gobierno lo que preocupa al radicalismo: unas veces será absolutista monárquico, como lo fué en Francia en la córte de Luis XV, y en

truido. El pueblo se parece á los bueyes que tienen bastante con el aguijon y la racion de paja.» La frase no será democrática, pero es radical. Y si no es radical, que nos expliquen ¿por qué el radicalismo ha tomado por patriarca corifeo al que ultrajó al pueblo en términos tan brutales? No nos han dicho todavía los actuales tribunos democráticos por qué veneran tanto la memoria del que así escupió á la frente de la democracia. Pero cualquiera lo adivina: es porque Voltaire que no era demócrata, sí era radical.

Otro tanto que de Voltaire, puede decirse de los demas escritores de la enciclopedia. El radicalismo estaba encarnado en ellos, pero ninguno pensaba en sustituir el poder real con un gobierno de democracia pura que quitara y pusiera reyes segun los antojos populares manifestados por el sufragio universal. Rarísimos fueron los escritores anti-monárquicos de la primera generacion de la secta filosófica, y entre ellos sólo uno de verdadera importancia: Rousseau. Verdad es que este sofista ejerció influencia inmensa en el rumbo que tomó la revolucion; él es padre verdadero de la moderna democracia revolucionaria; en el *Contrato social* ha recogido la revolucion los apotegmas de su credo político. Pero el radicalismo ha tenido siempre en más estima á Voltaire que á Rousseau. Con un mes de diferencia, se cumplían en el año pasado de 1878 el primer centenario de la muerte de Voltaire y el de J. J. Rousseau; pero el radicalismo, que intentó conmemorar á Voltaire con un centenario como no lo ha recibido nunca Mahoma de sus creyentes, dejó pasar el 3 de Julio sin tributar apénas un recuerdo al democrático y sentimental tribuno de Ginebra. No cabe dudar que la *Enciclopedia* y el *Contrato social* han sido los dos libros que la revolucion ha tenido por texto sagrado. De la fusion de las doctrinas de ambos libros se hizo el conocido lema jacobino «ahorquemos al último rey con las tripas del último fraile;» pero aún en este mismo lema se descubre qué pasion era la que bullía más enérgica en el pecho de un radical de la Convencion. Rousseau inspiraba los odios contra el rey; Voltaire los odios contra el fraile.

Prusia en la de Federico II, y en Austria en la de José II, y en España en la de Carlos III; otras, será monárquico constitucional ó monárquico democrático, como en nuestros tiempos; otras, por fin, será republicano. Tampoco en la libertad resume sus aspiraciones: unas veces será centralizador y creador de repúblicas, unas é indivisibles, como los jacobinos de la Convencion; otras será descentralizador y federal y hasta cantonal y comunero; los cesarismos y dictaduras, las asambleas únicas y omnipotentes, ó las tiranías innominadas de turbas revueltas en sedicion constituyen sus sistemas predilectos de gobierno. Su pesadilla, y el objeto verdadero y principal de sus furores, es la Iglesia que superior á las tormentas sociales y á la accion de las revoluciones permanece indestructible miéntras todo á su alrededor se desquicia y muere arrebatado por el huracan. Hace más de un siglo que forcejea en vano para despedazar á su invencible enemiga; pero cada vez que cree tenerla vencida y se ha imaginado ahogarla con las garras de la furia revolucionaria y se dispone á celebrar sus funerales con orgías de depotismo y anarquía, la mística esposa de Cristo sacude la opresion de la Menade delirante, y al fin de cada persecucion surge más pujante y enérgica. Así como en las peripecias de la gran lucha entre el protestantismo y el catolicismo se resume toda la historia del siglo xvi y de la primera mitad del xvii, así tambien en el gran duelo entre el catolicismo y el radicalismo, como representante éste el más genuino del liberalismo, se resume la historia de la segunda mitad del siglo xviii y de todo el presente siglo. En el fondo de todos los grandes acontecimientos de la Europa contemporánea aparecen siempre los dos campeones luchando sin tregua ni descanso.

Esta lucha implacable entre los dos adversarios irreconciliables no puede terminar sino con la muerte y total desaparicion de uno de ellos. Mas como la Iglesia, léjos de perder su fuerza y vitalidad, la aumenta y centuplica con cada embate revolucionario, de dia en dia se exaltan con frenesí mayor las iras del radicalismo enfurecido por la impotencia de sus esfuerzos para derribar á su indestructible enemiga; y desatinadas sus pasiones por los furores de la contienda, no perdona me-

dio por reprobado y perverso, ni rehuye las alianzas más vergonzosas, ni retrocede ante ninguna inconsecuencia y apostasía, ni se avergüenza de las torpezas y villanías mayores con tal de asegurarse el triunfo. Vociferador de libertad, contraerá alianza con escuelas filosóficas que sustentan el fatalismo. Pregon del deísmo como único culto que legítimamente pueda profesar el Estado, acogerá con frenesí las doctrinas del materialismo más obsceno. Tribuno de las libertades democráticas, proclamará la superior sabiduría y ventajas indecibles del despotismo monárquico cuando éste se emplee en destruir comunidades religiosas, expulsar jesuitas, hacer uso inmoral de regalías y tener discordias con el Papa; y proclamará luego, por el contrario, la república como única forma legítima del gobierno, la democracia como único poder legítimo en el Estado, y los derechos absolutos, imprescriptibles, ilegislables, y el derecho inviolable y absoluto de asociarse para todos los fines de la vida, cuando prevé que con ello se va á enturbiar el Estado y se presentará ocasion propicia de desbaratar las asociaciones que cuidan del fin religioso de la vida, y perseguir y expulsar á los asociados, y de incautarse de los bienes de la Iglesia y de promover cismas por medio de las regalías. Vocinglero de las libertades de enseñanza, pedirá, en fin, el monopolio del Estado y la instruccion laica y obligatoria cuando se haya apoderado de los centros de enseñanza. Y al proceder así el radicalismo obra conforme á su naturaleza, que es por esencia revolucionaria, y nada más que revolucionaria y antireligiosa.

Podemos lamentarnos, por tanto, de la torpe impudencia que se revela en ser maestro de materialismo en las escuelas, y tribuno de los derechos del hombre en las luchas de la política; podemos condenar con nuestra reprobacion más severa la obscena hipocresía que se descubre al oír vociferar en la plaza pública la palabra libertad por quien la ha negado en la cátedra y suprimido del órden científico. Sean amigos ó adversarios, es nuestro derecho exigir, ántes que nada, sinceridad y buena fe en los hombres, y reclamar de ellos, so pena de despreciarlos y tenerlos por viles, el que no pronuncien palabra alguna los labios que no sienta primero el corazón. Pero

no nos debe extrañar que el radicalismo aplauda á Darwin, Haekel, Herbert Spencer y demas maestros de la moderna evolucion, como aplaude á Littré, Fuerbach, Moleschott, etc., porque el radicalismo, reconozca ó no sus verdaderos propósitos, no es partido que pugna por ninguna idea de libertad, sino partido, lo repetimos, exclusivamente revolucionario y anti-religioso. Verdad que se dice liberal, pero es por lo mismo que nada tiene de ello. En cuestiones de Estado es de la mayor importancia no llamar las cosas por su nombre y disfrazarlas á poder ser con el mote que les sea más opuesto. El radicalismo lo ha comprendido así; pero á fuerza de obrar tiranía proclamando libertades, ha conseguido que *liberal*, *liberalismo* y otras palabras parecidas muy traídas y llevadas en las luchas de la política, ya no signifiquen en nuestra lengua más que una antífrasis (1).

(1) Una de nuestras ciudades meridionales que más se distinguen por su ingenio y sabroso aticismo, y que en la época actual parece tener más que ninguna otra aquella virtud generadora de producir voces nuevas cuando lo exige la necesidad (sirvan de ejemplo *cursi*, *filfa*, *guasa*, *camelo*), ha sido tambien la inventora de la palabra *liberalismo*. En la época memorable en que allí se reunieron las Córtes para dar á luz la primera Constitucion que con su artículo 6.º nos iba á hacer á «todos los españoles justos y benéficos y amantes de la patria,» el público tan alegre como ruidoso que frecuentaba la tribuna del inolvidable Congreso, al ver el modo expedito y espléndido que tenían aquellos ilustres varones de obviar á las mayores dificultades de circunstancias tan críticas, y resolver los más complejos problemas del gobierno y reconstitucion de la patria, y ejecutar las más trascendentales reformas con sólo apellidar libertad y mostrarse singularmente desprendidos y dadivosos de la herencia constitucional de las instituciones patrias, empezó á llamar *liberales* á los partidarios de este sistema, y *liberalismo* á la enfermedad. El calificativo era gráfico y feliz, y dió al instante la vuelta al mundo tomando en todos los pueblos cartas de nacionalidad.

No sucedió así con el calificativo *servil*, que se aplicó al campo opuesto, porque no era mote tan gráfico como el de liberal. Abundaban, en efecto, en los dos campos los serviles: serviles los unos, porque adulaban al rey extendiendo el poder real y sublimándolo más de lo que la razon y el derecho piden y consentían las venerandas tradiciones de la patria; serviles los otros porque lisonjeaban rastroeros las pasiones populares y declamaban liberalismo nada más que por sentar nombre de patriotas ante la multitud que los escuchaba, y á quien ellos mismos trataban de engañar. Lo mismo digo del epíteto *exaltado*; desapareció porque unos y otros eran EXALTADOS. Por no ser, pues, bastante gráfico como denominacion de un partido,

Explicado queda el motivo del tierno amor que profesa á las doctrinas del darwinismo el partido que ahora usurpa el nombre de la democracia. Aunque discrepen en todo lo demas, están unidos en iras y pasiones anticristianas y esto le basta al radicalismo para perdonar agravios y tratar como hermana á la escuela científica que le prodiga los más despreciativos sarcasmos. Entregamos al juicio del lector el averiguar si están guardadas las formas del decoro en esta alianza del liberalismo más avanzado con las escuelas filosóficas que no sólo sustentan en política los principios más opuestos, sino que cubren á la democracia de la más sangrienta irrisión.

A sus tendencias anticristianas debe, pues, el darwinismo los aplausos que le tributan los tribunos democráticos y la popularidad que goza entre los contemporáneos. Esta última circunstancia ha sido causa que nos detuviéramos en su estudio más de lo que se merece y quizás más de lo que debiéramos. Pero si de él hemos tratado con preferencia á cualquier otro, es porque impugnado el darwinismo quedan impugnadas las demas escuelas que con él se enlazan. Entre todos los sistemas evolucionistas que ahora prevalecen en el órden científico, el darwinismo es, en efecto, la personificación más acabada y completa del positivismo y naturalismo contemporáneo, y es tambien, á no dudar, el sistema que reúne mayor número de adeptos. Se ha hecho en el dia doctrina de

cayó en desuso el mote servil, como el de apostólico, etc., y más tarde el de ayacucho, etc.; pero quedó el de liberal.

En torno de los honrados pero cándidos héroes que elaboraron la teoría político-constitucional de 1812, liberal pudo significar amante platónico, generoso é iluso de la libertad. De entónces acá, la palabra, á no dudar, ha cambiado de significacion. Desaparecieron los héroes cándidos, porque es ley de nuestra condicion que las generaciones de ilusos engendren siempre generaciones de desengañados. Pero los desengañados que obran como si no lo estuvieran y continúan diciéndose liberales, han hecho ahora al antiguo mote todavía más gráfico; y si en el lenguaje político liberal no significa ya lo que en tiempo de Cervantes, ni lo que en tiempos de los honrados é ilusos políticos niños de 1812, constituye ahora en cambio una de las más ricas y castizas antífrasis de nuestra lengua; y la sabiduría de nuestro profundo idioma, que muchas veces gusta llamar las cosas por lo que no son, conserva con el mayor acierto el mote liberal para hacer con él la misma figura retórica que cuando llama pelon al que no tiene pelo, y rabon al animal que perdió el rabo.

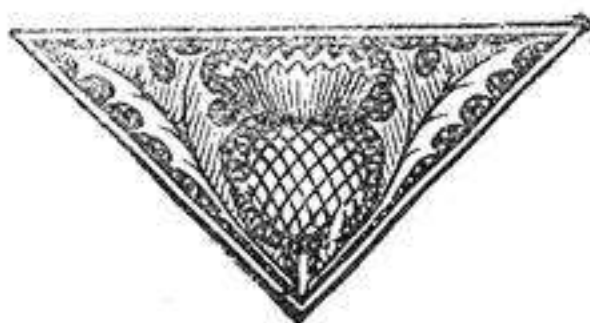
moda, y priva en los libros y en la cátedra. Se ríen los sabios de la Biblia porque no está conforme con la hipótesis de Darwin; profieren blasfemias contra la Iglesia y claman superstición porque, sin embargo de lo que dicen Darwin, Haeckel, Spencer, Littré, etc., condena el naturalismo y mantiene el dogma de lo sobrenatural. En cambio reciben como artículos de fe las más raras demostraciones que vengan á descubrir otro inesperado abuelo del hombre entre la clase de los animales ó de los hongos. *Philosophi credula gens*, decía Séneca, y calificaba á maravilla todas esas gentecillas del saber, que se creen unas á otras con admirable ingenuidad. Si Lamark, Darwin ó Haeckel les dicen que han tenido abuelos vertebrados é invertebrados, y que el llamado Adam debió tener largo el pié y parecido á la mano, ronco el gáznate, prominente la mandíbula, contestarán los sapientísimos doctores: «Nada vemos en ello que no sea probabilísimo.» En cambio les parecerá pedante y cuajado de ignorancia y superstición el sencillo texto de Moisés: «Dijo Dios que la luz sea, y la luz fué, etc.» Será ingeniosa, profunda, sapientísima la teoría que descubre el primer boceto del tipo humano lo mismo en el huevo que en la castaña; pero para que produzca en nosotros convencimiento se necesita á la verdad todavía más fe que ciencia, y difícil es llegue á tanto la fe de las generaciones futuras. Involuntariamente ha de cruzar siempre por nuestros labios sonrisa incrédula al ver en los mapas demostrativos que presenta la escuela señalado el paraíso en el fondo del Océano Indico con un punto de interrogación (1). ¿Con qué traza han descubierto que por allí abajo debió existir el paraíso? No nos lo han querido decir; pero cuando el maestro lo afirma preciso es que sea verdad, y no cabe dudar que debió ver las cosas muy de cerca y considerarlas por lo ménos como muy probables ántes de atreverse con la grave responsabilidad de colocar un punto de interrogación nada ménos que en medio del

(1) Véase el mapa publicado por HAECKEL al fin de su *Historia de la creacion natural*. Tiene gracia el título que el inventor ha dado á esta lámina. La intitula: «Bosquejo hipotético del origen monofilético y de la distribución de las doce razas humanas en la tierra, tomando por punto de partida el tronco lemuriano.»

mar de las Indias. A nosotros los profanos no nos toca sino reconocer que tiene gracia la hipótesis y que nunca mejor ni con más picardía que aquí estuvo empleado el signo escéptico de la interrogacion.

Por este estilo son, sin embargo, todas las revelaciones y descubrimientos admirables con que estas escuelas han venido á enriquecer la ciencia moderna. Posible que, así como los alquimistas buscando el precioso metal en crisoles y reactivos tropezaron al cabo con la química, los naturalistas de ahora, corriendo en busca del mono parlante ó del hombre con cola, consigan insignes adelantamientos para su ciencia, y hasta lleguen á encontrar al fin el *homúnculo* espontáneo que algunos alquimistas de la Edad Media consiguieron tener medio formado en sus redomas con la mixtura de tres ó cuatro simples. Así lo deseamos todos; pero miedo tengo que de este revuelto caos en que hoy se mueve la investigacion científica no resulte nada bueno. De todos modos, sin ser profeta se les puede asegurar que estudiando monos y protoplasmas, disecando hormigas y elefantes é inventando animales fantásticos, no se adquiere gran experiencia en materia teológica, ni se harán nunca moralistas notables, ni políticos profundos. Si en esto han de adquirir algun saber, preciso es que prescindan de lemures, antropoides, protozoos, protófitos y protistas, y estudien mejor al hombre moral y observen lo que pasa en las sociedades humanas.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.





CARTAS DE CHINA

VI.

EL CAMINO DE TIENSIN Á PEKIN.—PEKIN ; LA CIUDAD ; SU ASPECTO.



AY tres medios de franquear las veintiocho leguas que separan á Tientsin de Pekin. En bote, en carreta y á caballo. El primero se hace excesivamente pesado, pues cuando la corriente del rio es un poco fuerte, se tardan algunas veces hasta ocho dias y hay que llevar consigo todo un ajuar de casa, consistente en cocina, vajillas, camas, etc., y todo esto para no llegar más que á Tun-chao, á cinco leguas de la capital. El segundo es, á más de pesado, bastante incómodo. No sé de dónde habrán sacado los chinos el modelo de sus carretas, pero sí que es el vehículo más insoportable que imaginarse pueda. Corto hasta el punto de no poderse uno acostar, estrecho hasta impedir se abran los brazos, y bajo de techo, lo que hace no haya más postura posible que el ir sentado á la turca. Figúrese el lector un confesonario cortado por donde está el asiento, alargado un poco por el frente, póngale un par de ruedas y unas varas, y se tendrá una idea exacta de la carreta china. De los movimientos y resortes no digo más sino que en el pequeño trayecto que una vez tuve ocasion de recorrer, me fué impo-

sible resistir cinco minutos en cualquiera de las muchísimas posiciones que busqué, hasta que aburrido acabé por sentarme en una de las varas. Así, con los piés colgando, pude soportar la hora y media que nos faltaba; pero me valió estar cojo durante ocho días por la contracción que tenía que hacer para que la rueda no me cogiera el pié. En vista, pues, de todos estos inconvenientes, decidimos optar por el tercer medio, ó sea á caballo, y despues de calcular las ventajas é inconvenientes de hacerlo con uno solo, tardando lo ménos dos días, ó de enviar mudas para hacerlo sólo en uno, nos determinamos á lo último, á pesar de los consejos que en contra nos dieran varios amigos de Tientsin.

Todo convenientemente preparado y habiendo enviado por delante á nuestros criados en carreta, salimos á las seis de la mañana é hicimos en cinco horas la mitad del camino. Nosotros mudamos de cabalgaduras una vez, pero no así nuestro criado-guía, cuyo caballo hizo catorce leguas en el tiempo indicado, sin dejar de galopar más que en las cortas paradas que hacíamos con objeto de tomar una taza de té que refrescase nuestras abrasadas fauces.

A no haberlo visto nunca hubiera creído que un caballo pudiera sostener tan desenfrenada carrera; así fué que creyendo que era una excepcion de la regla hice proposiciones para su compra al guía, dueño de todos los caballos ajustados para el viaje, que acabó por vendérmelo en cuarenta duros.

Más tarde he tenido ocasion de convencerme que esta resistencia es una cualidad del caballo mongol y que poco más ó ménos, todos son lo mismo, reuniendo á estas buenas condiciones, bastantes defectos para los europeos. Parece que tienen en la sangre el odio por nosotros; un chino puede acercársele y montarle sin que se mueva, miéntras que nosotros debemos hacerle tener por dos criados, taparle los ojos y disponer de cierta agilidad para aprovechar el momento oportuno de montar, sin que nos alcancen algunas de las coces que así y todo nos envían; pero en cambio una vez montados son bastante tranquilos y si no tropezasen ni se espantasen cuando ménos se espera, dando botes de costado, no deja-

rían nada que desear como cuadrúpedos ligeros y de fatiga. Con muy rara excepcion, este es el tipo del caballo mongol, que más bien debo llamar jaca por su poca alzada.

Para salir de Tientsin tuvimos que atravesar sobre legua y media de ciudad china, pasando cerca del cementerio donde están enterradas las víctimas de las matanzas, por delante de las ruinas de la incendiada catedral y por una calle cuyas casas exteriores ocupadas por chinos católicos revisten la forma ordinaria, pero que no sirven más que para ocultar de la vista del público otro cementerio donde están enterrados los restos de los hermanos que pudieron ser hallados.

Tambien tuve ocasion de ver por mí mismo, al pasar, una desgracia ocasionada por el opio. Ibamos á trote largo, de uno en fondo, por no permitirlo de otra manera la estrecha calle que recorriamos, cuando al llegar á una encrucijada, dió el guía que iba delante la voz de apartarse á un hombre completamente desnudo, que por las trazas de su amoratada cara indicaba bien claro regresar á su hogar despues de haber pasado la noche fumando la nociva planta. Retiróse el beodo, no con los movimientos lentos y embarazados del borracho de vino, sino con cierta ligereza torpe, que si le permitía dirigir rápida y nerviosamente sus brazos de un lado á otro buscando un punto de apoyo para tenerse en pié, le imposibilitaba el hallarlo y le quitaba la presencia de ánimo necesaria para que al caer no fuera su cabeza á estrellarse contra un muro de piedra, como le sucedió al tiempo de pasar yo, que cerraba la marcha, sin que ninguno de los chinos allí presentes se cuidara de saber si aún vivía.

El paisaje entre Tientsin y Pekin no ofrece absolutamente nada de particular; campos plantados de maíz ó de trigo, muy poco arbolado, completamente llano; los pueblos que al paso se encuentran no tienen tampoco nada que pueda llamar la atencion.

Las posadas en que nos deteníamos para cambiar de caballos tienen todas, más ó ménos en grande, la construccion de las casas chinas. Un primer edificio, al frente dos laterales y otro en el fondo; todos de planta baja y con las ventanas al patio, que queda en medio. Las habitaciones del fondo son

las mejores, ó por lo ménos las de preferencia. Salvo en las muy buenas, no hay en ellas por lo general más que una especie de entarimado que ocupa la mitad de la pieza; elevado como á una vara del nivel del suelo, y cubierto con una estera fina, sirve de cama comun á las personas que en el mismo cuarto se albergan. Debajo de estas especies de escenarios de ladrillos, se enciende fuego durante el invierno, lo que dicen da á los que sobre él reposan un calor agradabilísimo.—Como en todas las casas de China, el papel de Corea reemplaza al cristal en sus ventanas. Pero el que haga este viaje, ó cualquier otro por el interior de este imperio, debe llevar consigo las provisiones necesarias. Nada de lo que se encuentra es aceptable para un paladar europeo. No debe contarse más que con lo que se lleve, empezando por platos y cubiertos y acabando por el cocinero. Lo único que se puede tomar es el té, tan abundante por todas partes que los vendedores lavaban nuestras tazas con el mismo líquido, y tan generosamente como los aguadores de Madrid lavan los vasos por las calles ántes de ofrecérselos llenos de agua.

A la caída de la tarde apercibimos los muros de Pekin, esa capital que en nuestra infancia nos hemos figurado como la ciudad encantada, única que pudiera dar vida á las concepciones fantásticas que nos sugiere cuando niños la lectura de los cuentos de *Las Mil y una noches*, que nuestros libros de texto nos presentan como lo más grande del mundo, asignándola en algunos nada ménos que tres millones de habitantes.

Se habrá podido observar que hasta ahora me he abstenido siempre de dar el número de habitantes de las poblaciones chinas. Esto ha reconocido por principio mi propósito de no decir disparates á sabiendas, porque no hay cálculo posible en estos pueblos que pueda suplir á la falta completa de estadística. Lo que digo de la población de las ciudades puede aplicarse á la de todo el imperio.

En Europa la costumbre y el conocimiento exacto de la población de las capitales que todo el mundo sabe de memoria, pueden dar ciertas probabilidades de no equivocarse al viajero, habituado, cuando llega por primera vez á una ciudad, á

hacer el cálculo proporcional entre la extension del terreno habitada de la poblacion cuyos habitantes conoce, el número de éstos, y la extension edificada del pueblo que visita. Pero este sistema de cálculos no tiene aplicacion ninguna aquí, y sobre todo en Pekin, donde viven treinta personas en un espacio tan reducido que apénas se concibe puedan acostarse en el suelo todos á la vez, y en cambio se encuentran barriadas enormes de casas deshabitadas, sin contar los inmensos solares que con seguridad ocupan más de las tres cuartas partes.—En prueba de la poca garantía que pueden ofrecer las conjeturas que sobre este punto se hagan, diré que he oido á algunos elevar la poblacion de Pekin á más de un millon de habitantes, miéntras hay quien no la concede más que trescientos mil; el resto varía entre estas dos cantidades extremas, recorriendo todas sus cifras; y puesto que doy la opinion de los demas, creo que puedo permitirme expresar tambien la mia, y decir, que para mí, no baja de ochocientos mil, sin que, sin embargo, me sorprendiera lo más mínimo, si un dia se hiciera el censo, que no se hará, y hallara que me había equivocado en la mitad, tanto de ménos como de más.

Ya en Pekin, tratamos de adquirir algunos detalles sobre la conspiracion de los eunucos de palacio de que ya en Shanghai nos habían hablado. Cosa es esta bastante más difícil de lo que parece, y que hubiera pasado inadvertida sin las buenas inteligencias que en la ciudad imperial tienen los Padres Lazaristas, conservando así las buenas tradiciones de los Jesuitas *que cuando estaban en Pekin no se ocupaban más que en las intrigas de Palacio* (1).

Los eunucos, que tambien aquí han tenido su época de dominio como los mayordomos de palacio en Francia, tienen hoy á su cargo, entre otras cosas, la conservacion de todas las curiosidades de la corona. Quísose últimamente hacer el inventario de estos bienes, á lo que se opusieron los guardianes, con objeto, no tan sólo de evitar que se pudieran hacer constar los robos y extracciones que habían cometido, sino

(1) Esta expresion no es mia.

de impedir que desapareciera para lo sucesivo esta fuente de riquezas, y amenazaron con incendiar la ciudad imperial si tal inventario se redactaba. Cuando llegamos á Pekin se hallaban veinte mil hombres acampados en los jardines de palacio, con bombas y todo preparado para apagar el incendio y contener la sublevación. Así deben haber estado durante dos ó tres meses. ¿Cómo ha terminado? Esto es lo que no sabemos, pero sí se puede asegurar que los eunucos han vuelto á robar y siguen haciéndolo; pudiendo nosotros comprobar el hecho por los vendedores que diariamente vienen á las Legaciones á ofrecernos sus objetos. Mientras duró lo que pudiéramos llamar sitio de los eunucos, no traían más que chucherías de ningún valor artístico; pero desde mediados de Agosto han empezado á presentarnos otra vez esos vasos sin igual, acompañados de mil cosas inútiles, pero de mucho mérito, conocidas bajo el nombre de *bibelots*, y sobre cuya procedencia no nos cabe la menor duda.

Aunque la ciudad imperial está enclavada dentro de Pekin, forma una ciudad completamente aparte, con sus murallas, sus puertas, etc., y en la que no se permite la entrada sino á la gente de palacio. Temiendo el Gobierno, á pesar de todas las precauciones tomadas, que el asunto de los eunucos fuese conocido en el exterior, inventó el siguiente pretexto, que expresó para el mejor conocimiento de las creencias de este pueblo.

Díjose que habiendo las Emperatrices visto una tarde que el sol al ponerse coloreaba el cielo de rojo, hicieron preguntar á los astrólogos la significación del fenómeno, y que éstos habían manifestado que el desaparecer el sol dejando tras sí el color encarnado quería predecir la desaparición del Emperador y mucha sangre vertida. Con objeto, pues, de salvar la vida del monarca en peligro, se había hecho venir un ejército que pudiera velar de cerca por sus preciosos días.

Todos los chinos creyeron ese embuste.

Puesto que he contado uno de los mil hechos que pueden dar á conocer el moral de esta gente, relataré algunos otros que servirán para que se le vaya comprendiendo mejor.

El príncipe Kung, primer personaje del imperio, tío del

Emperador actual, y muy amigo, segun dicen, de la Emperatriz regente que goza de mayor influencia, acababa de recibir unos cuantos barriles, al parecer de vino, cuando entró su hermano de visita. Despues de hablar un rato sobre todo, preguntóle:—¿Qué tienes en esos barriles?—Son vinos que me manda de regalo el mandarin X.—Me alegro, contestó el hermano, porque precisamente se me acaban de concluir los míos y me voy á llevar tres ó cuatro.—Acto continuo dió la orden á sus criados para que los cogieran y se los llevaran, con gran dolor del príncipe Kung, á quien la presencia de varios testigos, para quienes los barriles contenían oficialmente vino, impedía negarse á la peticion de su hermano, sabedor hasta de la cantidad que en barras de plata cada una de las vasijas contenía.

Tambien merece especial mencion la manera de asegurar las casas contra el fuego, miéntras la del vecino está ardiendo. El mandarin gobernador de la ciudad, jefe de los bomberos, apénas estalla un fuego se personifica en el lugar del siniestro, no para dar órdenes conducentes á su extincion, sino para ir á visitar á los propietarios vecinos, con los que entabla poco más ó ménos la conversacion siguiente despues de haber examinado la casa y su contenido.—¿Cuánto vale lo que tienes aquí?—Tres ó cuatro mil duros, contesta consternado el propietario.—Tienes razon, añade el mandarin si el otro ha dicho la verdad, y si no evalúa él por sí mismo la hacienda de su interlocutor, que supone, por ejemplo, en cinco mil duros.—Pues bien, continúa, tu casa va á arder y vas á perder todo cuanto tienes; dame dos mil duros y te prometo que no se quemará. Ofrece el otro mil y ajústase así el precio hasta que ambos convienen en la cantidad determinada. Acto continuo sale el mandarin y hace una señal á los bomberos, que acuden presurosos á colocar las bombas ante la casa, abandonando la que está en llamas, si es necesario, é impiden que la del asegurado sufra el menor desperfecto.—Pero, se dirá, ¿qué sucedería si el chino prefiriera correr el riesgo de que su casa arda ó no, á pagar la mitad de lo que posee? Entónces pasa una cosa muy sencilla, que todos ellos saben perfectamente. Creo haber dicho en una de mis anteriores que de las cuatro

paredes que componen las casa-pabellones de los chinos, dos son de madera y papel, ó por lo ménos una. Bajo pretexto que estos tabiques de madera son combustibles que pueden servir para alimentar y propagar el fuego, ordena el mandarin á los bomberos que las quiten inmediatamente. Esta órden y la del saqueo general son idénticas. Verdad es que los pobres bomberos no tienen más sueldo que la parte del producto de los seguros que el mandarin les distribuye ó los objetos que se pueden procurar en los casos de negativa sin que sus jefes se opongan nunca á ello. Si por una casualidad la casa fuese toda de ladrillo, entónces se mandan quitar los marcos de las puertas y ventanas.—Creo que en Constantinopla sucede algo parecido.

Para las obras públicas podemos tener un ejemplo con lo ocurrido ante la Legacion de Francia. Quéjase el Ministro al Gobierno del abandono que en la calle había, y pudo conseguir mediante mil reclamaciones que se tapase una alcantari-lla que había quedado descubierta por todo el frente de la Legacion, que tendrá de cincuenta á sesenta metros. No sé lo que esto podría costar en Europa, pero debe calcularse por la quinta parte en China, donde la mano de obra no cuesta casi nada. Pues bien, así y todo, el Estado tuvo que abonar para ello unos cuarenta mil duros. Esto parecerá fabuloso, pero debe tenerse en cuenta que cualquier cantidad que sale de las arcas del Tesoro, se reduce á la mitad, por lo ménos, en cada una de las manos por que pasa. Es precisamente el problema inverso de los granos de trigo en el tablero de ajedrez.

Sin perjuicio de contar de cuando en cuando alguna que otra historia que pueda servir para ir juzgando el carácter chino, si ya no bastase con lo expuesto, paso á dar una ligera idea de la ciudad de Pekin. La llamo ligera, no porque mi ánimo sea hacerla así, sino por lo convencido que estoy de que por mucha que fuera mi facilidad y mi elocuencia, podría estar escribiendo y hablando todo un año sin que nadie pudiera formarse un juicio exacto. ¡Tan poco es, al lado de la realidad, cuanto de él se puede decir!

Cuando se llega á Pekin se creería entrar en una poblacion antiquísima, muy brillante hace dos ó tres mil años, pero

arruinada y destruida hoy. Su construcción data de fines del siglo XIV. Su fundador fué Ta-ming, primero de la dinastía de los Mings, predecesora de la que hoy reina, y á la que se debe cuantas bellezas artísticas encierran los monumentos de la China. Los planos los levantó el sabio Liu-pu-ven, quien no tan sólo dirigió su construcción, sino que allegó los recursos necesarios para su edificación. Pekin no tiene, pues, aún quinientos años de existencia, y sin embargo, ¡qué diferencia tan enorme entre lo que debió ser bajo los Mings y lo que ha llegado á ser bajo la actual dinastía que cuenta apenas doscientos años de poder! Parece increíble que sólo dos siglos hayan bastado para destruir esa obra monumental de la que tan sólo queda la forma primitiva. Dos inmensos paralelogramos unidos por el lado menor del uno al grande del otro, forman respectivamente la ciudad tártara y la china, separadas por enormes y macizas murallas. En el centro de la primera se halla la ciudad imperial, separada también por grandes muros. Al edificarla de esta manera se tuvo por objeto dedicar la imperial, como su nombre lo indica, á vivienda del Emperador y dependencias de palacio, jardines, paseos, estanques, etc., todo esto comprendido en ella. La que hoy se llama ciudad tártara estaba destinada á ser habitada por las personas que tenían cargos de carácter oficial, y por último, la china era la residencia del comercio y del pueblo. Más tarde, cuando los tártaros se hicieron los dueños del imperio, relegaron á los chinos á la otra ciudad, más apartada de la imperial, y únicamente se permitió vivir en la que la rodea á los tártaros, sobre cuya fidelidad podía el Emperador contar. De aquí las denominaciones de tártara y china que respectivamente se les ha dado, y aunque hoy se permite á unos y á otros habitar indistintamente en cualquiera de ellas, consérvanse sin embargo ciertas medidas, como la de cerrar todas las noches las puertas que las comunican y la de continuar el grueso del comercio donde desde un principio estuvo.

A juzgar por los restos que aún se pueden observar, Pekin debió ser una capital magnífica; eran todas sus calles anchas y rectas, empedradas con magníficas baldosas. Los restos de su alcantarillado revelan un sistema de primer orden.

Sus murallas dominan una enorme llanura, en la que podría maniobrar toda la caballería de Europa. Los muy escasos edificios que aún quedan, demuestran el lujo que debió reinar, y ninguna duda queda al ver los puentes de mármol, que no fuese la realización de los sueños de las *Mil y una noches*, y que sus murallas no encerrasen más de tres millones de habitantes. ¡Pero qué contraste con el Pekin de hoy! Las calles, que ántes fueron anchas y rectas, se han convertido en estrechos y accidentados barrancos. De las grandes y magníficas losas, apénas quedan trozos en las de poco tránsito, y sería de desear que desaparecieran. El paso de los carros por ellas ha llegado á abrir surcos en las piedras de más de un pié de profundidad. Los garfios de hierro que las unian entre sí, han desaparecido todos; cada una se mueve para el lado que mejor le parece, en términos que hay muchos caminos que han tenido que ser abandonados por la imposibilidad de transitar por ellos. No tan sólo estaban embaldosadas las calles de Pekin, sino todos los caminos que á sus distintas puertas conducen. Los puentes, casi todos sin barandillas, sostenidos por grandes pilares, ven caerse continuamente algunas de las enormes losas que forman su piso, sin que nadie piense en componerlas, y ni siquiera en poner alguna señal que por las noches pueda indicar al transeunte el peligro de muerte á que se expone si no ve el abismo abierto á sus piés en el centro del puente de más paso. De las grandes arterias, lo mismo que de todas las calles del centro, no se creará, sin una explicacion, que unas hayan bajado considerablemente de nivel, miéntras otras han subido, cuando el fenómeno no se presenta en la misma calle en toda su extension. Los carros, cuyos ejes tienen todos absolutamente las mismas dimensiones, siguen siempre el camino por el surco trazado, y no hay medio de hacer que las mulas acostumbradas al tiro vayan por otra vía. Naturalmente, á fuerza de pasar, se hace el surco tan profundo, que la tierra del centro llega al eje. Cuando esto sucede, adoptan un nuevo camino, haciendo que la mula vaya por uno de los surcos, y que las ruedas queden una en el centro y la otra fuera; pero miéntras tanto, es bastante curioso presenciar el encuentro de dos carretas

marchando en dirección contraria y que van por la misma vía. El encuentro de dos tranvías ocasiona muchísimos menos embarazos. Aquí hay que hacer descarrilar á uno de los dos carros, ayudados de palancas y de la fuerza de los muchos carreteros que en este tiempo se han aglomerado, y que cuando la calle es estrecha la embarazan durante muchas horas; porque no se crea que el conductor detiene su vehículo al aventurarse en un callejón si le ve obstruido por la mitad. Todos llegan hasta el punto donde forzosamente tienen que pararse, y sólo entónces se baja á ver lo que ocurre. Cuando vienen las lluvias, todas las aguas se detienen en el fondo de los caminos seguidos por los carros, y se forma un barro líquido que tiene algunas veces hasta dos piés de profundidad, en el que se ahoga la mula que cae si el carretero no acude á tiempo ó no tiene la fuerza suficiente para tenerla con la cabeza levantada hasta que lleguen amigos officiosos que se arriesguen á meterse en el fango para soltar el correaje y retirar el carro, á fin de que el cuadrúpedo se pueda levantar. Este barro líquido estaría allí eternamente sin que el Gobierno se ocupase nunca de él; pero siempre hay algún pordiosero que emprende por sí mismo el retirarle de la hondonada, é irlo colocando en el centro de la calle. A cada cien pasos se encuentra alguno que en los días de lluvia pide como limosna se le abone alguna cantidad por su trabajo, que da por resultado irse bajando el piso de la calle por un lado, mientras va subiendo por el otro, que generalmente es el centro. Este no le puede aprovechar el público por estar reservado para los mandarines. Varias cuerdas y maderas interceptan durante el día el paso de caballos y carruajes; al anochecer se riega con objeto de tenerlo corriente para las dos de la mañana, hora oficial de ir á palacio, y á la que se empieza á vivir en Pekin.

Las calles, pues, ó mejor dicho las vías seguidas por los carros, van bajando hasta que encuentran el alcantarillado: al llegar á esta altura se detienen algún tiempo, pero al fin acaban por usar ó romper las losas que los cubren; entónces hay que buscar otro camino, y no hay cuidado que nadie venga á tapar el agujero descubierto, por el que se escapan toda clase

de perfumes; aunque en honor de la verdad sea dicho, éstos no aumentan en nada los que por todas partes se perciben, y más hieren á la vista que al olfato. Por supuesto que ninguna señal exterior previene al que por las noches transita, que si no tuviera la precaucion de hacerse preceder por un criado con un farol, correría gran riesgo de darse un baño en tan limpias aguas; porque tampoco hay que contar con el alumbrado público, consistente en pequeños templetos de madera calada y rodeada de papel, que si no bastase para amortigaur la opaca luz que derrama, tiene en su ayuda el polvo negro que entre sus intersticios se deposita; así y todo, podrían darse por satisfechos los residentes de Pekin si se encendiesen á una hora debida, en vez de las dos ménos cuarto en que se hace, para alumbrar á los madrugadores mandarines.

El fango de las calles se convierte, cuando no llueve, en un polvo negro capaz de nublar el sol, y tanto en un tiempo como en otro es para nosotros casi imposible ir á pié, á ménos de salir dispuestos á volver á casa completamente cubiertos del más asqueroso de los polvos. Barreduras, animales muertos, excrementos, todo se deposita en la calle; extráctese la esencia de estos miasmas y se tendrá el olor de Pekin. Cuando llueve se puede circular más fácilmente á pié, porque á fuerza de pasar todo el mundo por el mismo sitio, se llegan á hacer unas especies de senderos de barro endurecido; pero entónces sólo puede irse á lo largo de la calle, y si se quiere atravesar á la acera de enfrente, por ejemplo, es necesario andar lo ménos durante media hora, y muchas veces hay que renunciar á ello por no encontrar un paso posible, ó hacer que lo lleven á uno en palanquin ó en carro. Como complemento de las calles, añadiré que reina en ellas la más completa libertad: cada uno planta su tienda donde mejor le parece. Un fogon derruido nos dice que aquí hubo el invierno pasado un vendedor de castañas. Acabado el invierno, se largó y ahí quedó el fogon, que aún estaría intacto, á pesar de interceptar el paso, si los rateros no hubiesen robado los ladrillos; pero el resto queda y estará hasta que se pulverice. En medio de un puente encontramos por un lado un vendedor ambulante que ocupa una gran parte con el puesto en que vende sus mercancías, y

por el otro es el sitio que destinan los carreteros para dar un pienso á sus mulas; y no se crea que ponen sus carros paralelos al puente: como éste está elevado hácia el centro, la posición sería muy incómoda para la mula, que tendría que estar sosteniendo la carreta en un sentido ó en otro, lo que no les sucede cuando las pára atravesadas. En fin, reina en las calles la más completa y absoluta libertad. Cada uno puede hacer en ellas todo cuanto se le antoje, desde pasearse en cueros hasta plantarse en ellas con una tienda de campaña. La policía no se ocupa en nada, y á los mandarines, en dejándoles libre su camino, el resto les es indiferente. Pero desgraciado del chino que con razon ó sin ella cae en manos de la justicia. Como primera medida, en cuanto llega á la prision le adjudican cincuenta palos. No hay alma viviente que se libre de este requisito, como entre nosotros no se libra nadie en estos casos de que le pregunten su nombre. Además de este primer recibimiento, el chino tiene la seguridad de que saldrá arruinado de entre las manos de los jueces, que no le soltarán miéntras tenga un real.

Las casas difieren mucho entre sí, segun que estén destinadas á viviendas ó á tiendas. Todas son de planta baja, pero las últimas, cuya fachada exterior es toda de madera calada, la prolongan caprichosamente tres y cuatro metros por encima del tejado. En muchas de ellas, toda la madera es dorada, lo que no deja de producir un efecto bonito si se toma un edificio aislado; pero los barracones que delante se construyen, las miserables casuchas que les rodean y la porquería de donde surgen, echan á perder toda la brillantez de que están revestidas, sin contar con que el polvo da bien pronto cuenta de sus lucientes colores.

Las casas hechas exclusivamente para viviendas tienen una construcción completamente distinta. Lo primero que se hace es la armadura del tejado, que se clava y se pone corriente en medio de la calle, miéntras que otros obreros se ocupan en plantar cuatro, seis, ocho ó más piés derechos, segun las dimensiones, sobre los que ha de descansar el techo. Hecho esto, se procede á colocar el tejado armado y á recubrirlo inmediatamente. Terminada esta operación se fijan los marcos

de las puertas y ventanas, y cuando todo está listo, entónces se empieza á construir el muro de ladrillo, que rellena los huecos necesarios. Como se ve, con este sistema de edificación es muy rara la casa que resiste veinte años; siendo el suelo de Pekin sumamente arenoso y movedizo, puede el lector imaginarse con la facilidad que se derrumban estos muros sin cimientos. Así, durante el mes de lluvias que acabamos de tener, nos despertábamos continuamente por las noches al ruido de las paredes que se caían. Muchísimas han sido las desgracias personales; pero no hay cuidado, dentro de mil años se seguirá edificando de la misma manera en China. Por supuesto, casa hundida, hundida se queda por los siglos de los siglos: sus habitantes se mudan á otra parte cuando no han muerto entre sus escombros, y si éstos caen hácia la calle, el primer día constituyen un pequeño obstáculo para los carros, pero al segundo ya se ha trazado el surco á fuerza de pasar ruedas, y si por casualidad hubiese alguna piedra grande entre ellos, allí se queda hasta que se parta ó se entierre por el peso. Nadie la echará á un lado. Es principio chino el no revolver ni tocar los escombros.

Pero sigamos con la construcción de las casas. Como ya he dicho anteriormente, todas se componen de varios pabellones alrededor de un patio, y tienen á él todas sus ventanas, de modo que no presentan á la calle más que los muros pelados. Las puertas de entrada están en un ángulo, y si algun curioso se aventura á mirar por ellas, no ve absolutamente nada, pues se encuentra con un biombo de cal y canto, ó mejor dicho, de tierra y ladrillo, que tapa precisamente la entrada de frente, y á ménos de internarse en la casa hasta el biombo es imposible ver el patio, guarecido de las miradas profanas. Las casas principales se distinguen en que tienen además otro muro exterior, en medio de la calle tapando el frente de la puerta. Son unas especies de burladeros, por las que creen, sin duda, no pueden pasar los malos espíritus, aunque no sé que les supongan cuernos.

Nada tiene de bonito, como se ve, el exterior de las casas tapadas por las demas con innumerables barracones que dan á Pekin el aspecto completo de una feria. Si la calle en cuesta

donde se celebra la romería de San Isidro no tuviera algunos arbolillos y no fuese pendiente, nada mejor para dar una idea de una calle de la ciudad china, tan animada de ordinario y con tantos ó más tarjetones como la ya mencionada en el día que se celebra la fiesta del patrono de Madrid.

Mil vendedores ambulantes pasan en todas direcciones, produciendo cada uno un ruido distinto, según la mercancía que vende y que lleva suspendida á los extremos de un bambú apoyado por el centro en un hombro. Otros se establecen en medio de la calle, y en lugar de pregonarla á gritos, lo hacen por medio de un canto que tal vez sea agradable para los oídos chinos. Más allá otro cuenta historias á un numeroso auditorio. Enfrente una orquesta destemplada entona aires nacionales, cuando no acompaña á algun chino que aullando pretende cantar. De cuando en cuando algun ruido extraordinario producido por instrumentos á cual más raros, previene al público deje el paso libre á alguna boda ó algun entierro, precedidos siempre por criados estafalariamente vestidos de encarnado, con plumas en la cabeza á la manera india. Aquí riñen y arman un estrépito poco tranquilizador media docena de perros hambrientos que disputan por un hueso; allí se revuelcan en el polvo tres ó cuatro mulas; más allá varios cerdos duermen indolentemente en un charco; por un lado pasa un pordiosero, de esos que tan sólo en China se ven, desnudo y cubierto de llagas y de podredumbre, ofreciendo á los ojos el más miserable y asqueroso aspecto; al volver la cabeza con disgusto, un fuerte olor á almizcle previene el paso de alguna dama pintorroteada de mil colores y con una flor en la cabeza. Para compensar el, hasta cierto punto, buen olor que tras sí deja, viene en seguida una carretilla cargada con todos los excrementos que se han podido recoger, que siempre afectan el estado líquido y van salpicando á cada una de las sacudidas causadas por los baches. Junto á las paredes siempre hay algun chino en la posición menos interesante del hombre, que vuelto de espaldas nos enseña, como dicen en un festivo sainete, una fisonomía redonda y estúpida. Perros en los estercoleros que ávidos esperan el momento oportuno para coger el codiciado fruto, muchas ve-

ces ántes de que llegue al suelo. Carretas tiradas por varias mulas, una en las varas, todas las demas de frente bastante más adelante, con largos tirantes que se enredan por entre las patas de las caballerías, dando con alguna en el suelo, y cuando no, latigazos sin cuento para hacerlas sacar una rueda de un bache donde se ha atascado. Aglomeracion instantánea de carros, carretas y pueblo que interceptan el paso durante muchas horas. Conversacion general, mucha gritería y más mirones; pero nadie se mueve para tomar una de las medidas que cada uno por sí y ante sí dispone. Por supuesto la policia brilla por su ausencia. Un poco más léjos varios pescadores ejercen su industria en los lagos que en medio de las calles se forman, donde el agua estancada permanece dos ó tres meses, hasta que se seca ó se hiela, siendo miéntras tanto uno de los mil pebeteros que contribuyen al perfume peculiar de Pekin.

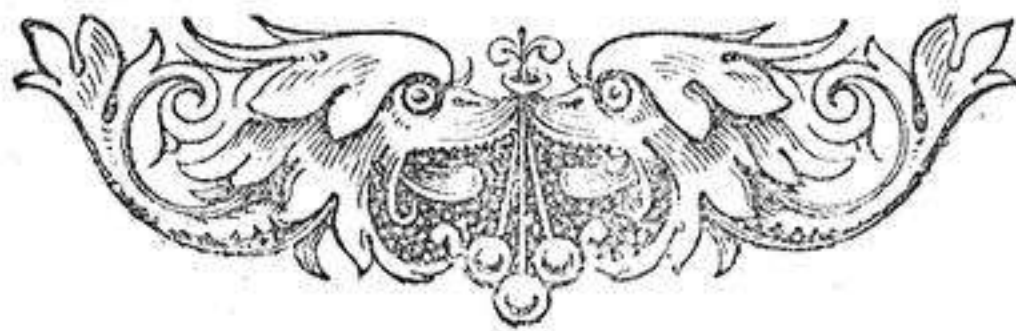
Toda la animacion cesa en cuanto se pone el sol, y salvo el graznido de algun que otro vendedor ambulante, sólo se oye el ruido de las rondas que vienen previniendo á los ladrones con un kilómetro de anticipacion, y el de los guardianes nocturnos de las casas particulares, que circulan por los patios interiores y jardines, provistos de una especie de carraca, cuyo ruido, según ellos, basta para ahuyentar á los criminales; y hacen bien en contar sobre los efectos del ruido, pues el valor del guardian es absolutamente nulo. La Legacion de Inglaterra tiene cuatro para ella sola, lo que no ha impedido se robara últimamente á uno de los secretarios, á pesar de haber sido visto el ratero, que estaba solo, por dos de los vigilantes, que en vez de salir tras él consideraron más prudente ir á buscar el auxilio de sus compañeros que se hallaban al otro extremo de sus vastas dependencias. Reunidos los cuatro, conferenciaron largo rato sobre si debían ó no despertar á los soldados de la escolta que Inglaterra sostiene aquí para la mayor seguridad de sus misiones. Despues de preguntar é informarse bien, los que nada habían visto, si los otros estaban seguros de que no había más que uno, decidieron acudir los cuatro juntos armando un barullo infernal con sus carracas. Claro está que cuando llegaron el ratero se había marchado

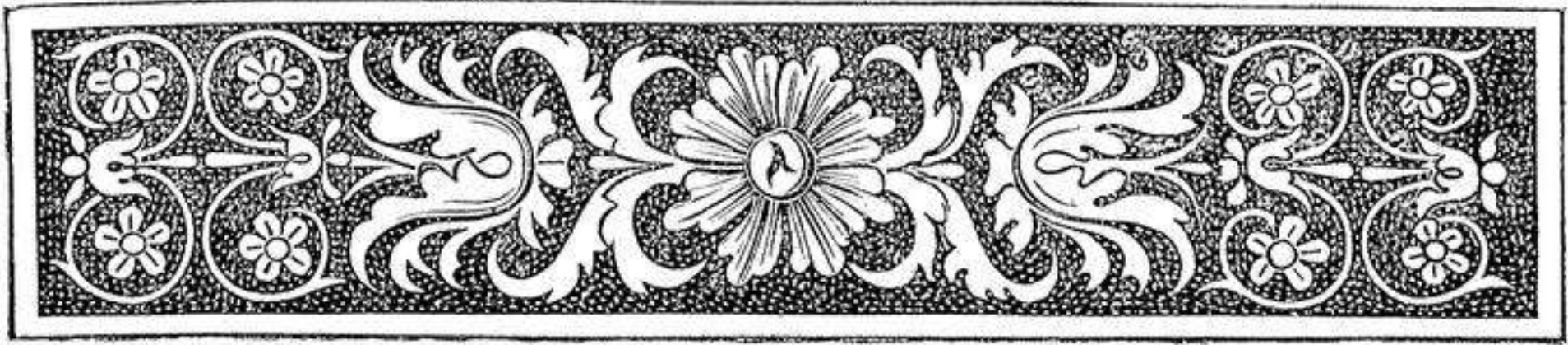
llevándose cuantos objetos había en la verandah, y sólo consiguieron despertar á los que tranquilamente dormían, alguno de los cuales decía que con el ruido y la oscuridad no podían darse cuenta de dónde estaban y se imaginaban asistir á las tinieblas.

Estas fueron mis primeras impresiones de Pekin, y si alguno cree que he exagerado algo, diré que á pesar de cuanto he manifestado, puede exagerar aún la mala opinion que haya formado, luégo suponerla todavía diez veces peor, y entonces, si para mal de sus pecados tuviera que venir aquí, vería que así y todo estaba á cien leguas de imaginarse lo malo que es este infecto é inmenso monton de inmundas ruinas, donde residimos unos cuarenta desgraciados europeos.

E. DEL PEROJO.

Pekin 30 de Setiembre de 1878.





LA FAMILIA REAL DE EGIPTO.

VI.



EL cuarto hijo, Ibrahim Helmy Pacha, ha recibido educacion enteramente especial. Es lo que los franceses llaman el *enfant gâté de la famille*, y no se extrañe nuestra expresion, puesto que no es otra la del mismo Khedive, que ve en él al único de los hijos de la segunda princesa que ha escapado hasta ahora de la muerte que arrebató á todos los demas.

Nombrado Pacha en su más tierna edad por el sultan Abd-el-Aziz, vivió durante muchos años lleno de temor y temblor con el recelo de que fuese elegido para la no envidiable distincion de pasar á ser yerno de aquel potentado.

Al presente acaba de cumplir veintiocho años de edad y hace poco que honra con su presencia á la ciudad de Woolwich, donde por los datos que llegan á nuestras manos sabemos que no desperdicia el tiempo. Desde los primeros momentos el Khedive determinó educar á este su cuarto hijo segun el sistema inglés, y á nadie debe tanto el jóven príncipe como al general inglés que por cinco años tuvo la superintendencia de sus estudios tomando en ellos no pequeña par-

te. Durante todo este período de tiempo, anterior á su viaje á Inglaterra, tanto el jóven príncipe como su hermana Zeynab, pasaban casi por completo el dia con la familia del general, y por la noche volvían á su palacio, donde relataban sus nuevas impresiones al admirado y vigilante harem.

Muy interesante era por cierto el pequeño grupo que diariamente se dirigía á la *casa inglesa* establecida unas veces en la sombría region del Shoubra, en el Cairo, otras en las oreadas costas de Alejandría, y no pocas en las amenas y floridas vertientes que descienden hasta el Bósforo. Con el príncipe venía siempre su jóven compañero, abisinio por nacimiento, turco por adopcion, y ahora por sus distinguidas maneras cumplido caballero inglés. La princesa era acompañada en estas ocasiones por una encantadora niña, circasiana por raza y ahora una de las mujeres mejor educadas de todo el Egipto, la cual solamente vive para lamentar la pérdida del jóven Hanoum, para quien fué siempre más que una hermana.

Ahora bien, como el Khedive está persuadido que el cambio y variedad es lo más provechoso en materia de estudio, siendo así que, como todos saben, es cosa enteramente nociva cuando desde los primeros momentos se ha escogido persona adornada con las difíciles dotes que para tan alto ministerio son necesarias, apénas terminó el plazo de los primeros cinco años, invitó, para suceder al general, á otro caballero inglés que con su esposa é hijos, todos pequeños, fué instalado junto al educando. Este nuevo preceptor sólo permaneció dos años en Egipto, pero durante este tiempo dedicó de tal manera todos sus esfuerzos á los deberes de su difícil cargo, que no pudo ménos de dejar tras sí un nombre respetado por todos cuantos tuvieron el honor de conocerle, ya personalmente, ya por los frutos de su trabajo.

Al mismo tiempo fué llamada al Cairo una señora inglesa que tomó á su cargo la educacion de la jóven princesa.

Por último, un año ántes de la partida del mencionado general se había hecho tambien venir á otro caballero inglés, con el objeto especial de preparar al príncipe para Oxford, en donde el Khedive tenía intencion de hacer matricular y examinar á su cuarto hijo, á fin de que no se verificase su

traslado á aquel punto bajo el *pié real* en que se habían verificado los estudios de su hermano Hassan.

Así, pues, empezó Ibrahim Helmy Pacha su preparacion para la universidad, segun lo indicado por el vicecónsul ruso, por el estudio del griego moderno y bajo la direccion de un caballero ateniense que en aquella sazón residía en Egipto.

Difícil y delicada tarea hubiera sido llegar á persuadir al instruido profesor que las asignaturas exigidas en Atenas no eran positivamente idénticas á las requeridas en Oxford; así pues, el príncipe prosiguió completamente embebido en digerir las declinaciones y conjugaciones de la lengua latina y griega, como si fuese un misacantano; pero apenas había adquirido algunas nociones de las divisiones de la antigua Galia, asignatura que tambien entraba en el plan del excelente profesor, sin que sepamos á qué propósito haya escogido lo que ninguna utilidad había de reportar al real discípulo, y, cuando se preparaba á marchar en compañía de los soldados del Anabasis, el Khedive, que por este tiempo ya estaba desilusionado, ordenó que se diesen al olvido las lenguas muertas, creyendo firmemente que Woolwich había de proporcionar á su hijo más ventajas que las aulas de Christ Church.

Desde este tiempo, pues, limitóse el príncipe al estudio de la historia y literatura inglesa y al frances, lengua en que estaban escritos los textos elegidos, tanto para la historia y geografía como para las matemáticas y dibujo; mas téngase entendido que no por esto abandonó los estudios orientales, y que, por consiguiente, con todo lo dicho estudiaba nuestro jóven el turco, el persa y el árabe.

Durante muchos años estudió con tolerable regularidad, si bien la distribucion del tiempo no era la más conforme para tanta materia, y, aunque había sido destinado á la armada y sucesivamente habíase pensado, para la realizacion del plan, en Eton, en Oxford y en Woolwich, sin embargo, año tras año se estuvo esperando la tan preparada partida, y sin decirse queda, que durante todo ese espacio de tiempo fueron sufriendo los estudios las vicisitudes de las ideas del Khedive, que raras veces se contenta con quedarse solo, y que esta vez

más que otras sentía duro arrancar de su lado á su hijo favorito, influyendo tambien no poco en su real ánimo, como fácilmente se concibe, las reconvenciones de la madre del que, en vista de nuestros deseos y de los de todos los amantes de la civilizacion, nos atrevemos á llamar, y no sin fundamento, víctima.

Por último, en la primavera de 1877, el jóven Pacha púsose en camino para Woolwich acompañado de un oficial de artillería inglesa, de un pacha turco, de un bey egipcio, y de un venerable doctor que había estado en su compañía desde la infancia.

Al llegar á este punto, si hemos de decir lo que sentimos, hemos de confesar que la naturaleza del príncipe que nos ocupa no es para la milicia, sino para la diplomacia ó para la administracion de la real hacienda; sin embargo, con la mejor buena fe de la ignorancia en la propia vocacion, entró en los estudios militares, siendo para ello admitido en la Academia, aunque permitiéndosele vivir en una casa particular.

Ahora bien, si el Khedive sigue su método usual, ó mejor dicho, su falta absoluta de método, llamará á su hijo cuando más engolfado se halle en la mitad de sus estudios, lo casará con alguna de sus primas, y lo instalará en alguno de los soberbios palacios de Egipto. Pero si lo deja concluir su carrera en Woolwich, el príncipe, que posee gran habilidad, ha de reportar grandes utilidades, no sólo de su estancia en Inglaterra, sino particularmente de su ausencia de Egipto, adonde podrá despues volver para ser útil y hábil miembro de aquella tan necesitada porcion de hermanos nuestros.

Ya se ha conseguido tener en él un buen lingüista y posee brillantes cualidades. Ha heredado de su padre el vigor intelectual que vemos en el hijo maravillosamente protegido por una memoria maravillosa.

Con esto hacemos alto, deseando al favorito del Khedive la más próspera carrera.

VII.

El quinto hijo, Mahmoud Bey, no tiene más que diez y nueve años y aún no ha subido á la dignidad de pacha.

Entre todos los hijos del Khedive, éste es el que ménos promete y el que más ha habido menester de estricta disciplina; de suerte que, si hemos de dar crédito á los rumores, diremos que no ha dado poco que sufrir á los encargados de su persona.

Enviado á la edad de ocho ó nueve años á Inglaterra, en compañía de un agente del Virey, fué colocado bajo la tutela de un sacerdote inglés, á quien, si se le hubiese dejado el tiempo necesario, hubiéramos visto con placer acabar de echar profundos cimientos en la educacion de su real recomendado; pero ántes de dos años se vió privado de él por haber sido llamado á Egipto, donde echaron inmediatamente de ver que había olvidado tan completamente la lengua nativa que se veía imposibilitado para hablar directamente con su padre sino por medio de sus hermanos que se veían precisados á servirle de intérpretes. Sin embargo, todos sus conocimientos en la lengua inglesa eran muy imperfectos aún, y esto es precisamente lo que ignoraba el Khedive, que se fijaba en el completo olvido del turco y el árabe de que no hallaba en su hijo el menor rastro.

A este propósito se cuenta que cuando el Khedive le hacía en turco alguna pregunta, se dirigía el jóven á uno de sus hermanos diciendo:—«Oh, dí á papá que no entiendo frances.»

Como es de suponer, dados los antecedentes, el Khedive quedaba embobado ante semejantes respuestas, creyendo tener un hijo completamente montado á la inglesa, y que con su lengua nativa había olvidado las etiquetas que caracterizan en Oriente la actitud de un hijo para con su padre.—«Así quiero, exclamaba en sus transportes de gozo, así quiero que se acerquen mis hijos á mí.»

En vez de volver á Inglaterra, el jóven Bey permaneció en Egipto para volver á ganar cuanto había perdido, ó mejor dicho, para aprender, como extraña, la lengua del país. Por consiguiente, se organizó un nuevo *establecimiento de enseñanza* y, como de costumbre, nuevo personal de profesores fué llamado para llevar á cabo la idea del Virey. Empero bien pronto se disolvieron las clases para ser incorporadas á las de su hermano Ibrahim. ¡Pobre Mahmoud Bey! Su educación puede ser tenida por un continuo juego de la manía peculiar del Khedive. Cada uno tiene la suya y con esta, si recordamos lo dicho al principio de este ensayo histórico, van dos. La mayor desgracia del jóven de que tratamos ha consistido en que, á pesar de haber concebido el Khedive muchos planes sobre su educación, no ha llevado á cabo ninguno.

En efecto, por algun tiempo pensó en embarcarlo en algun buque inglés para que prácticamente aprendiese la carrera de marina; luégo creyó mejor sujetarlo á la rígida disciplina de la escuela de Swiss; mas, en resumidas cuentas, en lo único que hubiera sido necesario, á saber, en la amistad con muchachos de la misma edad, nunca se pensó.

Esto nos recuerda una anécdota.

Cierto dia, cuando Mahmoud Bey aún *iba á la escuela*, se presentó en palacio un sargento del Colegio Militar en compañía de un sastre que tomó al príncipe las medidas necesarias para un uniforme de cadete. Este terminado, vistióle el príncipe con gran entusiasmo y sin más decir dirigióse al colegio para emprender la carrera militar. Descubierta el engaño, abandonó el establecimiento sin saber palabra más ni ménos de lo que sabía cuando puso los piés en él.

VIII.

Tan sólo diremos algunas palabras referentes á los restantes hijos del Virey.

Fuad Bey es el sexto de los príncipes y niño encantador é inteligente de solos once años de edad.

En la primavera del año pasado fué llevado, como se había hecho anteriormente con dos de sus primos, á un colegio de Suiza.

Un brillante porvenir se abre ante sus ojos en el campo de la educacion, á buen tiempo y con seriedad empezada.

IX.

El más jóven de los hijos conocidos (hablamos así porque aún no se sabe fuera del harem si existe algun otro) se llama Ali Jemal, y es aún muy niño.

Si alguna vez vais á Egipto lo vereis con frecuencia pasear en carretela descubierta en compañía de uno ó más de esos individuos de color, *que pertenecen al género neutro*, y que, llevando al cuello los más blancos collares, vistiendo á la *fashionable*, y calzando botas *de patente*, son admiracion de los que, sin haber usado en su vida más que morunas babuchas de color rojo, abren un palmo de boca y forman calle para admirar la *gallardía* de aquellos escrupulosos *dandies*.

X.

Tambien creemos de nuestra competencia el decir cuatro palabras acerca de otro grupo de la familia que nos ocupa, sin que por ello temamos cansar á nuestros lectores ó salir de los estrechos límites del presente trabajo.

El nombre de Abd-el-Halîm, ó como generalmente se le llama, Halîm Pacha, es tan pocas veces oido en Egipto que nos atrevemos á creer que sus partidarios, si así puede llamarse el corto número de entusiastas que ponen en él sus ojos, ven en ese silencio la extincion de sus últimas esperanzas de verlo sentado en el trono de los Faraones.

Zeynab Hanoum, la hermana más jóven de Mohamed Alí, es esposa de Kiamil Pacha, de Constantinopla, la cual en al-

gunas ocasiones suele pasar á visitar el Egipto, donde es recibida con todos los honores que la corresponden y con todas las delicadezas que exige la hospitalidad. No tiene sucesion alguna.

Toussoun Pacha, único hijo del ya difunto virey Saïd Pacha, tenía casi la misma edad que Tewfik Pacha y poseía disposicion tan grande, que, unida á su gran amabilidad, logró granjearle el afecto de sus primos y de cuantos le conocieron.

Desde la niñez fué trasladado á Inglaterra para aprender la lengua inglesa, encargándose de esta mision un caballero inglés que permaneció junto á él por espacio de diez años. ¡Ojalá se hubiera puesto á este príncipe por completo en manos de este director y se le hubiese alejado, por medio de estudios y viajes, de los efectos causados en su ánimo por la monotonía y vicios del harem!

En 1873 se casó con Fahmed Hanoum, segunda hija del Khedive, la cual le dió dos hijos; pero es de advertir que anteriormente á la celebracion de estas bodas ya contaba con dos chicos.

Su principal deleite durante los últimos años de su vida fué el abandonar su palacio y galopar en el inmediato desierto tras las tímidas gacelas que lo habitan; pero como la educacion egipcia no da bríos para tales ejercicios, en el verano de 1876 cayó víctima de una enfermedad que desde muy atras había ido insensiblemente apoderándose de su organismo.

Recordarán nuestros lectores que el Khedive tiene otros dos hermanos. Ahmed Pacha es el mayor. Murió ahogado en el Nilo, dejando dos hijos y una hija.

El mayor de los hijos lleva el nombre Ibrahim y tiene al presente unos veinticinco años de edad. Heredero de la principal parte de la enorme propiedad de su padre, fué educado con los hijos del virey, llegando á hablar corrientemente el frances. Pero abandonóse por completo su ulterior educacion y se le privó, por negligencia, de cuantas personas hubieran podido ayudarle en sus estudios y hacer que llegasen á buen término. En esto tenemos otro ejemplo de la inconstancia que caracteriza al Khedive, ya se trate de grandes ó pequeñas empresas.

El virey manda sobre todos los miembros de la familia de Egipto, de suerte que apénas hay detalle, por casero que sea, en la organizacion de su casa que pueda ser hecho sin oír su parecer y explorar su gusto.

El príncipe Ibrahim, el más amable y bondadoso en su amor hácia Inglaterra, nunca deja de lamentar el no haber aprendido la lengua de aquel país, y nada siente más que el haber perdido días y años en ocupaciones de ningun provecho.

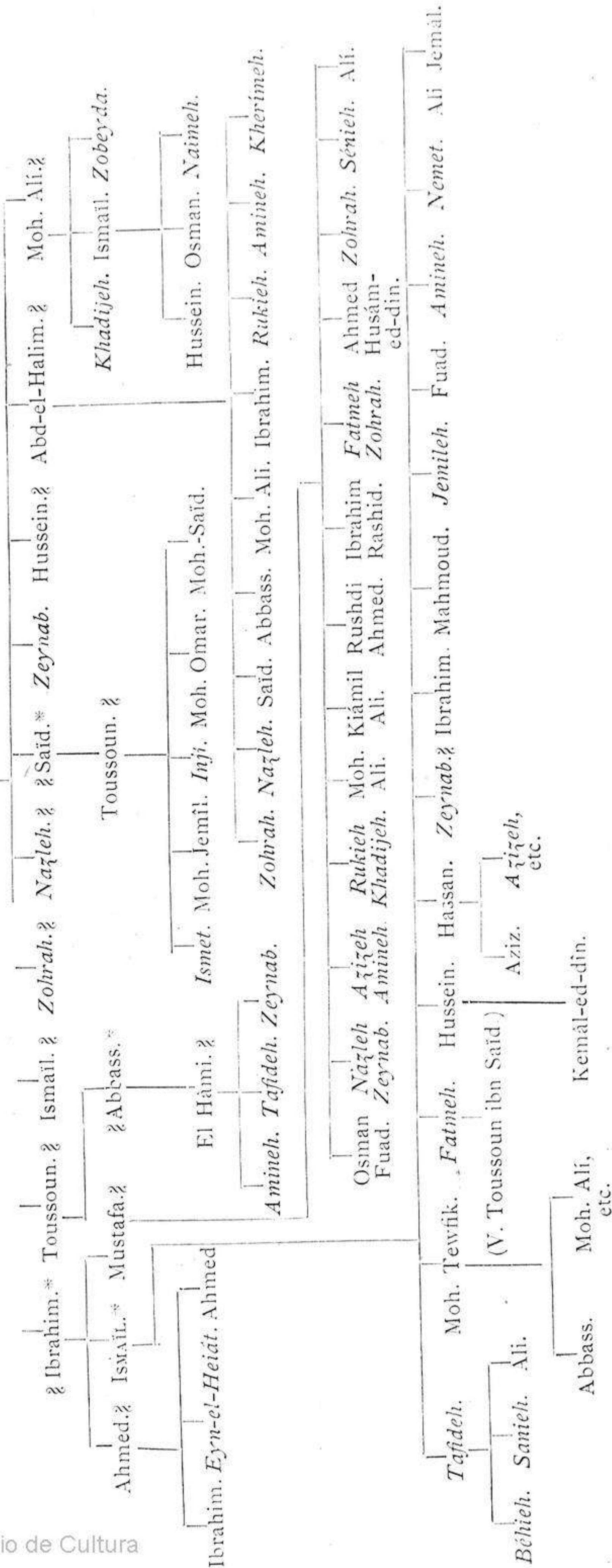
En 1874 contrajo matrimonio con Zeynab, tercera hija del Khedive, que murió en Agosto de 1875. Su hija Eyn-el-Heiât está casada con el segundo hijo del virey, miéntras que Ahmed Bey, el más jóven de los hijos de Ibrahim, ha sido destinado al ejército, habiendo hecho, al efecto, algunos estudios en el Colegio Militar de Abbassieh.

Mustafá Fâcil, hermano menor del Khedive, murió en Constantinopla en 1875, dejando trece hijos, que despues de la muerte de su padre fueron en compañía de sus respectivas madres, diez en número segun se dice, á Egipto y distribuidos por varios lugares del Cairo y sus alrededores. Sólo la imaginacion podrá calcular los enormes desembolsos que semejantes medidas han ocasionado al Khedive.

Por lo que toca á detalles acerca de estos jóvenes, sólo podemos decir que forman desfavorable contraste con las cualidades ya descritas en los hijos del virey. Todos hablan frances y se cree que pertenecen á LA JÓVEN TURQUÍA, partido de Constantinopla del que mucho se habló en otro tiempo. Algunos de los mayores ya están casados, y algunos de los más jóvenes son alumnos de la Academia Militar del Cairo, miéntras que los otros han sido enviados á colegios de Suiza. Estos últimos se aprovecharán, sin duda, de la educacion que juiciosamente les ha proporcionado el Khedive. En sus hermanos mayores no se descubre rasgo alguno de habilidad, y por eso seguramente apénas son conocidos en Egipto, en donde sólo lograron adquirir cierta reputacion por su libertad de pensar y por esa su inclinacion á la elegancia que parece les hace olvidar las cargas y consecuencias de las deudas.

Por lo que toca á sus hermanas, sólo hemos oído decir que están muy bien educadas y que son sumamente cumplidas.

‡ MOHAMMED ALI. *



* Denota los que han gobernado el Egipto.

‡ Denota los ya difuntos.

Los miembros de cada rama se hallan clasificados por edades. Los nombres que van en bastardilla corresponden á señoras.

XI.

Tiempo es ya de que volvamos nuestros ojos, siquiera sea por breves momentos, á aquellos enhiestos y elevados muros que constituyen la porcion material de la barrera que separa á las señoras pertenecientes al harem, del bullicio del mundo exterior. Mas para lograr nuestro intento no tendremos que recurrir ya á las añejas descripciones que de esa vida interior y secreta nos hacen algunos autores, puesto que, de algunos años á esta parte, la civilizacion ha logrado rasgar el velo del misterio, haciendo por ende que la antigua poesía de la imaginacion se convierta en mera prosa, de suerte que hemos llegado á convencernos que las descripciones que Thackeray nos hace en su obra *FROM CORNHILL TO CAIRO*, son más exactas que las visiones ideales de los poemas de Lord Houghton.

Por consiguiente, contamos hoy con informes muy verídicos de la vida del harem en general y los particulares del de Egipto son tan detallados y dignos de crédito que nuestros lectores pueden estar completamente seguros de la veracidad de cuanto tenemos que comunicarles, puesto que de los tres mil volúmenes que se han escrito sobre las regiones del Nilo desde el trabajo de Mrs. Poole, *ENGLISHWOMAN IN EGIPT*, y Miss Martineau, *EGIPT PAST AND PRESENT*, hasta las obras más recientes, hemos extractado cuanto decirse puede acerca del hogar íntimo del Pacha turco, y se conoce de esta y otras partes del imperio otomano.

Asimismo, no contentos con las noticias suministradas por los libros, hemos acudido también á personas que no sólo han podido salvar la antigua barrera y presenciar lo que únicamente puede repetirse tras las sombras del gran teatro constituido por el mundo, sino que, yendo aún más allá, nos hemos dirigido á algunas que han tenido parte muy activa en las interioridades del misterioso recinto (1). Pode-

(1) TREINTA AÑOS EN EL HAREM, por Madame Kubrizli Pacha.

mos, pues, decir que están en nuestras manos los documentos necesarios para hablar del Serrallo.

Ahora bien, lo que más interesa conocer es hasta qué punto los detalles de la pintura tenida anteriormente por verdadera, han sido al presente modificados, y por esto precisamente pensamos fijarnos en algunos puntos que juzgamos capitales.

Todos convienen en que es enteramente imposible dar un paso en la civilización de las razas sujetas al Islam, mientras no se eleve el puesto que ocupa entre ellas la mujer. Ahora bien, esta doctrina, como todas las que van escritas en el estandarte de la civilización, ha sido anunciada por el Khedive, pero, aunque existen muchos reformadores del mundo musulime que profesan idéntica doctrina, pocos ó ninguno de ellos toman medida alguna para conseguir el anhelado fin. Topamos aquí, sin embargo, con un personaje que no sólo tiene voluntad de llevar á feliz término tan ardua empresa, sino que dispone del poder indispensable para inaugurar la necesaria reforma, de suerte que, si pudiera darse respuesta satisfactoria á la cuestión que nos ocupa, en ella hallarían la necesaria evidencia los que desean conocer hasta qué grado pueda decirse con exactitud que el Egipto tiende *en realidad* á hacer su entrada en esa Europa, de que, según expresión reciente del Khedive, hoy forma parte. No se olvide, sin embargo, que existen muchas personas que pudieran suministraros mayores datos, así como muchas señoras inglesas á quienes se confió la educación de las princesas y que, habiendo empleado muchos años en el desempeño de su cargo, conocen el enredado laberinto del real palacio, siendo por lo tanto más competentes que nosotros para dar su parecer sobre materia tan espinosa y sobre la cual pudieran proporcionarnos datos extremadamente interesantes que viniesen á confirmar ó á reformar los que ya tenemos.

Esto nos trae á la memoria el elogio que M. Jaine dedica á la costumbre inglesa de escribir en forma de diario para beneficio, no sólo de los amigos sino también del público, las descripciones de todo cuanto causa alguna impresión en los viajes por países extranjeros. No podemos ménos de unir

nuestro humilde voto á cuanto sobre este particular nos dice el ilustre escritor, y estamos seguros que, si sus palabras son exactísimas cuando se aplican á viajes en general, mucho más lo serán refiriéndose á personas que tuvieron proporciones excepcionales para ver, observar y estudiar cuanto para lo restante del mundo se ofrece envuelto en los densos y oscuros velos del misterio. Querríamos, por lo tanto, que se hubiese escrito con más claridad; pero, en gracia de la franqueza que nos caracteriza, hemos de confesar que, si para todos hubiera sido esta tarea sumamente delicada, mucho más debió serlo para los que ocuparon puestos de tanta confianza, concibiendo, por lo tanto, muy bien el que, haciendo violencia á su natural deseo de hablar, no nos hiciesen la descripción de las ignoradas escenas de la vida interior de la córte, sin duda por temor de herir susceptibilidades de personajes que no se habían desdeñado de honrarlos con su confianza. Verdad es que de cuando en cuando han visto la luz pública libros en cuyos prólogos se prometía hacer exacta pintura del harem egipcio; pero, por desgracia, han sido dictados por el mal gusto y por la negligencia, proporcionando en consecuencia interna evidencia del mal espíritu que presidió á su composición. En esto quizá deba reponerse la causa del silencio de los que mejor pudieran haber ilustrado la opinión pública y que, sin duda, temieron ser confundidos con los primeros por aquellos á quienes habían servido, sin que pudiesen éstos distinguir los motivos y tono de unos y otros escritos.

El Khedive no ha cuidado ménos de la educación de sus hijas que de sus hijos, á cuyo propósito recordaremos que algunos viajeros han notado que cuando habla de la educación de sus hijos suele corregirse sustituyendo la palabra hijos por la palabra *familia*.

No se crea que el virey es el único que procede de esta suerte, porque otro tanto puede decirse de las hijas de su tío Halim Pacha y de sus dos hermanos, ya difuntos, Ahmed y Mustafa, así como de su primo El-Hánu Pacha, que, de comun acuerdo, hicieron educar admirablemente á las suyas, logrando poseyesen todas el francés y algunas el inglés. Se

dice que una de las hermanas de Halim Pacha, muerta en edad temprana, poseía ya educación muy cumplida, y Nazleh Hanoum, esposa de Khalil Sherif Pacha, que aún tiene entre sus damas á una señora inglesa, no sólo lee y escribe correctamente la lengua de Inglaterra, sino que también la habla con extremada perfección. En suma, el no recibir educación europea puede ya considerarse en Egipto como excepción, no como regla.

A pesar de cuanto dejamos dicho, el que, sin penetrar en lo interior del real palacio, se contenta con estudiar la exterior apariencia de los que lo habitan, hallará pocos cambios que puedan llamarse visibles.

En efecto, mucha verdad es que el *yasmak* ó velo usado por la mujer egipcia es hoy más ligero y trasparente que el usado antiguamente, ni deja de ser notado que las ventanillas de los carruajes han sido ensanchadas al par que aligeradas del tupido cortinaje que ántes las cubriera; ni creemos improbable que algunos viajeros del último invierno viesan en un sitio de baños, á pocas millas del Cairo, á una de las princesas egipcias guiar su coche tirado por jacas y aún pasear sin velo alguno en la cara con un médico europeo; pero, aunque no faltan pruebas análogas á ésta de la tendencia reinante á mayor libertad que la hasta el día conocida, prácticamente hablando hay que confesar que el aislamiento de la mujer es el mismo que ántes y que para juzgar del estado actual de la cuestión no hay que atender sólo á sus signos exteriores. Sin embargo, no puede ponerse en tela de juicio que ya se han verificado cambios muy notables, y que aún para los que penetran más allá de la superficie de las cosas aparecen grandes esperanzas sobre los horizontes de lo futuro.

No se crea que estos cambios han podido llevarse á cabo sin grande oposición. En efecto, dícese que la madre del Khedive, cuya influencia es tan grande como puede suponerse, es acérrima conservadora de la antigua escuela que, dicho sea de paso, no mira con buenos ojos las mudanzas impuestas por las circunstancias de los tiempos; y asimismo ha de tenerse en cuenta que en muchos casos las mismas

princesas son los mayores obstáculos para el nuevo orden de cosas.

Entre las falacias que corren muy validas de boca en boca acerca de las mujeres orientales, debe tenerse como una de las más infundadas la que nos las representa abrasadas por la envidia cuando consideran la libertad que el sexo débil goza en Occidente, siendo así que léjos de creerse dignas de nuestra compasion, compadecen con toda el alma á la mujer europea, juzgando de ella y de su libertad por falsos ejemplos que han llegado á sus oidos y que en medio de la ignorancia en que se hallan sumidas no saben distinguir.

Otra de las falacias en boga es la que tiende á rebajar la influencia de la mujer, que frecuentemente es mayor donde menor se la cree, pudiéndose al efecto señalar, como ejemplos vivos, á muchos señores del harem, pruebas evidentes de que en Oriente existe mayor número de hombres dominados por mujeres que los conocidos en los pueblos del Occidente.

En la lista de la familia del Khedive, que acompaña á este artículo, puede verse el nombre de la princesa Zeynab que murió poco despues de su casamiento en 1875, y cuya temprana muerte debe ser sumamente sentida; porque su educacion se había verificado á costa de grandes sacrificios y porque, á haber vivido, hubiera sido poderoso instrumento para la terminacion de la obra empezada.

Muy cerca de la mezquita del sultan Hassan se levanta el espacioso templo de Rufaï, que en la actualidad está edificando la madre del Khedive como monumento de su piedad y para que en su muerte le sirva de sepulcro; mas ¡ay! ya ántes de ser terminado se ha abierto en él una huesa que el peregrino europeo busca en una silenciosa capilla del aún no concluido edificio, en la cual bajo un sepulcro de mármol envueltos en rica seda yacen los restos de su noble nieta.

Esta malograda señora había sido educada en compañía de algunas familias inglesas, con las que permaneció hasta un año ántes de su casamiento. Dícese que era la hija favorita del virey, que esperaba con el mayor interes el resultado de su educacion, y que por lo tanto sintió amargamente su pérdida. Segun puede colegirse de las conversaciones del Khedi-

ve, éste atribuye todo el bien existente en la desgraciada señora que nos ocupa á la influencia de las damas inglesas á cuyo cuidado había sido confiada, una de las cuales fué su constante compañera en el harem, aún en el tiempo subsiguiente al matrimonio, y no la abandonó hasta el último momento de su vida.

Así, pues, la generacion presente ha permitido vayan abandonándose algunas costumbres ya consagradas por el tiempo, y sonrie ante muchas supersticiones y preocupaciones de los tiempos pasados, mientras que surgen nuevos intereses y sufren trastorno las ideas de la antigua dignidad.

Las cualidades que distinguen á la *gran señora*, ó Hanooum, no son tampoco las que caracterizaron á sus antecesoras, sino tales que haciéndola tolerante la obligan al propio tiempo á aproximarse á las costumbres y modos de ser propios de los pueblos del Occidente.

Por lo tanto, si no existe bajo este punto de vista cierta especie de rivalidad entre los que podrían ser los porta-estandartes de la empresa, no hay duda que á todos inflama el deseo de no ir en zaga á los esfuerzos inaugurados con tan felices auspicios por el actual Khedive, de suerte que sólo dejan de tomar parte en este movimiento general en favor de la cosa pública aquellos que, conociendo su atraso, se dedican á la propia reforma y, por consiguiente, sin conciencia de lo que hacen, elaboran en secreto la futura felicidad de ese país que vemos en efervescencia tal que no podemos menos de prometernos frutos copiosísimos para lo porvenir.

Dícese que el mismo Khedive ha expresado repetidas veces su sentimiento por no poder iniciar nuevas y radicales reformas, y, aunque no siempre deben tomarse en su sentido literal las palabras del virey, hay, sin embargo, razones para suponer que ellas son claro indicio de sus deseos en favor de la prosperidad práctica de aquel país.

En este punto creemos que debemos distinguir entre lo que el Khedive sería contento en aprobar y lo que él creería justificado si llegase á ponerse en práctica, lo cual nos incita á decir una palabra sobre la poligamia que, como dice Mr. Bosworth Smith, «después de la institucion de razas, es la insti-

tucion más funesta en que puede caer un pueblo para llegar á ser su víctima; porque ella, añade el ilustre sociólogo, poluye la sociedad en su propio origen, siendo así que la familia es la fuente de todas las virtudes políticas y sociales. Mohamed hubiera duplicado la deuda de gratitud que con él tiene el mundo oriental si hubiese podido exterminar esa lepra que lo corroe; pero, á pesar de conocer sus funestos resultados, no ha podido obrar inspirado en su convicción. No debe representarse á la poligamia como parte del mahometismo, porque esto sería tan injusto como creer que la esclavitud fué parto del cristianismo.»

Ahora bien, por lo que toca á la poligamia de Egipto, debe consignarse que, aunque muy ligado por ella, el mismo Khedive ha intentado darla el golpe de gracia, y así no debe extrañarse que sus hijos tengan una sola mujer, ni que en sus respectivos serrallos tengan sus hijas casadas indivisible poder.

De aquí podrá colegirse que el ejemplo de los príncipes ha de ser imitado por muchos y aún encontrará secuaces en las clases devoradas por el monstruo, debiéndose consignar que en los distritos rurales de Egipto y Turquía, á pesar de la necesidad de reformas en lo tocante á las leyes del matrimonio y del divorcio, la poligamia, más que regla, debe tenerse por excepcion.

Acerca de la esclavitud debe tambien admitirse que, apoyado en el principio *video meliora*, ha establecido el Khedive las admirables reglas que, aunque no sancionadas con su ejemplo, pueden dar vida á la generacion que hoy despierta de su funesto letargo para entrar en las vías de la civilizacion, y es tal la disminucion del mal de que tratamos que, sin ser profetas, puede asegurarse que dentro de muy poco habrá dejado ya de existir, siendo, como es, á todos manifiesto y sostenido por algunas escuelas que, una vez conseguida la educacion de los egipcios, podrán éstos desempeñar todos los oficios que al presente están á cargo de los esclavos, lo cual es tan cierto que inspiró al Khedive las siguientes palabras: «Eduquese, dijo á M. de León, á las niñas y enséñeselas las obligaciones, quehaceres y virtudes propias de la mujer, y podremos acabar con esos esclavos que á más de ser una plaga para el Egipto

en general, son para los particulares causa de muchos gastos y males.»

Sir Charles Reed ha emitido hace poco su opinion acerca de los establecimientos de enseñanza existentes en los bancos del Nilo, y por sus palabras sabemos que «están á punto de colocarse á grande altura» (1). Recuérdese que existen en la actualidad escuelas no sólo para los niños sino tambien para las niñas, y que ninguna institucion de Egipto llama tanto la atencion del viajero como la escuela fundada por la tercera princesa para las jóvenes egipcias. Todos los libros últimamente publicados acerca del Egipto hacen la descripcion de este establecimiento superior, que puede dar cabida á unas 300 alumnas de todas las clases de la sociedad y que en materia de enseñanza abarca el más variado programa.

Como prueba de su importancia vamos á tomarnos la libertad de transcribir un pasaje de Mr. Me-Coan en su obra *EGYPT AS IT IS* (2).

«Los grandes resultados, dice, obtenidos de estos primeros esfuerzos para librar á la mujer egipcia de la ignorancia y apatía de la vida del harem, hubo de conducir inmediatamente á echar los primeros cimientos de la educacion real de la nacion y á abrir dos escuelas para el servicio doméstico, una fuera y otra dentro de la capital, donde bajo la tutela de nueve profesoras, entre las cuales, tanto la directora como su ayudanta, son europeas, se mantenían y educaban el año pasado á expensas de la primera esposa del Khedive ciento cuarenta y siete alumnas (setenta y cinco pensionistas y setenta y una externas). Estas dos instituciones, adecuadamente organizadas por sus respectivas fundadoras, se hallan al presente bajo la superintendencia del Ministerio de Instruccion Pública y pasan por ser los establecimientos más florecientes é importantes de todo el Egipto. Actualmente está á punto de empezarse á erigir otra tercera escuela, y ántes de terminar el presente curso ya se habrá echado la primera piedra, siendo de

(1) Discurso pronunciado en el paraninfo de la sociedad de Artes en 8 de Octubre de 1878.

(2) Véase este notable trabajo, pág. 118.

esperar que, accediendo á varias instancias de todas partes dirigidas, se abran otras en las ciudades de provincias, como indicio manifiesto de la extirpacion de las preocupaciones populares; de suerte que si continúa este movimiento en favor de la educacion de la mujer, existen razones para esperar que la próxima generacion ha de ver consumada la más esencial de las reformas orientales, la emancipacion social de la mujer.»

No há mucho esparcióse, no sabemos por qué, el rumor de que la economía había de forzar á los gobernantes á decretar la clausura de estas escuelas; pero bien conocido es el carácter de Mr. Rivers Wilson y de Nubar Pacha para que podamos abrigar la conviccion de que, aunque el Khedive se niegue á continuar suministrando los necesarios fondos, nunca sancionarán ellos la extincion de la institucion que más promete.

La gran obra que actualmente inmortaliza en Egipto el nombre de Miss Whately ha producido ya el mayor resultado que su iniciadora pudo prometerse, porque, sin duda alguna, á ella se debe la idea llevada á cabo por las princesas; y si el Khedive y sus esposas fundaron y dieron incremento á las sobredichas escuelas, Miss Whately ha probado abundantemente cuánto puede conseguir en Egipto la influencia extranjera.

Hecho muy interesante es, por lo tanto, para la historia el que dos princesas egipcias, en los primeros momentos tan opuestas á la introduccion de novedades, sean hoy reconocidas como fundadoras de la primera escuela de niñas que ha conocido el mundo otomano.

Las ideas que la esperanza acaba de sugerirnos surgen asimismo de todas partes, á pesar de que no falten quienes repliquen que las modificaciones llevadas á cabo por el virey no son más que superficiales, quienes crean ó afectan creer que los sentimientos y costumbres de los que *han sido educados* permanecen y permanecerán esencialmente tales cuales fueron ántes. ¿Qué bien, nos preguntan, puede sacarse con introducir en Egipto un aparato inglés barnizado con un tinte frances, cuando estamos seguros que tan pronto como

los Hanoums empiecen á apreciar su nuevo género de vida y á aprovecharse de él, serán encerrados en los muros de su prision para recaer con la mayor facilidad del mundo en la indolencia y apatía de las que les rodean? El mayor argumento y el resúmen de los demas aducidos por los pesimistas en esta materia es que la degradacion de la mujer resulta de la religion del Profeta, de suerte que, miéntras ésta predomine, no puede abrigarse esperanza alguna de reformas efectivas y permanentes. No podemos, sin embargo, apoyar esta opinion de los que á sabiendas se envuelven en las más densas tinieblas para no ver la claridad, porque léjos de existir razones que vengan en apoyo de semejante aserto, las hay muy poderosas para esperar que la obra empezada por el Khedive ha de ir ejerciendo su influencia en todas las clases superiores de aquella sociedad para descender despues por las provincias y extenderse por todo el Egipto.

Su objeto principal no ha sido efectuar grandes cambios que fuesen á todos visibles, sino inaugurar una secreta revolucion en el interior del hogar egipcio. Por eso se ha mostrado tan impaciente, bajo este respecto en particular, por marchar tan de prisa como le han permitido los tiempos y por echar por tierra las barreras sancionadas por el Profeta en beneficio de los celosos jefes de familia de Egipto; por eso, aún dentro de los límites del harem ha fomentado la educacion de sus hijas y de las que más tarde habían de ser esposas de sus hijos, sobrinos y primos.

El Khedive reconoce, como reconoció desde un principio, que ningunas son las ventajas reportadas de la reclusion de la mujer y del estado de degradacion en que se la había mantenido; haciendo que los progresos en nada la afecten y causando en todor los individuos, principalmente de su propia familia, obstáculos que no sólo son opuestos á la civilizacion sino á la higiene.

Sus deseos, pues, han sido que sus hijas puedan algun dia encontrarse á la altura de las europeas; que las princesas y señoras egipcias cultivasen su entendimiento con el esmero que se verifica en Europa, de suerte que, así como no lo son en dignidad y gracia, tampoco fuesen bajo este respecto infe-

riores á sus hermanas de Occidente; y por último, que la obra por él inaugurada en su propia casa tenga muchos imitadores en toda la extension del territorio de su jurisdiccion.

Sin aducir, como otros lo han hecho, la tibieza religiosa de los egipcios, varias son las causas que nos hacen creer en la especial condicion de este pueblo para mantener, ó mejor dicho, para seguir manteniendo en todos los países mahometanos la bandera enarbolada por el Khedive; porque el Egipto es país en que con facilidad pueden hacerse experimentos de educacion; porque la raza en él existente se sujeta con resignacion á lo que no puede evitar; y porque no existen elementos tan fanáticos que puedan contrarestar el lento, sí, pero firme progreso de innovaciones que tan á sazón va introduciéndose.

Por lo tanto, si hacemos algun esfuerzo para columbrar los arcanos ocultos en las regiones misteriosas de lo futuro, llegaremos á convencernos que las leyes sociales más proporcionadas al objeto, son seguramente aquellas que en último término llegan á prevalecer, y sin alejarnos tanto de los tiempos actuales, hasta llegaremos á columbrar el período de tiempo en que el Koran no se presentará á sus lectores como hoy se exhibe ante sus ojos, sino que quedará perfectamente establecida la línea divisoria existente entre las leyes civiles y canónicas.

Por el contrario, si nos limitamos á contemplar tan sólo lo presente, habremos, sin duda alguna, de confesar, que ya se han verificado las reformas que en el escaso período de tiempo transcurrido, desde la inauguracion del nuevo orden de cosas, podría razonablemente esperarse.

Ahora bien, toda esta gran obra se debe principalmente al Khedive y á ciertos individuos de su familia á quienes eterna gloria ha de presentar cubiertos de la eterna aureola que circunda las frentes de cuantos, inspirados por un espíritu superior, saben elevarse sobre el mundo, acometiendo empresas juzgadas imposibles por la pequeñez de cuantos les rodean, y así «como, según todas las probabilidades, el canal de Suez y otras grandes obras recordarán siempre las empresas del Khedive Ismail cuando lleguen á olvidarse sus empréstitos y

la deuda egipcia» (1), así también el impulso que él ha dado á la educacion, tanto entre las clases elevadas como en las inferiores de la sociedad, tanto entre los individuos del uno como del otro sexo, será uno de los caracteres más sobresalientes de su reinado.

Concluyamos prediciendo que gran parte del bien por él efectuado ha de sobrevivirle, aunque todo el mal aún existente no descienda con su cadáver al sepulcro.

Volvamos, para terminar este trabajo, á los hijos del virey.

En las advertencias que anteceden no hemos en manera alguna intentado hacer sobresalir los puntos de vista más favorables de las cuestiones tratadas, y, aunque nuestras palabras son inspiradas por el optimismo, no por eso dejan de ser expresion de las convicciones de buena fe que el escritor ha alcanzado con el trato íntimo de los personajes aludidos.

Así, pues, repetimos que la fortuna ha favorecido al Khedive dándole hijos muy capaces, y que á ellos toca justificar la buena opinion que (digámoslo con toda franqueza) se ha formado de ellos, no sólo entre sus conterráneos, sino también entre los pueblos por ellos visitados.

Por lo cual existen razones suficientes para que esperemos han de dejar tras sí un nombre glorioso en la página de la historia dedicada á recordar los anales de la dinastía actual.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta que los príncipes no han sido educados en ese ilimitado lujo que algunas personas inconscientemente suponen, y, si positivamente se les ha acostumbrado á entrever en lo futuro horizontes de rosa y de doradas visiones, la presente posicion de los asuntos de su país habrá sabido disminuir los esplendores en que hubieran podido concebirlo.

La leccion recibida, si así puede llamarse, ha llegado en momento oportuno, esto es, cuando los príncipes atraviesan las puertas de la vida pública, y poseyendo aún los pueblos á ellos sujetos maravillosa capacidad para adaptarse á cualquiera de las circunstancias en que se les coloque.

En la nueva era que, según fama, va á inaugurarse en

(1) THE KHEDEVE'S EGYPT., pág. 157.

Egipto, deben estudiarse los caminos que respectivamente hayan de recorrer tan ilustres personajes, y estamos seguros que, sea cual fuere la posición en que se les coloque, siempre podrán hacer gran cantidad de bien; puesto que nadie puede hablar con ellos sin quedar completamente persuadido de que sinceramente desean ser útiles miembros de la casa reinante, y sabido es que tienen por lema el de Nubar Pacha: EGIPTO PARA LOS EGIPCIOS.

Quizas más claramente que su ilustre padre reconocen los jóvenes príncipes que el bienestar de su tierra nativa sólo puede adquirirse y asegurarse por medio del contacto íntimo con dignos representantes de la civilización europea.

Mr. Freeman ha hablado recientemente en uno de los números de la publicación inglesa titulada MACMILLAN'S MAGAZINE de la historia de Sicilia, y en su excelente artículo la llama *Historia de entregas*. Pues bien, á nuestro juicio, la historia de Egipto puede definirse la historia de sucesivas cautividades. En efecto, éstas se han ido repitiendo por los nuevos gobernantes que en los diversos tiempos, mientras pregonaban la libertad, practicaban todo género de opresiones, hasta que, por último, para empeorar la situación, vino Turquía, que aunque no pudo impedir la resurrección de los países del Nilo, ha hecho cuanto ha podido para desolar y degradar aquellos hermosos terrenos. Pero, como canta el poeta árabe, el dorado suelo y maravillas del Nilo pertenecerán siempre á la dinastía cuyos derechos son grandes y poderosos, y, por consiguiente, creemos llegado el momento, en que en sentido recto y benéfico, podamos decir que Egipto va á ser libertado.

Resumamos.

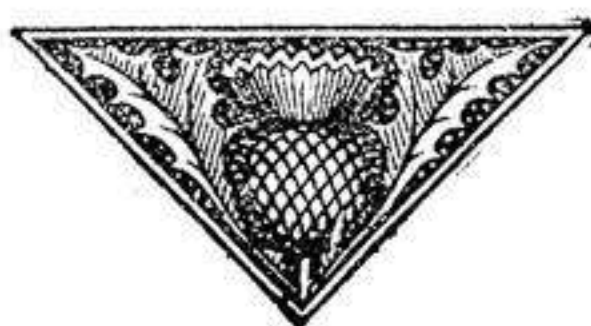
Hemos intentado hacer justicia al Khedive como padre de la familia con que justamente puede enorgullecerse.

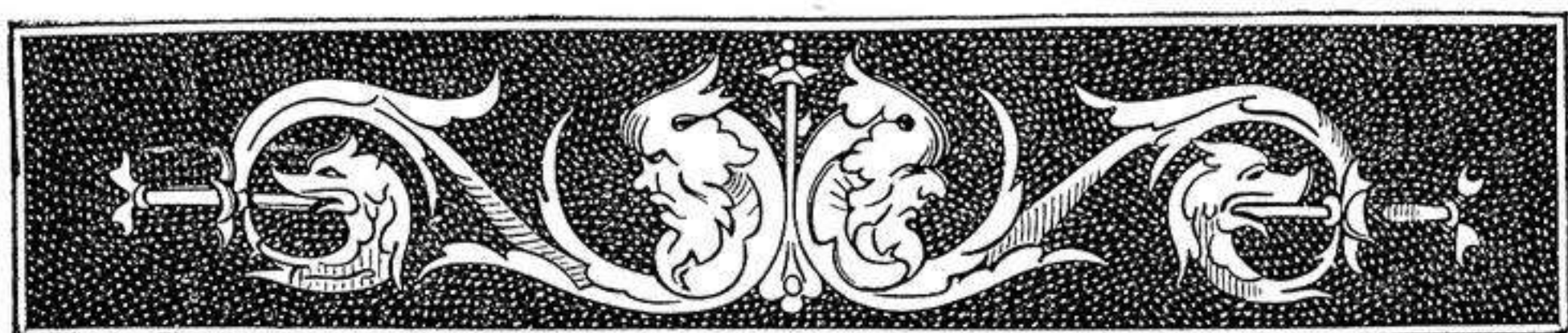
No hemos deseado traspasar estos límites que voluntariamente nos propusimos al dar comienzo al artículo que vamos á terminar, y para que el fin quede ligado con el comienzo permítasenos recordar las palabras de un oficial europeo á otro también europeo que hace muy poco pudo estudiar detenidamente á la familia real de Egipto, objeto de estos renglones.

Este último señor hablaba de las buenas cualidades de Ismaïl Pacha y elogiaba con no pequeña insistencia los esfuerzos por él hechos para promover el bienestar material de sus hijos.—«Lo que decís, replicó el primero, está muy bien; pero no me negueis que el gobernante de una nación es también el padre de su pueblo y que, por consiguiente, entre los miembros de la familia del virey no han de ocupar el último lugar los cinco millones de súbditos que se inclinan ante su trono.»

ROLANDO L. N. MICHELL.

Cairo, Enero de 1879.





ANALISIS Y ENSAYOS.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

A History of our own Times, por Justin Mac Carthy, vol. I y II. Lóndres, Chatto et Windus, 1879, en 8.º



La historia, y sobre todo la historia nacional, es objeto desde hace algun tiempo de una marcada predileccion por parte de los escritores ingleses. Unos, refiriéndose á las épocas primitivas, desnuzan con crítica severa los respetables productos dejados por las generaciones que nos han precedido, y establecen, apoyados en documentos decisivos, el relato de las primeras edades de la raza anglo-sajona; otros prefieren referirse á las épocas recientes refiriendo todos esos acontecimientos modernos, tan cerca aún de nosotros y ya tan léjos de nuestros recuerdos.

Mr. Justin Mac Carthy pertenece á esta última escuela. Periodista y novelista de un raro talento, ha emprendido á su vez una obra histórica, exponiendo de un modo rápido y conciso todo lo ocurrido en Inglaterra desde el advenimiento de la reina Victoria. La tarea era sumamente árdua, pero Mister Mac Carthy ha realizado admirablemente el objeto que se proponía. Los dos primeros tomos que acaba de publicar y que nos llevan hasta la terminacion de la guerra de Crimea, merecen todos los elogios que la prensa inglesa, sin distincion de partidos, les ha concedido unánimemente.

El autor muestra especial cuidado en no dejar nada en la sombra, y nos inicia tan perfectamente en los secretos de la alta política como en las pequeñas intrigas de tocador y de bastidores, sin cansar nunca la atención y sin disminuir en ninguna parte el vivo interés que sabe despertar en el lector.

Bien referida, expuesta de un modo claro y luminoso, como lo hace Mr. Mac Carthy, la historia moderna de Inglaterra, y sobre todo la del reinado de la reina Victoria, es por lo demás una de las más atractivas que pueden leerse. Rózase en mil ocasiones con la historia europea, y sus ramificaciones con las más lejanas comarcas hacen de ella, por decirlo así, la historia del mundo entero. Pero no solamente pasea de este modo nuestras miradas sobre todos los puntos del globo, sino que además nos muestra palmariamente la excelencia de ese régimen parlamentario y constitucional que ha hecho del pueblo más libre el pueblo más próspero, más rico y más pacífico del Universo.

No hay que creer, en efecto, que ántes de comenzar el actual reinado fuese el gobierno inglés un gobierno realmente constitucional en la verdadera acepción de la palabra. La acción personal del soberano se dejaba sentir de muy distinto modo que en nuestros días. Guillermo IV, como su hermano y como su padre, había escogido sus ministros completamente á su antojo, sin tener apenas en cuenta el parecer del Parlamento. Verdad es que al obrar así, el anciano rey creía llenar cumplidamente sus deberes monárquicos. Hallábase convencido del carácter providencial de su misión, y Mr. Mac Carthy nos lo pinta en sus últimos días profundamente preocupado de las terribles consecuencias que, según él, debía ocasionar su muerte al país. Gracias á Dios, estas consecuencias no fueron en modo alguno las que él temía. Si la Inglaterra de hoy no es ya la de su tiempo, no ha perdido absolutamente nada en el cambio, sino todo lo contrario.

Las circunstancias en que se produjo su muerte y el advenimiento de la reina Victoria, tenían en medio de una solemnidad harto natural, cierta parte un tanto risible, que mister Mac Carthy describe con tanta gracia como talento. Júzguese por este pasaje, en que dos de los principales personajes del

Estado cumplen, en medio de chistosos incidentes, una misión llena de gravedad:

«En cuanto ocurrió el fallecimiento de Guillermo IV, el arzobispo de Canterbury y el lord Chambelan salieron de Windsor y se encaminaron hacia el palacio de Kensington, en el cual residía la princesa, con objeto de participarle aquel suceso. Eran las dos de la mañana cuando emprendieron su marcha y no llegaron á Kensington hasta las cinco. Golpearon la puerta, tiraron de la campanilla y alborotaron largo rato ántes de conseguir despertar al portero; hiciéronles también aguardar en el patio, y por fin entraron en una de las antecámaras, en la que permanecieron bastante tiempo completamente solos. Dieron varios campanillazos y manifestaron su deseo de que la dama de honor de la princesa se dirigiese á S. A. R. para enterarla de que ellos la pedían audiencia con objeto de tratar asuntos de grandísima importancia. Después de nuevas dilaciones y nuevos campanillazos, se llamó por fin á la dama de honor, y ésta manifestó que la princesa estaba tan profundamente dormida que no se atrevía á molestarla. Entónces ellos la contestaron: «Hemos venido en busca de la reina para tratar de asuntos del Estado, y áun cuando se halle durmiendo, es preciso que cumplamos nuestra misión.» Así sucedió en efecto, y la princesa, para demostrarles que no había querido hacerles aguardar, se presentó en el salón algunos minutos después envuelta en un ancho peinador, cubierta con un chal, con su cofia desarreglada y sus cabellos caídos sobre los hombros, los piés medio ocultos en unas sandalias y los ojos arrasados por las lágrimas, pero llena de dignidad y sin perder un momento su presencia de ánimo.»

Algunas horas después se reunió el Consejo privado. La Reina prestó el juramento constitucional, y tomó juramento á todos los altos dignatarios. Los duques, tíos suyos, fueron los primeros que llenaron esta formalidad, doblando la rodilla y besando la mano de su sobrina, que fuertemente emocionada, se apresuró á hacerlos levantar y los abrazó con la mayor ternura. Su grave y tranquilo aspecto infundía respeto á todos aquellos ancianos para quienes su nueva soberana era

casi una desconocida. Salieron muy impresionados de la ceremonia y quedaron muy satisfechos al ver que la Reina firmaba las actas oficiales con el solo nombre de Victoria y no con los dos nombres Alejandrina-Victoria, como se había supuesto en un principio. El nombre de Alejandrina recordaba en efecto un incidente desagradable. La princesa debió recibir al nacer el nombre de Georgiana, pero el duque de Kent, por complacer al emperador de Rusia, á quien había escogido por padrino, quiso que el primer nombre de la augusta recién nacida fuese Alejandrina. El regente experimentó con esto una viva contrariedad, mandó llamar al embajador de Rusia, y despues de dirigirle mil retumbantes frases acerca del honor que había cabido en suerte al Emperador, le manifestó que el nombre de Georgiana no podía ceder la supremacía á ningun otro nombre en Inglaterra, y que por consiguiente, la princesa no lo llevaría de ningun modo. Al firmar solamente Victoria, la jóven Reina demostró tanto tacto como delicadeza y adoptó un nombre esencialmente inglés que consiguió muy pronto hacerse popular.

Todos estos incidentes ocurridos en Lóndres preocupaban extraordinariamente á un jóven estudiante de la Universidad de Bonn, que andando el tiempo debía desempeñar un papel tan importante en la vida de la Reina. El príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo escribía á su padre con fecha 4 de Julio de 1837: «Dícese que la prima Victoria ha dado pruebas de admirable serenidad. Asume una enorme responsabilidad, y sobre todo ahora que los partidos se hallan tan excitados y cifran en ella todas sus esperanzas.»

Al escribir estas líneas, el príncipe Alberto daba pruebas de ese tacto que debía desplegar en el transcurso del tiempo. Efectivamente, el espíritu de partido no se había hallado nunca tan excitado como entónces ni había llegado á tanta pasión y tanta violencia. Cada agrupacion política atribuía á sus contrarios los más odiosos proyectos y creía ver seriamente amenazada hasta la vida misma de la Reina. Aún los hombres de Estado más formales hablaban así, y es preciso leer el libro de Mr. Mac Carthy para llegar á comprender los increíbles ataques que unos á otros se dirigían.

Por lo demás, la situación estaba llena de dificultades y peligros, y asimismo continuó durante algún tiempo. Puede decirse que el país se hallaba dividido en dos fracciones que entónces parecían inconciliables, al paso que en las colonias se manifestaban los más peligrosos síntomas. Los temores que se abrigaban por la vida de la Reina no carecían tampoco de fundamento, toda vez que ya en varias ocasiones se había intentado, afortunadamente sin éxito, asesinarla durante sus paseos.

Cómo fué mejorándose poco á poco aquel estado de cosas y cómo se realizaron sucesivamente las pacificadoras reformas reclamadas por la opinión pública, son cosas que Mr. Mac Carthy nos refiere en interesantísimas narraciones que ni siquiera podemos analizar aquí. Para lograr este objeto necesitaríamos mucho mayor espacio del que tenemos para apuntar acerca de esa obra algunas ligeras indicaciones. Limitémonos, pues, á indicar la notable maestría con que nuestro autor sabe sacar á escena los hombres y las cosas en sus dos sustanciales volúmenes.

En donde principalmente brilla Mr. Mac Carthy, es en los retratos. Nadie sabe describir mejor que él sus personajes por medio de rasgos llenos de animación y de vida. El parecido de todos esos hombres de Estado, oradores y políticos, que va presentándonos sucesivamente es exactísimo, y cree uno recorrer un verdadero museo al hojear las páginas de su libro. El exámen de este museo es, por otra parte, tanto más interesante, cuanto que el escritor se complace indudablemente en sus pinturas, y no abandona sus modelos hasta haber reproducido con extraordinaria fidelidad todos sus rasgos y todas sus buenas ó malas cualidades.

Mr. Mac Carthy es tan exacto como imparcial. «Ya no estamos en aquellos antiguos tiempos, dice en una de sus digresiones, y hemos cambiado completamente de método, por lo ménos en materia de controversias políticas. Ya todo el mundo sabe perfectamente que un hombre público puede defender opiniones desagradables á la mayoría sin que por eso deje de ser perfectamente sincero y digno de respeto.» Partiendo de este principio, que es un tributo rendido al espíritu

de tolerancia que anima los tiempos presentes, aprecia en su justo valor personajes de opiniones diametralmente opuestas. Con la misma facilidad encomia las poderosas facultades de O'Connell y los notables méritos del doctor Newman, que el patriotismo egoísta y envidioso de Palmerston ó el liberalismo y la nobleza de miras de Gladstone.

Del mismo modo que juzga á los hombres juzga las cosas, sin escatimar elogios ó censuras cuando los cree justamente merecidos. «La narracion de sus faltas, dice el autor, es la leccion más importante que puede hallar un pueblo en las páginas de su historia. Los historiadores han hecho algunas veces mucho más daño que los aduladores palaciegos, glorificando los errores de su propio país y procurando hacer pasar lo falso como cierto, porque un gobierno ha logrado un dia precipitar la opinion de su tiempo en una lamentable confusion de principios.»

¿No bastan estas dos citas para conocer todo el espíritu de la obra?

Mr. Mac Carthy no se concreta á referir los grandes acontecimientos de la política interior y exterior de Inglaterra, sino que, llegado el momento oportuno, nos habla de la organizacion tan deseable de la enseñanza primaria, debida á los extraordinarios esfuerzos de lord John Russel, del admirable impulso dado al comercio y á la industria y de los más importantes inventos de la época: los ferro-carriles, la navegacion por medio del vapor y los telégrafos. La reforma postal de 1840 halla en él un narrador y un defensor que sabe revelarnos toda la energía y toda la perseverancia del ilustre promovedor del *penny postage* sir Rowland Hill.

Como escritor distinguido, ingenioso y de buen gusto, Mr. Mac Carthy tenía necesariamente que decirnos también algo referente al movimiento literario. Él opina—y su opinion se halla fundada en muy sólidos argumentos—que el reinado que ha tenido la buena fortuna de asistir al maravilloso desarrollo de todos los medios de comunicacion debía tener una literatura completamente distinta, y la ha tenido en efecto. Esta literatura se divide en dos partes bien deslindadas y corresponden exactamente á la division de nuestra obra. Los

escritores que brillaron durante los primeros años del reinado han cedido ya el campo á una nueva escuela, que bebe su inspiracion en fuentes absolutamente distintas y áun opuestas en ciertos casos.

Estos escritores de la primera parte del «período victoriano,» escritores eminentes sin duda alguna; Grote, Macaulay, Harriet Martineau, Carlyle, Stuart Mill, Mary Somerville, Tennyson, Browning y su mujer, Matthew Arnold, Thomas Hood, Ruskin, Dickens, Thackeray Charlotte Brontë, Bulwer Lytton, Disraeli, Kingsley, Lever James, y otros muchos más, los juzga Mr. Mac Carthy uno por uno en su accidentado cuadro de la literatura, y el juicio que emite acerca de sus rivales y de sus émulos refleja la misma imparcialidad que hemos observado en él desde su principio. Al terminar su rápido bosquejo no echa en olvido una publicacion esencialmente inglesa y cuya influencia ha sido mayor de lo que se cree generalmente: el *Punch*, ese periódico de una profunda originalidad, que con ningun otro puede compararse, y que tan perfectamente responde al espíritu de nuestra época.

Ahora debemos hacer aquí punto final. Si hemos conseguido inspirar á nuestros lectores una simpatía igual á la que á nosotros nos ha inspirado el relevante mérito del libro de Mr. Mac Carthy, habremos logrado nuestro más vivo deseo.

JULIO CARLIER.

TRES REFORMADORES PROTESTANTES.

Drie Evangeliedienaren uit den tijd der Hervorming, door Christiaan Sepp. Leiden, Brill, 1879, gr. in 8.º, 189 p.

Mr. Sepp, pastor protestante en Leyden, refiere en este interesante libro la vida y los trabajos de los reformadores Agge van Albada, Juan Taffin y Pedro de Zuttere, llamado Overd'haghe.

Albada desempeñó cierto papel durante las negociaciones de Colonia en 1579, cuando el emperador intentó inútilmente reconciliar á Felipe II con los insurrectos de los Países Ba-

jos. Sostuvo relaciones más ó ménos seguidas con Marnis, con Coornhert, uno de los apóstoles más notables de la tolerancia religiosa en el siglo xvi, con el teólogo y jurisconsulto frances Lambert Daneau, que desempeñó una cátedra en Leyda y en Gante, con Viglius, tío de su mujer, con el famoso Daniel Heinsius, etc. Distinguióse sobre todo por un verdadero amor á la libertad de conciencia, virtud sumamente rara en aquella época de recíproca intolerancia.

Juan Taffin pertenecía á una distinguida familia de Tournai, que desde un principio se adhirió casi en masa al protestantismo. Empezó á darse á conocer como secretario-bibliotecario del célebre cardenal Granvela; pero abrazó la Reforma el año 1558 y fué pastor calvinista de los protestantes walones, que se vieron obligados á huir á Alemania y se refugiaron despues en Holanda. Con este carácter residió sucesivamente en Aix-la Chapelle, Strasburgo, Metz, Amberes, Heidelberg, Embden, Harlem y Amsterdam. Era pastor en Amberes cuando ocurrieron los excesos de los iconoclastas, huyó con el príncipe de Orange á Heidelberg cuando el Duque de Alba llegó á los Países Bajos, y fué ministro calvinista de la córte del Taciturno, con el famoso de Villiers, llamado el Pajarero. Ellos dos y Marnis fueron los principales consejeros de Guillermo de Orange en todos los asuntos religiosos. Taffin residió luégo en Amberes durante el bloqueo de esta ciudad por el duque de Parma, y murió en Amsterdam en 1602 fiel á su divisa: *A Dios tu vida, en Dios TU FIN.*

Mr. Sepp analiza todos sus escritos, y entre otros su *Tratado de la enmienda de la vida*, publicado en Amsterdam y precedido de una dedicatoria á los «Magníficos señores Burgomaestres» de dicha ciudad. Léese en esta obra que los refugiados calvinistas, procedentes de las provincias walonas, abundaban tanto en Amsterdam que tenían allí *tres* pastores que predicaban generalmente en frances.

Juan Taffin, aunque estrictamente ortodoxo, era decidido partidario de la tolerancia. Su *Responsum* al conde Juan de Nassau, hermano del Taciturno, en 1579, es un documento lleno de elevacion y de caridad cristiana. Respira el mismo aliento liberal que la admirable *Paz de religion* (1578) del

Taciturno. Mr. Sepp nos da á conocer tambien algunas curiosas cartas de Taffin al filólogo Stephanus Pighius (Steven Wynantes) que se hallan en la Biblioteca de Hamburgo y en la Biblioteca Real de Brusélas, como tambien otras 53 epístelas conservadas en los archivos de la comunidad protestante de Delfet.

La monografía dedicada á Pedro de Zuttere, llamado Overd'haghe, es la parte más nueva y más curiosa del excelente libro de Mr. Sepp. W. Te Water, en su notable *Historie der Hervormde Kerke te Gent* (1756), sólo le había consagrado algunas insignificantes líneas. En nuestros días, el sabio bibliotecario de la Universidad de Gante Mr. Ferd. Vanderhaeghen, fué el primero que llamó la atención acerca de este valeroso apóstol de la tolerancia religiosa, en su *Bibliografía Gantesa* (t. V, p. 325 y siguientes). Mr. Sepp ha combinado estos y otros datos sueltos facilitados por sus predecesores, y ha logrado, á fuerza de minuciosas y concienzudas investigaciones, hacer revivir una de las figuras más importantes del siglo xv, que hasta hoy había sido relegada á un injusto olvido.

Overd'haghe publicó el año 1563 un escrito de 112 páginas defendiendo en un lenguaje lleno de noble sencillez los derechos de la libertad religiosa; y cuando los calvinistas llegaron á adquirir más tarde una verdadera preponderancia en los Países Bajos, permaneció fiel á sus convicciones y defendió con el mismo celo á los católicos y á los disidentes oprimidos. Toda su vida fué una larga serie de persecuciones que sólo le atrajo su tolerancia. En Embden, en Rotterdam, en Gante, en la isla de Walcheren y en Hoogmade, los pastores calvinistas ortodoxos le redujeron al silencio ó le obligaron á ausentarse. A pesar de todos estos sinsabores, continuó desarrollando denodadamente sus ideas en una serie de libros verdaderamente admirables, que Mr. Sepp analiza con cuidado y que colocan al autor á la altura de los talentos superiores que con el noble príncipe de Orange no esperaban la salvación de los Países Bajos sino de la libertad de conciencia.

El libro de Mr. Sepp será leído con vivísimo interés por todas cuantas personas se ocupan de la historia del siglo xv.

Es una obra llena de nuevos y curiosos datos, y el autor se muestra perfectamente enterado de todo cuanto los especialistas han publicado sobre tan importante materia.

P. FREDERICQ.

FILOLOGÍA COMPARADA

Studien über den Geist der modernen Sprachen.—Estudios sobre el espíritu de las lenguas modernas, por Francisco Brinkmann. (Trübner).

El importante papel desempeñado por la fonología en la constitucion de la ciencia del lenguaje, ha logrado envolver en inmerecidas sombras al estudio psicológico de la filología comparada. Mas, á pesar de todo, nunca estará de más repetir que todo sonido desprovisto de significado ni constituye ni puede constituir el lenguaje propiamente dicho, porque limitar nuestra atencion á la forma externa de las palabras es lo mismo que mutilar la ciencia lingüística y despreciar su esencia íntima.

Una obra, por lo tanto, como la publicada por el Dr. Brinkmann, que examina metódicamente el uso, relaciones, historia y metáforas del lenguaje no puede ménos de ser recibida con aplauso por cuantos se dedican á los estudios filológicos.

El primer volúmen de esta obra trata de las metáforas sacadas del mundo animal y considera bajo este punto de vista gran número de las lenguas modernas, cuyo estudio, digámoslo de paso, aterra á la mayor parte de los que, si conocieran los adelantos hechos por la ciencia en este ramo, y encontrasen hábiles profesores que supiesen hacer de ellos la debida aplicacion, no pensarían jamas en abandonarlo.

En la INTRODUCCION, que á nuestro juicio es la parte de más mérito que contiene la obra, el autor explica la naturaleza y resultados, tanto teóricos como prácticos, de las metáforas, haciendo ver que éstas pueden ser ordenadas en clases y conexionadas entre sí, ya por las formas de la expresion, ya por el pensamiento que encierran.

En efecto, un objeto cualquiera puede dar origen á muchas metáforas, segun posea más ó ménos cualidades y caractéres, y entónces, no hay duda que en la misma multiplicidad estas metáforas corresponden á una metáfora única que contendrá diversos grupos.

En primer lugar las metáforas pueden ser clasificadas segun el objeto y la figura en que se nos presentan, de donde tendremos los casos siguientes:

1.º Figura y objeto pertenecen al mundo de los sentidos y lo animado se representa por lo animado ó inanimado; así como lo inanimado por lo inanimado ó animado.

2.º Solamente la figura pertenece al mundo de los sentidos, en cuyo caso el objeto será suprasensible.

3.º Por el contrario, únicamente el objeto pertenece al mundo sensible, siendo suprasensible la figura.

4.º Tanto el objeto como la figura están fuera del mundo de los sentidos.

El segundo método para clasificar las metáforas estriba en el grado en que pasan á formar parte de una lengua, de donde nace la siguiente division :

1.º Metáforas que son propiedad de autores individuales.

2.º Metáforas que son de uso comun y parte integrante del lenguaje corriente.

En efecto, si hacemos retroceder las palabras á su primer origen, hallaremos que una gran parte de ellas no son más que metáforas, porque sólo por medio de ellas pudo el hombre primitivo dar idea de sus instituciones acerca de lo divino y lo invisible, y el lenguaje no es más que el tesoro en que se encierran las metáforas ya gastadas, siendo, por ende, de especial importancia el estudio sistemático de esta materia.

A pesar de todo, debemos confesar que el Dr. Brinkmann ha querido profundizar, quizá demasiado, en las pruebas que en confirmacion de su tesis aduce. La vida es demasiado corta, por desgracia, para que pueda alcanzar á llevar á feliz término la obra concebida por el autor, que hoy nos presenta únicamente el primer tomo de su trabajo.

Además, todo lo que nos dice hubiera podido reducirse á compendio, puesto que la superfluidad en las metáforas, como

en cualquiera otra cosa, causa hastío y cansancio al lector.

No se crea por esto que dejan de ser curiosas é interesantes la mayor parte de las comprobaciones aducidas. Así, por ejemplo, nos alegramos de saber que la palabra inglesa *pie* (pastel, empanada, urraca) en sus dos primeros significados es una abreviacion de las palabras francesas *nid de pie* (nido de urraca), así como no deja de ser curioso que la palabra *truie* se derive de la expresion *cochon de Troie*.

Nid de pie es expresion metafóricamente usada para dar á entender un plato en el cual la carne se halla dispuesta como lo están los pajaritos en su nido, y esto lo confirma nuestro autor con el mensaje enviado en su agonía por Rabelais al cardenal du Bellay:—«Dis à Monseigneur l'éta où tu me vois: je m'en vais chercher un grand Peut-etre. Il est *aud nid de la pie*; dis-lui, qu'il s'y tienne, et pour toi, tu ne seras jamais qu'un fol. Tire le rideau, la farce est jouée.»

A. H. SAYCE.





CRÓNICA DE LA QUINCENA.

INTERIOR.

EL día 30 de Mayo se verificó la reunion de la mayoría en la Presidencia del Consejo de Ministros. Asistieron á ella todas las fracciones del partido gobernante, con sus jefes los Sres. Cánovas, Romero Robledo, Elduayen y Silvela. Presidió la reunion el Sr. Lopez de Ayala. Hizo uso de la palabra en primer término el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, quien dirigiéndose á los diputados electos, se expresó en estos ó parecidos términos, despues de solicitar un voto de gracias ó confianza para el gabinete anterior presidido por el Sr. Cánovas del Castillo.

«Yo propongo, dijo, que se dé un voto de gracias al Gobierno que ha sabido concluir dos guerras y levantar el país á la altura á que está hoy. El propósito del actual Gobierno es seguir por esa senda, puesto que en política no tenemos nada que hacer ó poco menos que nada, puesto que toda vez que teniendo la ley constituyente y las leyes orgánicas, hoy el Gobierno, siguiendo el pensamiento del anterior, procurará hacer toda la administracion posible, borrar las huellas que nos han dejado tantos años de guerra civil y de perturbaciones, y separar en lo que sea posible la administracion de la política.

Para ello, cada uno de los señores ministros presentará á las Córtes diversos proyectos de ley encaminados á este objeto. El señor ministro de Hacienda se ha preocupado grandemente de los presupuestos, y ya que no los pueda reducir, como desearía, por las muchas atenciones que pesan sobre el Estado, al ménos ha procurado hacer todas las economías compatibles con el desarrollo de los servicios públicos. Confiado yo, señores, en el apoyo sensato del país á todo gobierno que procura hacer un bien, no he vacilado en proponer al Consejo de Ministros y á su majestad la reduccion del ejército, porque como quiera que ha de haber un aumento en los gastos públicos por el que ha de tener el interes de la deuda, he propuesto reducir de 103.000 á 90.000 hombres la cifra del ejército.

Yo, señores, entré con timidez en este puesto, pero entré con la seguridad de que siguiendo una política de conciliacion, toda la mayoría del país, y por ende la mayoría del Congreso lo mismo que la del Senado, estarían al lado de este Gobierno. Mis fuerzas son débiles, pero con este apoyo y con el de Dios saldremos adelante. Bastantes males han afligido á nuestro país, y parece que la Divina Providencia, compadecida, le permite entrar en nuevos senderos de ventura, de paz y de prosperidad.

Yo, señores, confio tambien en la iniciativa de los señores diputados para que presenten todos aquellos proyectos de ley y todas las reformas que crean conducentes á mejorar la administracion del país. En estas Córtes se nos presentan cuestiones gravísimas, señores: por primera vez vienen los diputados de nuestras provincias hermanas de las Antillas; graves cuestiones hay que resolver acerca de ellas, y el Gobierno, inspirándose en el deseo de aunar los intereses de las provincias de la Península y de Ultramar, presentará proyectos encaminados á este objeto. Las consecuencias de la guerra que ha desolado por espacio de diez años la grande Antilla han de llamar preferentemente la atencion de las Córtes para buscar remedio á tantos males.

Confio tambien, señores, en que la mayoría, que es considerable, inspirándose en los sentimientos de union y conciliacion que la animan, no se dividirá y no perderá de vista que los partidos que se dividen, no sólo pierden el poder, porque eso no significaría nada, sino que precipitan á su patria en el abismo, y por lo tanto, señores, yo no me cansaré de recomendaros la más perfecta union. No pido la union en beneficio del Gobierno que tengo la honra de presidir; pido la union para los principios de nuestro partido.»

Despues de este breve discurso, el Sr. Ayala, conceptuando felicísimo comienzo de la legislatura la proposicion hecha por el general Martinez Campos, insistió en que se votara, y se votó. ¡Felicísimo comienzo! Una manifestacion de gracias al

Ministerio que cayó el 3 de Marzo ó nada significa ó vale tanto como una manifestacion de censura á los que le hicieron desaparecer de la escena política; es una protesta contra la última crisis, conforme sin duda con los sentimientos de la mayoría, conforme sin duda al interes del partido conservador, dividido desde aquella crisis y en vías de perecer y arruinarse por sus consecuencias.

Los diputados la votaron. Su voto puso en los labios del Sr. Cánovas del Castillo algunas palabras de agradecimiento, coronadas con esta declaracion:

«Unámonos, señores diputados electos; yo me uno con todo mi corazon á las palabras dignísimas del señor presidente del Consejo de Ministros, y ya que no me atreva á tomar vuestra voz y vuestra representacion, yo le afirmo y le aseguro que miéntras ocupe el poder que justamente debe á la confianza de S. M., tendrá en mí el más ministerial, más decidido, constante, subordinado y disciplinado de los diputados electos.»

Una comision nominadora propuso á la mayoría que eligiese para los cargos de la mesa del Congreso á los señores Lopez de Ayala, presidente; Bugallal, Moreno Nieto y Cos-Gayon, vice-presidentes; Garrido Estrada, Ordoñez y conde de la Encina, secretarios.—Esta candidatura era resultado de un acuerdo de las fracciones ministeriales. El Gabinete había abandonado todos los puestos á la iniciativa del Sr. Cánovas y á los deseos de sus amigos. No se conceptuó posible, pues, desde el primer momento que hubiera lucha en esta cuestion.

Pero el ministro de la Gobernacion Sr. Silvela no había querido proceder de la misma manera respecto á la comision de actas. El exámen de las actas, por un error de la política conservadora, se considera como algo propio y exclusivo del ministerio de la Gobernacion. El exámen de las actas envuelve un fallo sobre la conducta electoral del Gabinete. El señor Silvela quería que en este asunto se atendieran exclusivamente su interes y su iniciativa.

Segun el nuevo reglamento del Congreso, la comision de actas se compone de quince individuos. Cada diputado tiene el derecho de votar á cinco. Las fuerzas de la mayoría constityen más de las dos terceras partes de la Cámara. Era seguro

que obtendrían la victoria diez candidatos ministeriales. Partiendo de esta base, el Sr. Silvela hizo proponer una candidatura para la comision de actas, compuesta de los señores Guerrero, Lopez Gonzalez, Muñoz Vargas, Souto, Estéban Collantes, Escobar, Gallego, Roda, Guzman y Cos-Gayon. La mayoría la aceptó; los amigos del Sr. Romero Robledo, con protesta de mostrar al Sr. Silvela que no había procedido bien prescindiendo de consultarles sobre ese punto interesantísimo. Si otros pormenores no lo declarasen, mostraba ya esa protesta la actitud del Sr. Romero, que asistió silencioso al acto, presencié impasible sus episodios y apénas terminada la reunion, ántes de conferenciar con sus amigos y sin despedirse de ninguno, abandonó la sala.

Votadas las candidaturas para la mesa y la comision de actas, el presidente dirigió su palabra á los diputados electos. Fué tema de su discurso el obligado de cuantos acababan de pronunciarse; la necesidad de que una estrechísima concordia mantenga vivas la conciliacion y la armonía entre los elementos del partido liberal conservador. Lo mismo el señor Ayala que el general Martinez Campos y el Sr. Cánovas del Castillo, revelaban así el objeto de sus íntimas preocupaciones; el punto donde convergen todos los peligros de que se ve amenazada la actual situacion y el gérmen de su debilidad y de su flaqueza.

«Los partidos que se dividen, acababa de decir el general Martinez Campos, precipitan á su patria en el abismo.» «Me levanto para asociarme á las palabras del presidente del Consejo, había dicho el Sr. Cánovas, y á proclamar la necesidad de la union, union eterna si posible fuera, entre todos los que afirman los principios del partido liberal-conservador.» «Mi único título, exclamaba por último el Sr. Ayala, para ocupar la presidencia de las Córtes, es haber contribuido siempre á la concordia y á la union de los elementos conservadores.»

«Sin duda, señores diputados, añadía, al ver la insistencia con que todos los que hemos tenido la honra de hacer uso de la palabra recomendamos la concordia, no faltará alguna malicia que conjeture que hay síntomas de descomposicion entre nosotros. No; yo no los veo, yo no lo creo. A mí me mueve á hacer esta manifestacion, en primer lugar, la necesidad de exhibir algun mérito, y este es el úni-

co que puedo alegar; y en segundo, el natural recelo que inspira de una parte el contagio de desunion que está inutilizando y esterilizando todos los partidos, y al mismo tiempo el constante empeño de sembrar por todas partes elementos de discordia entre nosotros.

»Ademas, señores, hay otra consideracion que convierte en oportuna siempre entre españoles cualquiera exhortacion á la concordia.

»Recordad nuestro carácter, recordad la historia de todos los partidos españoles, muertos, extintos, convertidos en elementos de disolucion, no por la accion de sus enemigos, sino por la accion deletérea de la discordia doméstica, y si prescindiendo de las perturbaciones de los tiempos presentes recorreis las páginas de la historia, vereis siempre el carácter español respondiendo á esta como tendencia fatal que en todas partes se manifiesta; vereis á los españoles heroicos, guerreros, conquistadores, capaces de soportar juntas todas las inclemencias del cielo y de la tierra, incapaces de sufrirse á sí mismos.»

La alusion era clara, terminante. De ella, como de los discursos pronunciados por el jefe del partido y el jefe del Ministerio, resultaba patente la discordia. Capitaneándola el Sr. Romero Robledo, tenía desde luego como adversario al Gobierno actual y alejados de su actitud y censurándola por imprudente y perturbadora, á los Sres. Ayala y Cánovas del Castillo. El Sr. Elduayen, fiel á su lado, dispuesto á unir su reducida hueste con la hueste del ex-ministro de la Gobernacion, era en aquel instante su único amigo verdadero. Así entraba la mayoría en la legislatura de 1879.

—El 31 verificaron los senadores ministeriales su reunion política preparatoria. Los actos de la alta Cámara revisten interes muy limitado. Los votos y los discursos de aquella reunion no hicieron otra cosa que reproducir los discursos y los votos de la mayoría de los diputados electos.

*
* *

El dia 1.º se verificó la apertura de Córtes. Hacemos gracia á los lectores de estas CRÓNICAS del ceremonial y de la descripcion minuciosa del solemne acto. El Rey leyó el discurso redactado por los consejeros responsables. Han pasado ya los tiempos y las preocupaciones que obligaban hace muchos años á Pastor Diaz en una discusion célebre, á asegurar que el discurso de la Corona debería impugnarse en tono de súplica y

de rodillas. Ahora se entrega á la libre crítica de los periódicos y de los partidos. Aquellos han dicho, conviniendo la mayor parte en esta apreciacion y demostrando su justicia, que en un largo período no se recuerda documento tan vacío de ideas, tan falto de color y de sentido, tan vulgar en las promesas y tan pródigo de lugares comunes como el que ha puesto la pluma del Sr. Silvela en labios de S. M.

Para nuestro Gobierno, y para España sobre todo, no hay cuestiones de política exterior; el mensaje hace constar que continuamos unidos por vínculos de la más inalterable armonía con el resto del mundo; hasta puede decirse, en opinion del Gobierno, que nuestra situacion internacional ha mejorado con la presencia en Madrid de una mision del Celeste Imperio, y con la famosa entrevista de Elvas, acto que, á nuestro juicio, ningun interes tuvo para el país, limitado por el ministerio á un acto de cortesía personal entre los soberanos de ambos pueblos.—El estado económico del país es inmejorable; el Ministerio no conoce los tristes efectos de la crisis que empobrece nuestras aldeas, excita sus moradores á abandonar el territorio patrio, cierra nuestras fábricas y asuela nuestras más ricas y en otro tiempo florecientes comarcas. Un periódico ha puesto frente á frente del párrafo del discurso de la Corona en que con insigne ligereza se trata este punto, la notable exposicion de la liga de contribuyentes de Sevilla, donde se compendian y reasumen con notable acierto todos los males económicos que nos agobian. El contraste es completo, y los elogios que el discurso de la Corona prodiga á la empírica y desastrosa gestion financiera de los conservadores, parecen un verdadero sarcasmo que los representantes del país no debían tolerar si por cima de los compromisos de partido se pusieran aquí, para estas cuestiones por lo ménos, los intereses de la patria.

En todos los discursos de la Corona y en todos los discursos de apertura de tribunales se ofrecen pródigamente siempre las reformas que anhela la opinion y nuestra administracion de justicia reclama.—No era posible que el Gobierno dejase ahora de repetir sus promesas. A las reiteradas y jamás cumplidas, añade el Sr. Auriolés una: la de restablecer el jui-

cio oral y público, arbitraria é irreflexivamente borrado del número de las instituciones procesales por el Sr. Cánovas del Castillo y el Sr. Cárdenas en 1875.—El Sr. Conde de Toreno ofrece nuevas leyes sobre instrucción pública, que es el más importante de todos los ramos de su departamento y el ménos atendido por S. E.—El Sr. Martinez Campos quiere continuar la reorganizacion del ejército en la campaña parlamentaria que ahora se abre.—El Sr. Silvela se regocija de que partidos que profesan las más opuestas opiniones hayan acudido á los comicios, considerando que éste es un tributo debido á la política del Ministerio.—Todo el Ministerio, por último, manifiesta su deseo de que termine el estado excepcional en que se encuentran las Provincias Vascongadas y el pensamiento de traer á la Cámara las proyectadas reformas de Cuba, que el discurso de la Corona no concreta ni determina, y entre las cuales se encuentra la que ha de apresurar el dia de la extincion de la esclavitud en la grande Antilla.

*
* *

El dia 2 se verificó la constitucion interina del Congreso y del Senado. Las minorías democráticas acordaron tratar, ántes de que se eligiera la mesa de aquella Cámara, la cuestion del juramento. La oportunidad era indiscutible. Esa eleccion iba á hacerse de acuerdo con el reglamento de las Córtes anteriores que consignan la obligacion de jurar como indispensable para que un representante del país tome asiento. Combatir la adopcion de aquel reglamento en vista de ese precepto, declarar al combatirlo los móviles del acto que se realizaba, protestar de antemano de que la democracia cree que ese juramento es una violacion de la conciencia del diputado y afirmar que no empece su prestacion para que los diputados demócratas se mantengan fieles á sus convicciones de siempre, á sus compromisos de 1873, al voto que casi todos ellos dieron el 11 de Febrero de aquel año, era perfectamente parlamentario.

El público conoció que se preparaba este solemne acto y la sesion del dia 2 era esperada en el Congreso con indescrip-

tible ansiedad. Hizo, el primero, uso de la palabra el señor Martos.

«Al establecer el juramento, lo que ante todo ataca el reglamento, dijo, es la libertad de conciencia; lo primero que se desatiende es el sentido y el espíritu amplio del art. 11 de la Constitución de 1876. Se desatiende tanto más cuanto que, sacando las consecuencias de este artículo, la misma Constitución, en su art. 29, dice quién puede ser diputado, y puede serlo por este artículo todo español mayor de edad, en el goce de sus derechos civiles y de estado seglar. Estas son las condiciones establecidas por la Constitución, mas no por el reglamento; de modo que un diputado recibe la investidura de tal por el voto de sus electores, y vosotros atacáis la esencia de todo el sistema representativo con un artículo de un reglamento interior del Congreso, porque el diputado viene aquí elegido por el país, quiere sentarse en virtud de la investidura que le ha dado el voto de los electores, y vosotros, por un reglamento que no queréis que se examine, con menoscabo de vuestra prerogativa, venís aquí á violar en su espíritu el art. 11, y en su espíritu y en su letra el art. 29 de la Constitución. Yo os ruego que mediteis sobre esto, y que suprimáis esos artículos relativos al juramento, porque las cosas tienen su tiempo, y el tiempo de jurar ha pasado, porque no lo permite vuestra misma Constitución.

»¿Es así como queremos empezar, infringiendo y violando una parte de la Constitución? ¿Es así como queréis obtener de nosotros el respeto á todo lo que hay dentro de la Constitución? ¿Y todo esto para qué? ¿Qué vais á salvar? ¿Qué vais á impedir? ¿Qué vais á defender? Nada, absolutamente nada; porque con el juramento no se defiende nada. Nosotros, no digo generosos, conciliadores y justos, suprimimos el juramento, respetando la dignidad de vuestra conciencia, y le suprimimos para todos. Yo os pregunto con toda sinceridad: ¿Creeis que manteniendo el juramento hubiéramos sucumbido más tarde? ¿Pensais que por no haber jurado vinísteis vosotros más temprano? Pues si no es esto, si con el juramento no se defiende nada, ¿qué necesidad hay de mantenerle, cometiendo un atentado contra la conciencia?

»Si pudiera yo tratar con toda extension este punto, primeramente bajo su aspecto teológico, y luégo bajo su aspecto humano, ¿cómo os podría yo recordar aquí aquellas fáciles distinciones por virtud de las cuales aún una conciencia rigurosamente católica podía jurar sin obligarse por virtud de las reservas mentales! ¡Y quién sabe si algun católico ántes de jurar habrá ido á consultar á su confesor si puede jurar dejando enteros en su conciencia sus deseos, sus esperanzas y sus intenciones! Por consiguiente, aún bajo el aspecto religioso, el juramento no es eficaz como defensa. Y bajo su sentido humano, hay una doctrina importante más practicada

que conocida: esta doctrina es la de Ferraris, el cual, tomándolo como suelen tomarse todas estas cosas sutiles de la conciencia canónica, sostiene que el superior puede hacer írrito el juramento de su inferior. Así el superior de una Orden hace írrito el juramento de sus monjes, el marido hace írrito el juramento de la mujer, el padre el juramento del hijo; y sin violentar las consecuencias de esta doctrina, bien pudiera decirse que írrito puede hacer la patria el juramento de todos los ciudadanos. Después de todo, si el juramento no sirve para guardar ni para defender, ¿qué resulta? Que no es de provecho para quien le obtiene, y que puede ser objeto de dificultades para quien le presta.

»El juramento execratorio que establecis en ese reglamento es un juramento de los que el sabio legislador de las Partidas llama juramento temerario, porque lo primero que reclaman esas leyes tratándose de jurar es, por de contado, la verdad; pero, aparte de esto, la prevision, cuando se trata de cosas futuras, de suerte que al tiempo de jurar no se contraigan compromisos tales que resulte posibilidad de contradicción entre lo que se juró antes y lo que luego se hace. Y esto, señores, es humano, y por eso hay tantos perjurios.»

Obligado por su posición á contestar al Sr. Martos, el señor Silvela dijo algunas, muy breves palabras, manifestando que á su juicio era extemporáneo el debate planteado y que los juramentos «se prestan ó se rehusan; pero no se discuten.» El Sr. Martos impugnó esta fórmula conminatoria del señor ministro de la Gobernación, por la cual, con escasa prudencia, «parece, dijo, como que se nos invita á dejar este sitio si no queremos dar al juramento el sentido que su señoría prefiere. No parece bien esa conminación; nosotros estamos aquí por la voluntad de nuestros electores, y hemos de jurar según nuestro sentido, y no como lo entienda el señor ministro de la Gobernación.

»El juramento añadió, supone un estado de exaltación del alma, y así se concibe jurar: «Juro que he salvado á Roma,» «Juro dar la vida por la patria.» Se jura por estas eternas é inalterables esencias, y no por accidentes fugaces, ni por formas mudables, y como mudables perecederas.»

El Sr. Castelar formuló también una elocuente protesta diciendo que mientras pudiera discutirse el juramento, se discutiría, y después le prestarían los demócratas aún creyéndolo atentatorio á la libertad del diputado. Ningunas Cortes,

añadió, han reconocido los reglamentos de las anteriores, y esto se prueba por el hecho de haber restaurado unas los de otras, que no sería necesario, según la teoría del señor ministro de la Gobernación. Las pasadas Cortes restablecieron el reglamento de 1847, y éstas es preciso que adopten uno, porque si no no hay reglamento.

»La facultad de reglamentación es puramente propia del Congreso, y de cada Congreso en particular. Estas doctrinas son las que se siguen en el Parlamento inglés, modelo en la pureza de las prácticas parlamentarias. Y no es cuestión de formalismo ni de intransigencia de las minorías; el mismo reglamento de 1847 puede adoptarse, suprimiendo los artículos 47 y 48, porque el juramento es forzado, y los diputados tienen derecho á rechazarlo hasta donde llegue su poder, y si lo prestan protestarán ántes y después. Al exigirse el juramento á los vencidos, se renuncia á la hidalguía española. Los vencidos no han recordado que el Rey y la Princesa de Asturias no han prestado el juramento, ni lo recordarán. El juramento es propio del feudalismo, é incompatible con el sistema constitucional. Yo, obligado á jurar, juraré no por cosas y personas mudables y pasajeras, sino por los eternos [principios de la libertad.]»

La Cámara ahogó entre interrupciones y murmullos, dando muestras prematuras de intolerancia, las últimas palabras del ilustre orador. Los Sres. Becerra y Labra, representantes del grupo que proclama la unión democrática, unieron sus protestas á las de los Sres. Castelar y Martos.

*
* *

En la alta Cámara han protestado también contra la imposición del juramento los Sres. Rivera y Galdo. El Sr. Rivera lo hizo en la sesión del día 4, manifestando que á su juicio los documentos que la ley exigía eran bastantes para acreditarlo, y compartir, dijo, «con mis dignos compañeros las árduas tareas de esta Cámara; pero no es así, añadió, puesto que se me exige el juramento; y como quiera que esto es un deber de conciencia, me veo obligado á no aceptar esta fór-

mula, contraria á la Constitucion, porque restringe la libertad del pensamiento.

»Este, continúa, es asunto que ya en otra parte, y hace pocas horas, han puesto á discusion mis amigos políticos y estoy obligado á hacerlo constar así; pero amante y respetuoso á las leyes, si éstas lo exigen, y el Senado no halla medios para relevarme de este juramento, lo haré con las reservas que estime prudentes, pues creo que sólo puede y debe jurarse por la patria y por la libertad, y así, hago las mismas protestas que mis amigos políticos de la otra Cámara.»

El Sr. Galdo se adhirió en la sesion del 5 á lo que el señor Rivera había expuesto en la anterior.

*
* *

La sesion del dia 2 fué importantísima. Terminado el debate que promovió el Sr. Martos, procedió el Congreso á elegir su mesa interina y la Comision de actas. El escrutinio para la mesa dió el resultado siguiente:

Presidente, D. Adelardo Lopez de Ayala, por 238 votos, obteniendo dos el Sr. Cánovas del Castillo, y resultando 54 papeletas en blanco.

Vicepresidentes: D. Saturnino Bugallal por 208; D. José Moreno Nieto, por 167; D. Fernando Cos-Gayon, por 129; y D. Venancio Gonzalez, por 48. Los Sres. San Millan y Arenillas obtuvieron un voto, resultando una papeleta en blanco.

Secretarios: Sr. Garrido Estrada, por 172; Ordoñez, 155; conde de la Encina, 101, y Martinez (D. Cándido), 67.

El Sr. Ayala ocupó el sillón presidencial, y dió gracias al Congreso por la distincion que le había dispensado, y que más que de vanagloria personal, le servía para tranquilidad de su conciencia. Dijo que se proponía dirigir los debates con la misma imparcialidad que en la pasada legislatura lo hizo. Recomendó que se examinaran las actas con severo juicio y sin pasion de partido, y terminó proponiendo un voto de gracias para la mesa de edad.

Así se acordó por unanimidad. Leídos los artículos del reglamento referentes á la eleccion de Comision de actas, se procedió á la votacion, que dió el siguiente resultado:

Sres. Serrano Alcázar, 116; Quiroga Vazquez, 100; García Lopez, 100; Santonja, 97; Bosch (D. Alberto), 93; Guerrero, 92; Lopez Gonzalez, 90; Ledesma, 89; Souto, 85; Muñoz Vargas, 84; Rico, 59; Escobar (D. Angel), 55; Ruiz Capdepon, 54; Gonzalez Fiori, 54; Linares Rivas, 54.

El resultado del escrutinio practicado despues de la eleccion de mesa estaba de acuerdo con lo convenido por la mayoría en la reunion del dia 30. El resultado del segundo escrutinio hecho despues de votarse la Comision de actas, modificaba el acuerdo entónces adoptado.

Los quince individuos que resultaron elegidos para formar la son: Serrano Alcázar, Quiroga Vazquez, García Lopez, Santonja y Bosch, del grupo que sigue al Sr. Romero Robledo; Guerrero, Lopez Gonzalez, Ledesma (designado en reemplazo del Sr. Estéban Collantes que se negó á formar parte de esta comision), Souto, Muñoz Vargas y Escobar, de la candidatura propuesta á la mayoría por iniciativa de los amigos del Sr. Silvela; Rico, Ruiz Capdepon, Gonzalez Fiori y Linares Rivas de las minorías. ¿Qué había ocurrido para que esto aconteciese? Ya lo anunció la reunion de la mayoría; que los ministeriales se dividieron y que el ex-ministro de la Gobernacion Sr. Romero Robledo quiso mostrar, presentando una candidatura de sus amigos y cubriéndola con mayor número de votos que logró reunir la candidatura del Ministerio, su influencia preponderante en el seno de la mayoría. Cerca de dos semanas han transcurrido desde ese hecho y aún se ocupa la prensa en discutir sus consecuencias y todavía los jefes del partido conservador buscan una fórmula que, conciliando al Sr. Silvela con el Sr. Romero, contenga la disolucion de la mayoría y permita al partido conservador mantenerse holgadamente en el gobierno. El Sr. Cánovas, que si es verdadero jefe de la mayoría ha debido ser cómplice de esa maniobra, y si no lo ha sido carece de autoridad y de influencia para dirigir las huestes conservadoras, ha llevado á cabo ostensibles esfuerzos para el restablecimiento de la disciplina entre los ministeriales. Algun periódico ha insinuado que la Córte ha intervenido en favor del Gabinete mostrando empeño en que se aplacara la disidencia.

El debate del mensaje nos mostrará si ese empeño ha sido eficaz. En el momento de poner término á esta CRÓNICA empieza ese debate en el Senado. La reseña de las discusiones que allí se inician y que han de ocuparnos en todo lo que resta de Junio y la primera mitad acaso de Julio próximo, merece capítulo aparte.

E X T E R I O R.

La cuestion Blanqui ha llenado con sus episodios interesantísimos y sus incidentes no siempre tranquilos, la política francesa en la última quincena. El gobierno de M. Waddington ha conseguido en ella una verdadera victoria por su energía y por la actitud digna de aplauso de todos los diputados republicanos. El grupo de la union republicana acordó votar la incapacidad del prisionero de Clairvaux; y el de la extrema izquierda, vista la resolución de Naquet, Madier de Montjau y otros de pronunciarse en el mismo sentido, colocando el precepto legal por cima de las afecciones de bandería, proclamó la cuestion libre. Los bonapartistas y legitimistas que tanto contribuyeron á que Blanqui fuese elegido en Burdeos, esperaban que en esta cuestion se reuniese mayoría ó una oposicion imponente cuando ménos contra el gobierno de la República. Afortunadamente, fracasaron sus combinaciones. El dictámen de M. La Caze declarando la incapacidad de Blanqui, sólo tuvo 33 votos en contra: 27 de diputados republicanos, 6 de diputados monárquicos. Casi toda la derecha se abstuvo, y una fuerte mayoría republicana de 372 votos anuló la eleccion.

¿Era esto legítimo? ¿Era justo? Para nosotros ni siquiera precisa discutirlo; pero se ha tratado con tanta insistencia de extraviar la opinion de los demócratas respecto á ese punto, se han acumulado en defensa de Blanqui tantos errores y tal número de exageraciones, se pretende dar á este asunto un carácter tal, que no creemos fuera de propósito consagrarle algunas líneas. Blanqui es un condenado á sufrir una pena

que le incapacita para ser elegido representante del pueblo. La democracia ha llevado siempre hasta el último extremo su respeto á la independencia de los tribunales y á la inviolabilidad de sus fallos. Ante un fallo que incapacita á Blanqui no es posible hacer otra cosa que respetarlo ó atentar á la independencia de los tribunales, menospreciando la ejecutoria que condenó á Blanqui y llevando el poder legislativo á una esfera que no es la suya, á realizar actos que serían verdaderas y lamentables usurpaciones.

«Es que Blanqui, se dice, ha sido republicano siempre; es que Blanqui ha vivido en prision por la república y la democracia.»—Esta teoría se escuchó una vez, en dias de duelo para España, en el seno de las Constituyentes de 1873. La proclamó un ministro, el Sr. Suñer y Capdevila, sosteniendo que no debía reprimirse con las armas, por el hierro y el fuego, á los republicanos que se levantaban contra la República, y que intentaban, mediante el empleo de la violencia, proclamar la federacion. La teoría es absurda y maravilla que los mismos que tratan de combatir todo privilegio y proclamar la igualdad, no ya ante la ley, sino acaso la igualdad social y económica, pretendan hacer de sus correligionarios una familia privilegiada, cuyo privilegio consiste en violar las leyes y perturbar el orden á mansalva.—El Sr. Pí y Margall, si no sostuvo esta teoría, la practicó cuando ménos. Se cuenta que en aquel mismo año, cuando las poblaciones andaluzas se levantaban en armas contra el gobierno de la República, su jefe el Sr. Pí, revelando en esto la condicion bondadosa de su carácter, ya que no los dotes de hombre de Estado que debieran adornarle, pretendía reducir á los cantonales á la sumision persuadiéndolos de que obraban mal y aconsejándoles que no perturbaran el orden establecido.—Todo el mundo sabe lo que se logró con ese sistema; no debemos insistir en la teoría que le sirve de base.

Condenado Blanqui á una pena (la reclusion en un recinto fortificado) que le incapacita para ser elegido, lo estrictamente legal, lo justo, lo legítimo era pronunciar su incapacidad, ya que los electores de Burdeos pretendían anteponer su voto á la ley, como si el voto de una poblacion debiera ser

más eficaz que el de todo un pueblo, y la democracia consistiera en la soberanía del primer municipio que disiente de los demás.

El periódico de M. Gambetta ha sostenido la incapacidad; pero deseando que por vía de transacción el gobierno amnistiasse á Blanqui. La amnistía le hubiese devuelto la capacidad y la libertad. Mr. Grevy se negó á esto, ofreciendo sólo el indulto que permitirá al prisionero de Clairvaux establecerse donde lo crea conveniente; pero que si de nuevo lo eligieran los electores de Burdeos anularía su voto.



El Gobierno frances se ha decidido á intervenir de una manera activa en la política general de Europa. Atribúyese á M. Gambetta el propósito de llevar á este género de asuntos,—huyendo las dificultades interiores que su posición entre los elementos republicanos le crea,—toda la actividad de que es capaz el partido que ahora gobierna á Francia. M. Waddington, se añade, no hace otra cosa que desenvolver ese pensamiento del jefe de la mayoría de la Cámara de Versalles. Así se explica la actitud del Gabinete frances en el conflicto turco-griego y en la cuestión de Egipto.

Las negativas de la Puerta á rectificar su frontera helénica de acuerdo con lo convenido en el protocolo XIII de Berlin, trazando los nuevos límites por el rio Salamyrias, en la vertiente del Egeo y la ribera del Kalamas en la del Jónico, devolviendo á Grecia gran parte de la Tesalia y del Epiro, la ciudad de Janina y los hermosos valles que se extienden al E. del Pindo; la pretensión justificada de los griegos de que se cumpliese en este punto lo convenido por los plenipotenciarios europeos ó de otra suerte y con arreglo á lo dispuesto en el artículo 25 del tratado de paz de Berlin, las altas partes contratantes obligasen á la sublime Puerta á cumplirlo; la agitación de las poblaciones de Tesalia y de Epiro, sobre todo de las próximas á la frontera helénica, que anhelan emanciparse del yugo otomano y que han librado ya de una manera irregular, pero osada, frecuentes escaramuzas con las tropas

del Padischah; los temores de una perturbacion mayor si el Gobierno de Aténas apelase á las armas y los aprestos militares que realiza llegasen á utilizarse contra Turquía; el convencimiento de que interesa á su política y al honor de su nombre defender en Oriente los intereses helénicos y el cumplimiento de los pactos llevados á cabo por su iniciativa en Berlin, han movido á Francia á adoptar una actitud enérgica en pro de Grecia.

M. Wadington dirigió una circular á las potencias proponiendo se celebrara en Constantinopla una conferencia de representantes de Austria, Inglaterra, Alemania, Italia, Rusia y Francia, que conviniera en los medios que habían de emplearse para que Grecia y Turquía lleguen á un acuerdo, y la Puerta no se obstine en negar al gobierno helénico las rectificaciones que reclama segun lo acordado en el Congreso de Berlin. Inglaterra y Austria no aceptaron la proposicion. Inglaterra cree que si su actitud en este asunto fuera muy decidida contra la Puerta, y si contribuyera en primer término á reducir el mermado territorio del imperio otomano, comprometería su influencia en Constantinopla y su autoridad de protectora del Asia Menor. Austria tampoco quiere entibiar sus relaciones con la Puerta en momentos en que necesita que el gobierno otomano no cree dificultades á su administracion de la Bosnia, la Herzegowina y el Sandjack de Novi Bazar. Lord Beaconsfield y el conde de Andrassy juzgaron excesiva la proposicion de M. Wadington. La celebracion de una conferencia, era, á su juicio, un acto de coaccion demasiado eficaz contra la Puerta. Propusieron, pues, que los embajadores de las potencias en Constantinopla fuesen autorizados por los gobiernos respectivos para cambiar sus ideas sobre el conflicto turco-griego, y hacer á la Puerta separadamente manifestaciones análogas, luégo que llegaran á convenir en los medios de poner término al conflicto. Todas las potencias han aceptado esta fórmula.

Los embajadores han invitado á los gabinetes de Aténas y Constantinopla á nombrar delegados para tratar la cuestion de límites. Aténas ha nombrado á los que ya en negociaciones anteriores no pudieron llegar á un acuerdo con los dele-

gados turcos. La dificultad verdaderamente invencible es la posesion de Janina, adjudicada en Berlin á Grecia, que Turquía no quiere ceder, y que el Gobierno helénico tiene fundado empeño en anexionar á su territorio. Inglaterra y Austria no contribuirán mucho á que ese empeño se logre. Todo, á nuestro juicio, depende de la actitud de Alemania, que debería ser decidida en pro de los griegos.

Inglaterra tampoco ha querido obrar resueltamente en Egipto, á pesar de las excitaciones de Francia. Esta actitud ha determinado en la opinion de la vecina república un movimiento contrario á Inglaterra. Desamparada en Egipto la causa de los europeos, Alemania ha tomado la iniciativa para protegerla. Su cónsul general del Cairo ha protestado ante el Khedive de las últimas medidas adoptadas por el gobierno del vireynato. El Khedive ha contestado rehusando estimar la protesta y enviando al cónsul general á que la formule en Constantinopla. El cónsul general de Alemania insiste en su protesta y pide que la satisfaga el Khedive; Austria se ha adherido á la conducta de Alemania.

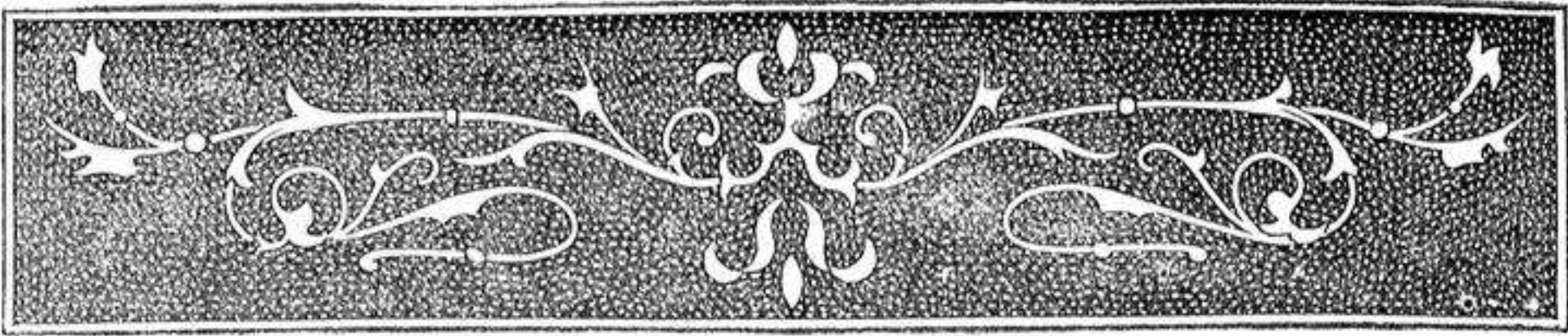
*
* *

El movimiento liberal del Occidente de Europa se acentúa.

Dificultades económicas han provocado en Lisboa una crisis, sucediendo al partido conservador el progresista, y al ministerio presidido por el Sr. Fontes, un Gabinete formado por el consejero Sr. Braamcamp. La Cámara de diputados ha dado un voto de censura al nuevo gobierno y será disuelta. El ministerio progresista ha sido recibido en medio de manifestaciones entusiastas. Italia, Francia, Portugal y Bélgica siguen hoy el rumbo que marcan las nuevas ideas á todos los espíritus. España, como siempre, parece cada vez más dispuesta á abandonarlo. ¿Cuándo dejará España de ser una contradiccion viva de las tendencias de nuestro siglo, una protesta en el Occidente de Europa contra el espíritu democrático que todo lo domina, lo invade y lo subyuga?

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

10 de Junio.



MISCELÁNEA.

CIENCIAS.—ARTES.—LITERATURA.—DERECHO, ETC.



A enseñanza intuitiva.—Cada día son más admirables y sorprendentes los progresos que realiza este sistema pedagógico que sustituye con ventaja á todos los conocidos y practicados hasta el día y acabará por generalizarse aún en los pueblos de índole más refractaria á todo método que tenga por base la experimentacion y el realismo. En Bélgica acaban de publicarse dos obras inspiradas en las bases fundamentales de ese sistema, el *Méthode intuitive d'ortographie et de lecture*, de F. F. Gallet (Bruse-las, 1879), y *La morale dans l'école*, de Julio Guillaume (Bruse-las, 1879).

En la primera se aconseja á los maestros que enseñen á los niños la lengua patria como las madres hacen hablar á sus hijos, teniendo en cuenta respecto de cada caso la edad del alumno, los conoci-mientos que hubiese adquirido y las cualidades de su intelligen-cia, carácter, etc. La madre no enseña nunca á su hijo palabras aisladas, ni formas de lenguaje faltas de aplicacion; á medida que la ocasion lo exige le provee de expresiones que responden á las impre-siones que el niño ha recibido, á los sentimientos que conoce y ha experimentado, de donde puede concluirse que la aplicacion inme-diata y simultánea de las formas del lenguaje á las ideas que expre-san, es el medio más oportuno de enseñar á cada cual el idioma de su patria.

Mediante una combinacion ingeniosa, el método intuitivo se apli-ca á enseñar á la vez la lectura y la escritura. «El procedimiento

empleado como medio de asociar la idea, la forma verbal y la escrita, consiste en provocar la idea atrayendo la atención del niño sobre ciertas particularidades que fácilmente resaltan á sus ojos, obligándole á pronunciar la palabra ó la frase que queremos hacerle escribir y mostrándole su verdadera, exacta y clásica ortografía.»

La marcha seguida por M. Gallet es la inversa de la que generalmente adoptan las escuelas, que consiste en hacer de la lectura el punto de partida para llegar como término á la palabra escrita. Una reforma tan radical parece que presentará á primera vista grandes dificultades; pero basta leer la serie de ejercicios que forman el volumen de M. Gallet para persuadirse de sus ventajas; estos ejercicios están concebidos y combinados de manera que se puede iniciar al alumno gradualmente y sin esfuerzos de ningun género en el conocimiento de la lengua, desde los elementos de la representación gráfica de los tonos y el análisis de las palabras habladas, en sus elementos constitutivos, hasta las formas ortográficas que presentan mayor dificultad.

La obra de M. Guillaume *La morale dans l'école* elogia y defiende también el sistema de enseñanza basado en la intuición. Examina todas las cuestiones que se refieren á la enseñanza popular, la manera de funcionar las escuelas, su programa, su método y su disciplina. Para M. Guillaume la lectura y la escritura no tienen en la educación más que una importancia secundaria. «En la educación tanto como en la vida, dice, la lectura no tiene la importancia que generalmente se le atribuye; está muy lejos de ser la condición primera para la adquisición de otros conocimientos. Antes de aprender á leer el niño ha empezado á apropiarse el mundo exterior, á interiorizar lo que es externo, á almacenar una verdadera provisión de imágenes y de intuiciones, muchas de las cuales ha expresado ya perfecta ó imperfectamente por medio de la palabra.» M. Guillaume demuestra que eso que es exacto en lo que se refiere á la lectura, puede decirse de las demás materias de la enseñanza.

Después de este examen, investiga cuál es la influencia del programa y de la forma de enseñanza sobre la disciplina. «La enseñanza abstracta, dogmática de la escuela, es de todo punto contraria al genio práctico del niño; se han llegado á hacer sus tareas tan enojosas y áridas que la actividad del espíritu es muchas veces un tormento para el niño esencialmente activo... Cuando pide alimento se le ofrece una medicina. Para decidirlo á que la tome ha sido preciso inventar yo no sé qué monstruoso sistema de penas y recompensas, de elogios é intimidaciones; se ha empleado el terror para recoger la hipocresía ó la rebeldía, excitar la vanidad en los unos y la envidia y el odio en los otros, alimentando en todos los peores instintos que laten en el fondo del alma humana.»

El cuadro es sombrío, pero exacto. Ahora bien; ¿qué remedio propone M. Guillaume para esos males? Entre nosotros interesa

más que en ningún país esa cuestión, porque las palabras del autor de esta importante obra son una fotografía del estado de nuestras escuelas, donde no se conoce más sistema de enseñar que el empírico sistema abstracto y dogmático, ni otro medio de excitar á los alumnos para que aprendan que el medio criticado por M. Guillaume. El correctivo lo halla éste, no en la enseñanza dogmática de la moral, no en la obligación impuesta al maestro de velar por que el régimen de la escuela sea moral, sino en la adopción del principio activo, vivificante para la moral como para la ciencia, introducido en las escuelas por Froebel. Este elemento es el *juego* donde el niño despliega sus fuerzas exuberantes, la expansión libre y completa de su inteligencia y de su voluntad, la manifestación sincera y espontánea de todo su ser. Así sostiene M. Guillaume que se resuelven al mismo tiempo el problema de la introducción de la moral en la escuela y todas las demás cuestiones relativas á la educación popular.

La cuestión del divorcio.—La ha planteado recientemente en la Cámara de Versalles el diputado de la extrema izquierda M. Alfredo Naquet. El discurso en que apoyó su pretensión del restablecimiento del divorcio en Francia, es un notable documento parlamentario, A pesar de que M. Naquet no es orador, y de la índole del tema. supo conmover á las señoras que asistían á las tribunas de la Cámara.

Defendió el divorcio bajo el punto de vista humanitario, esto es, como un medio legal de estimular la formación de buenos matrimonios, hoy imposibles, cuando no hay avenencia. Demostró que es mejor la suerte de los hijos adulterinos en los países donde esta institución no existe. Insistió en la mayor rectitud y moralidad de costumbres que ofrece cualquier país comparado con Francia, donde hay dos mil quinientas separaciones de cuerpos, un sinnúmero hechas amigablemente, y una verdadera estancación de habitantes que en los demás países se multiplican. Toda esta parte de su discurso interesó sobre manera; pero aún fué más importante la en que demostró que Francia era uno de los pocos países más decaídos en ese punto. Todas las naciones protestantes y griegas de religión tienen el divorcio. Tiénelo, además, Bélgica católica, y respetado desde 1831 por sus gabinetes católicos, los cantones católicos de Suiza y Austria para los habitantes que no son católicos. Portugal lo ha acordado para el día que comience el establecimiento del registro civil, é Italia acaba de tomarlo en consideración en el Parlamento. En cuanto á Francia, lo adoptó la Asamblea constituyente en 1792 el último día de sus sesiones, y sólo lo prohibió la Cámara restauradora de 1816, que el mismo rey Luis XVIII llamaba

Introuvable, y que legisló con la doctrina cristiana por inspiracion. El Código civil hizo del divorcio su título VI, y Naquet sólo pide el restablecimiento de este título.

«Se trata de saber, dijo, si en Francia rige el derecho civil ó el canónico, si son las leyes de la nacion ó de la Iglesia las que gobiernan, y planteada la cuestion en estos términos, no debe dudarse que la Cámara la resolverá en el sentido civilizador y humanitario.»

En nuestro país, afortunadamente, la solucion de estas cuestiones no aparece exigida por el desórden de las costumbres ni por una necesidad que apremie y que urja resolver. Esto es para España, para nuestra sociedad y para nuestra familia una ventaja inapreciable.

El proceso del folleto ¡A BAS LA CALOTTE!—El tribunal de Assises del Sena, Paris, ha absuelto el dia 29 de Mayo, en una causa interesantísima, á dos acusados de insulto á una de las religiones legalmente reconocidas por el Estado.

El hecho perseguido consistía en que el uno, Leo Taxil, era autor, el otro, Straus, editor, de un folleto titulado *¡Abajo la calotte!* (los solideos), que insulta y pone en ridículo dicha religion. El procurador general de la República había señalado particularmente ciertos párrafos de este impreso, como incursos en la ley de 1822 y en los artículos 59 y 60 del Código Penal.

El abogado general, Loubers, leyó esos párrafos, que como todo el folleto, están escritos en un lenguaje que calificó de cínico y repugnante, y dijo que había un delito de prensa. No se trataba de una cuestion política, sino de saber la medida de los derechos del Estado en materia de polémica religiosa, una cuestion no dogmática, sino simplemente de órden social.

Pasó en seguida al exámen del folleto, leyendo gran parte de él, y prosiguiendo su requisitoria, dijo: «No tenemos que constituirnos, señores, como tantas veces se ha dicho, en vengadores de Dios. Lo que debemos defender son nuestras creencias, si las tenemos; si no las tenemos, la libertad de los que las tienen.» Y señala multitud de expresiones, que si no son delincuentes, insultan las conciencias cristianas, como «Monsieur Dios,» «Jehovah, hijo,» «petraille» y «clericalla,» hablando de los servidores de la Iglesia, etc., etc. Los dos párrafos señalados por la denuncia, tienden, el uno á ridiculizar las gentes que hacen oficio de las santas reliquias, el otro ataca á los que se ingenian con la invencion de milagros. En fin, el abogado general, aludiendo al carácter del gobierno actual, dice que no debe influir en nada, porque una ley que no está derogada, debe ser aplicada.

El defensor del autor ataca justamente el proceso por este lado,

pues hace pocos dias que el *Diario Oficial* publicaba una extensa Memoria del jefe del negociado de la prensa pronunciándose por la libertad absoluta de la prensa. La persecucion se ha hecho por denuncia, que lee, del director del *Pays* de Cassagnac, y conforme á la respuesta, que tambien lee, del procurador de la República, y el señor Cassagnac, denunciador, va á ser á su vez procesado, si la Cámara de que es miembro autoriza los deseos del gobierno. «Los insultos de ese señor á los representantes actuales de la autoridad, tienen ciertamente otro carácter que los de mi cliente á un hombre muerto hace diez y ocho siglos. Pues así seamos todo lo anticlericales que se quiera, tenemos para el Sr. Cassagnac sentimientos más evangélicos que él, y devolviéndole bien por mal, le deseamos se le absuelva, si es procesado, como deseamos serlo nosotros.»

Demostró además que todo el folleto había sido publicado ántes en artículos por los periódicos de provincias, sin que ningun tribunal los hubiera perseguido; se quejó de que sólo se leyeran y atacaran los periódicos avanzados, y se dejaran sin reprension los reaccionarios, con lo que resultaba desigualdad irritante, y expuso una serie de razonamientos para demostrar que no se había atacado en ningun modo á la religion, sino á los servidores de ella en lo que tenían de funcionarios de la nacion.

De los acusados, el autor reclamó para sí toda la responsabilidad del hecho, y el llamado editor resultó un vendedor de periódicos del *boulevard* que había recibido del autor numerosos ejemplares del folleto con direccion impresa, pero no los había impreso.

El autor alegó que todo el folleto no era más que una sátira contra los traficantes de reliquias, empresarios de romerías y gentes de la misma estofa.—Se nos acusa á nosotros que no creemos en la divinidad de Jesus, sino que lo colocamos en el rango de los grandes filósofos, de que lo rebajamos indignamente. ¿No somos nosotros los que lo elevamos, puesto que lo colocamos por encima de lo comun de los hombres, mientras que los clericales lo envilecen haciendo de él un Dios Hombre? Y luégo cita los periódicos que publicaron los artículos de que el folleto se compone, tales como el *Frondeur*, de 30.000 de tirada, y el *Petit Lyonnais*, de 120.000. Si yo soy culpable, señores, á sus ojos, merezco el máximum de la pena. El blasfemo y el sacrílego son castigados con el infierno, es decir, con una eternidad de tormentos en el otro mundo. ¿Qué, pues, son cinco años de prision si he merecido el infierno? O soy muy culpable ó muy inocente. Inocente de haber insultado una religion, pero culpable de haber atacado con todas mis fuerzas al clericalismo, lo que es distinto. Es preciso absolverme ó condenarme. Si se han hecho tantos esfuerzos para traerme al jurado, es porque se sabe que éste es la representacion viva de la nacion, y si me condenara, al dia siguiente de la sentencia se iría á proclamar por todas partes que los jurados franceses acudían en defensa del cle-

ricalismo amenazado. No tengo ningun temor; me absolvereis.»

Y en efecto, á los cinco motivos de cargo, contestó luégo reunido aparte, el jurado y los procesados fueron absueltos.

La pascua de Pentecostés en el Norte de Francia.—De Paris nos escribe uno de nuestros corresponsales con fecha del 3 de Junio lo siguiente:

«La fiesta de la Pascua de Pentecostés se ha deslizado en esta region del Norte de Francia entre la mayor animacion: en los pueblos comarcanos los premios de virtud y casamientos de huérfanos con sus espléndidos cortejos, atraían miles de parisienses; en Meudon un concurso musical, á que acudieron cincuenta charangas, atrajo sesenta compañías de bomberos en escolta y el capitán Coffu de la de Paris, el gobernador del Sena y Oise y el alcalde, las pasaron revista, yéndose luégo á presidir la adjudicacion de premios: los teatros y conferencias se atestaron de público inteligente y artístico, no obstante el numeroso que invadió las exposiciones; Lyon celebró la distribucion de premios de la Asociacion de la enseñanza profesional; Lille un meeting de cinco mil protectionistas en el Hipodromo, que por cierto aplaudieron con entusiasmo á su apóstol Pouyer-Quertier, como en desquite del liberal discurso que la víspera les dirigió el señor ministro de Comercio Tirard. Por donde quiera las fiestas revistieron ese carácter elevado y conmovedor que toman los pueblos cuando se dan con ardor á la preocupacion de sus propios intereses.

»Pero fueron sobre todo conmovedoras en esta ciudad las dos reuniones anuales de dos asociaciones por todo extremo interesantes. La de Salvamento y la de Proteccion á los animales.

»La Asociacion de Salvamento se dió cita en la ahora hermosa plaza de Nuestra Señora y con el secretario de las Bellas Artes, presidente actual, á la cabeza, y la rica bandera de la corporacion desplegada entró en la catedral á oír la misa de costumbre: á las dos se reunió en el gran salon del Conservatorio de artes y oficios, y allí, despues del discurso lleno de emocion del presidente y de leer la Memoria de trabajos de la asociacion, fueron llamados los recompensados por actos de valor en favor de la vida de los hombres. ¡Qué de esfuerzos no hace esta Asociacion generosa por cubrir todo el litoral marítimo de medios de refugio y de salvamento, los rios de precauciones y socorros, las fábricas de reglamentos de seguridad! ¡En la enumeracion de los hechos premiados no sólo se conmovían los corazones de los concurrentes, sino que se fortificaban sus ánimos y se les disponía enérgicamente á favor de las ideas que ya hoy dominan de que la humanidad no ha nacido con tendencias al mal, sino generosa y llena de abnegacion, y sólo salen naturale-

zas pervertidas por insuficiencia de instrucción, por aislamiento exagerado, por tenaces contrariedades que si á veces templan los caracteres otras los abaten!

»En el teatro del Chatelet fué áun más animada la reunion de la Sociedad protectora de los animales, pues además de los discursos hubo recitados declamados por artistas y piezas musicales ejecutadas notablemente. En la otra reunion eran los nobles sentimientos de abnegacion y sacrificio del hombre por el hombre; en ésta los no ménos elevados y seductores del sér racional para con los irracionales: 517 recompensas se distribuyeron y entre ellas 10 medallas de oro, 7 de plata dorada, 87 de plata, 196 de bronce, etc., presentándose casos interesantes y simpáticos, como la medalla de oro al Sr. Tollet por un trabajo sobre el alojamiento de los caballos en los cuarteles, una de plata dorada al escritor del *Temps* que allí publica los encantadores artículos *La vida del campo*, y una de bronce al guarda-caza de Raincy, Thomas Blaise, por haber dado libertad á unas sesenta golondrinas que el hielo había hecho sus prisioneras. Los buenos sentimientos del personal que sirve á Paris fueron allí revelados, pues se llamaron á recibir recompensas 59 cocheros de ómnibus, 58 de los coches de plaza y 10 de los tranvías, y 102 guardianes de la paz por su celo é inteligencia en vigilar la observancia de la reglamentacion que rige la materia.»

La península de los Balcanes. (Noticia geográfica).—Una de las causas que más contribuyen al interes que despierta la cuestion de Oriente en Europa es la belleza de las desdichadas comarcas en que la ha planteado el destino. Rusia, allá desde el fondo de sus nieves eternas, mirará siempre llena de codicia estas rientes playas meridionales que los sucesores de Pedro el *Grande* juzgan creadas para asiento de la raza eslava.

La península de los Balcanes es la que tiene mejor posicion geográfica y la que goza de mayores ventajas naturales entre las tres que existen al Mediodía de Europa. Su forma es más pintoresca que la de España y más rica de contornos que Italia; sus costas, que cuatro mares distintos bañan, parecen bordadas de golfos y puertos; circúndanlas gran número de penínsulas y de islas. Muchos de sus valles y llanuras no son ménos fértiles que los que riega el Guadalquivir y las que forman el Estado de Lombardía. Hay en ella dos zonas de vegetacion y en sus graciosos paisajes aparecen mezcladas flores de dos climas. Las montañas de Turquía, cuya belleza pintoresca apénas se intenta celebrar porque son muy pocos los viajeros que se atreven á recorrerlas, no miran con envidia la gracia y la majestad de las cordilleras ibéricas y latinas y ostentan todavía como rico adorno y preciado esmalte inmensos

y poblados bosques. En cambio la falta de caminos las hace ménos transitables que los Apeninos de Italia y las sierras de España; sus alturas son por término medio ménos elevadas que las de esos pueblos; gran número de brechas las cortan en todas direcciones, y las mesetas en que se elevan no pueden rivalizar en extension con las llanuras de Castilla. Por último, miéntras que España é Italia están completamente cerradas hácia el N. por cordilleras infranqueables, la península gæco-eslava está unida al tronco continental, sin que sus límites estén en ningun punto señalados por fronteras naturales. La cadena de los Alpes austriacos continúa sin interrupcion en Bosnia, y los Carpatos abren estrecho paso al Danubio para unirse al sistema de los Balcanes. Al E. de las *Puertas de Hierro* no hay montañas y el límite septentrional de la antigua Turquía no está indicado más que por la corriente del Danubio, especie de mar interior cuya desembocadura guardaba el pueblo otomano ántes de la paz de Berlin y hoy guardan los moldo-valacos y los rusos.

La ventaja que da á la península de Tracia la proximidad y el paralelismo de las riberas de dos continentes, es casi única en el mundo. Una delante de otra avanzan casi hasta encontrarse en estos lugares Europa y Asia. No las separa más que el curso de un rio marítimo que une las aguas del Mar Negro á las del Mar Egeo. En esa region de la tierra se cruzan dos ejes, el de las masas continentales y el de los mares interiores. El Bósforo y los Dardanelos, mitad estrechos, mitad istmos, sirven á la vez de camino á las flotas comerciales, y de paso á los pueblos que van de uno á otro continente. Si el Mar Negro se extendiera más hácia el interior de las tierras, y formase como durante las edades geológicas un sólo cauce con el Caspio y otros mares del Asia, Constantinopla llegaría á ser la ciudad central por excelencia de todo el mundo antiguo. Ya lo fué en un período de muchos siglos, y aunque no deba reconquistar ese título, no dejará por esto de ser uno de los centros de gravedad á cuyo alrededor giren los destinos de los pueblos. Podrá desaparecer la ciudad, pero no hay duda en que renacerá muy pronto á las orillas de cualquiera de los dos estrechos en esa region de cambio universal, colocada entre Europa y Asia. En la aurora de nuestra historia, la potente Ilion vigilaba como un formidable guardian la entrada de los Dardanelos. Troya ha resucitado sobre el Bósforo; pero á falta de Bizancio, muchas otras ciudades como Alejandría, Troas, Calcedonia, Nicea y Nicomedia, la hubieran podido reemplazar, aunque tengamos por indudable que la naturaleza no las ha favorecido como á Constantinopla.

El carácter de intermediaria que pertenece á la region de los estrechos, debe naturalmente ser, aunque en menor medida es de todo el litoral del Egeo. Nadie ignora lo que representó Grecia en la historia de la humanidad; pero dejando á un lado este país sepa-

rado políticamente de Turquía, ¿no han tenido Macedonia y Tracia una importancia de primer orden en los anales del mundo? De allí partió después de la invasión de Grecia por los persas, el movimiento de reflujo hacia las regiones del Indo y del Eufrates. Allí se mantuvo mil años después de haber sucumbido en Roma el poder romano, y allí se custodió el precioso tesoro de la civilización griega que contenía en germen el renacimiento de la Europa occidental. Es cierto que la llegada de los turcos interrumpió súbitamente la historia propia y la acción civilizadora de este país. A consecuencia del sacudimiento general que después de tres mil años no había dejado de arrastrar hacia Occidente los pueblos orientales, los conquistadores de raza turana lograron plantar sus tiendas en la península de Tracia. Hace más de quinientos años que están acampados allí, más de cuatro siglos que se llaman los dueños de toda la península, y á través de este largo período, la Roma de Levante ha estado separada de Europa. Las continuas guerras que ha provocado la presencia de los mahometanos, el envilecimiento de los pueblos conquistados y esclavizados bajo su yugo, y el fatalismo grosero de los amos del país, han sido obstáculo á todo progreso en estas regiones tan privilegiadamente favorecidas por la naturaleza. Pero ha llegado el instante de que esta importantísima parte de Europa recobre su puesto en la economía general del mundo. Víctor Hugo, el gran poeta, lo ha dicho: «*Le mond penche à l'Orient.*»

Muchas regiones de la península Tracio-helénica son tan poco conocidas todavía como las del Africa Central. Hace muy pocos años que el viajero Kanitz hacía constar que eran fantasmas sólo un gran número de ríos, colinas y montañas dibujadas al azar por los cartógrafos cerca de Vidin en las inmediaciones del Danubio. Á la vez, señalaba la existencia en los distritos de Bulgaria de un número de pueblos dos ó tres veces mayor al que aparecía en las cartas más minuciosas. Otro sabio, el francés Lejeau, reconocía que un supuesto desfiladero que se decía pasaba á través de los Balcanes no era más que un mito. Después, algunos ingenieros rusos encargados de medir un arco de meridiano á través de toda la península, observaban que Sofía, una de las ciudades más conocidas y frecuentemente visitadas, está como á una jornada de distancia del lugar en que por lo común se la colocaba en los mejores mapas. Sus cálculos establecían para el conjunto de la cordillera de los Balcanes una situación más septentrional que la admitida hasta ahora. ¿Cuántos errores tan graves como esos no será necesario rectificar en las montañas del Pindo y en las mesetas de Albania, adonde no han llegado aún sino muy pocos hombres de ciencia? No habiendo terminado todavía los trabajos de exploración, necesariamente deben tenerse por muy incompletos en sus pormenores topográficos los que pretenden darnos un conocimiento íntimo y minucioso de esta región.

Sin embargo, gracias á los viajeros modernos y á los planógrafos,

entre los cuales debemos citar principalmente á Palma, Vaudoncourt, Lapie, Boné, Viquesnel, Lejeau, Kanitz, Barth, Hochstetter y Abdullah-Bey, el suelo de Turquía es conocido en los grandes rasgos de su relieve y de su constitucion geológica. Esta ha sido hasta ahora una obra difícil, porque las grandes masas montañosas de la península no constituyen un sistema regular; no se encuentra en ellas una cadena central de la que alternativamente se desprendan á derecha é izquierda ramas que vayan en constante declive á buscar la llanura. Por el contrario, el centro mismo de Turquía está muy léjos de ser la region más elevada, y las más altas cumbres se agrupan de una manera demasiado desigual en diversos puntos. La orientacion de las crestas de las montañas no varía ménos; se dirigen hácia todos los puntos del horizonte. Sólo generalizando puede afirmarse que las cadenas de la Turquía Occidental se desenvuelven paralelamente á las orillas del mar Adriático y del mar Jónico mientras que las de la parte Oriental siguen una direccion perpendicular al mar Negro y al Archipiélago. Por su relieve montañoso y su pendiente general, Turquía parece que vuelve la espalda á Europa: sus más altas cumbres, sus más extensas mesetas, sus bosques más inaccesibles están situados al O. y al NO. como para alejarla de las ondas del Adriático y de las campiñas de Hungría. Sus aguas, que se derraman hácia el N. el E. y el S., van á morir en el mar Negro y en el mar Egeo despues de haber bañado aquellas playas inclinadas hácia la costa de Asia.

El desórden orográfico de que acabamos de hablar ha sido causa de un desórden análogo en la distribucion de los pueblos que habitan la península. Lo mismo los que vinieron del Asia Menor por los estrechos que los que llegaron de la Escitia por el Danubio, los varios grupos de inmigrantes, hordas salvajes ó colonias pacíficas, se desparramaron muy pronto en aquellos valles cerrados y en aquellos circos sin salida. Las poblaciones más diversas, en la imposibilidad de seguir un camino á traves de ese laberinto de montañas, se confundían como por obra de la casualidad y casi siempre se suscitaban entre unas y otras sangrientos conflictos. Los unos, más numerosos, más valientes en la guerra ó más trabajadores en la paz, aumentaron poco á poco su imperio á costa de los pueblos vecinos; otros vencidos, por el contrario, en la lucha por la existencia, perdieron toda cohesion y se dividieron en innumerables fracciones cuya recíproca existencia es ignorada para todos. Los pueblos de Hungría, donde se han confundido las razas más extrañas y los idiomas ménos semejantes, constituyen una familia homogénea si se la compara con los turcos: en algunos distritos de Turquía viven al lado unas de otras, ocupando terrenos de muy pocas leguas de rapio comunidades de ocho ó diez razas diferentes.

En este cáos tiene que operarse una fusion; las relaciones del comercio impulsan constantemente el trabajo de union y de asimila-

cion entre las razas. En la actualidad, no teniendo en cuenta los grupos diseminados aquí y allá en el seno de las grandes demarcaciones establecidas, puede considerarse el territorio de la Turquía de Europa dividido en cuatro grandes zonas etnológicas.

Creta, las islas del Archipiélago y la vertiente oriental del Pindo y del Olimpo, están pobladas por griegos. El espacio comprendido entre el Adriático y el Pindo es la region de los Albaneses. La de los Alpes ilíricos, al NO. está ocupada por eslavos, conocidos por los nombres de serbios, croatas, bosniacos, herzegovinianos y montenegrinos (Csernagorsques). Las dos vertientes de los Balcanes, el Despoto Dagh y las llanuras de Turquía Oriental, pertenecen á los búlgaros que por su idioma y merced á sucesivos cruzamientos han llegado á ser eslavos. En cuanto á los turcos, los conquistadores y los dueños del país, están esparcidos en grupos más ó menos considerables por toda la extension de la península y especialmente alrededor de las ciudades y plazas fuertes; pero la única localidad algo extensa del país de que pueden juzgarse etnológicamente poseedores es el ángulo NO. de la península, entre los Balkanes, el Danubio y el mar Negro.



Madrid 15 de Junio de 1879.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.